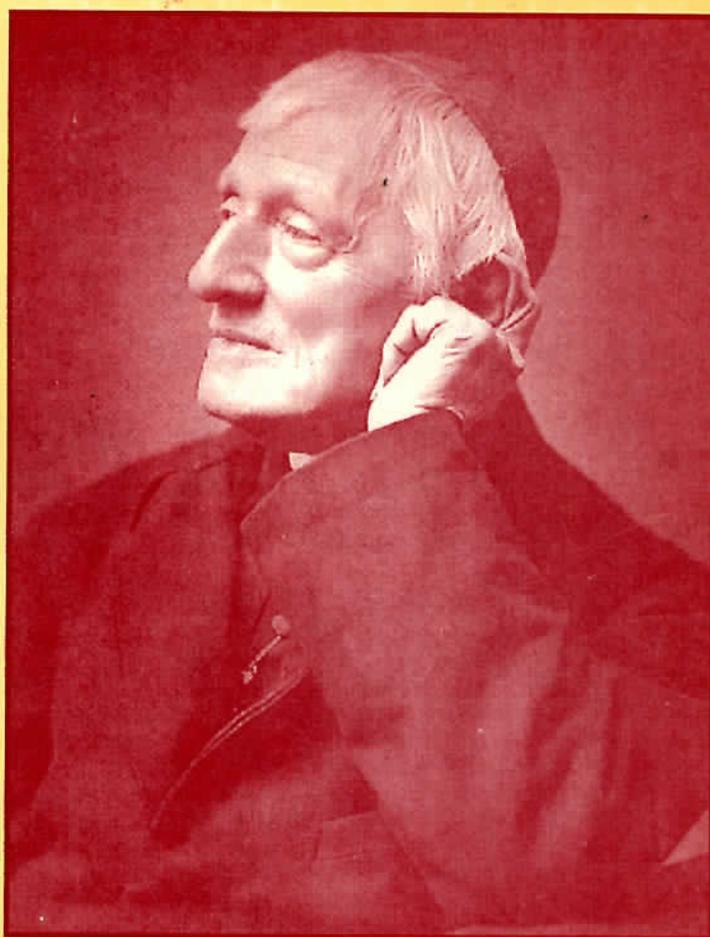


NEWMANIANA

AÑO III - NUMERO 9/10

NOVIEMBRE 1993



Ex umbris et imaginibus in veritatem

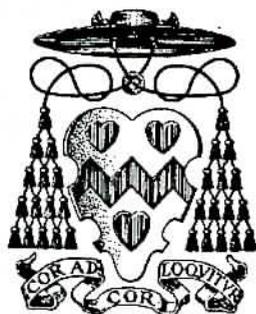
Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina

**UN BANCO
QUE SE PREOCUPA
POR EL
DESARROLLO
DEL PAIS ES
ALGO MAS QUE
UN BANCO.**



BANCO DE BOSTON

NEWMANIANA



Año III- N° 9/10
Noviembre 1993

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Colaboraron en este número

Pbro. Dr. Federico Prémoli

Dra. Inés de Cassagne

Armando Jolly Silveyra

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Jorge Ferro

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA (ISSN 0327-5876)
es una publicación trimestral.
Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual N° 237216.

Propiedad de

Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648)

Tigre - Pcia. de Buenos Aires -

República Argentina.

Impresa en talleres de Impresiones

Avellaneda, Dr. Manuel Ocantos

253- (1870) Avellaneda

Sumario

Doctrinales

Newman en la última encíclica papal 2

CUARTO ENCUENTRO NEWMANIANO:

Newman y la Educación:

"La Idea de universidad" 6

1. Presencia de la teología en una universidad 8
Pbro. Dr. Federico Prémoli

2. Cuatro principios en relación a la educación 20
Pbro. Fernando M. Cavaller

Ciclo de conferencias

Newman y el ecumenismo 32

R.P. L. Bouyer

Meditación

Rosario meditado: Misterios Dolorosos 38

Selección de textos Fernando M. Cavaller

Históricas

San Antonio Abad 47

Traducción Armando Jolly Silveyra

Poesía

Los Padres Griegos 64

Traducción de Jorge Ferro

Newman en la última encíclica papal



El Papa Juan Pablo II firma la Encíclica *Veritatis Splendor*

En los dos números anteriores nos ocupamos de las cuatro citas de textos newmanianos que aparecen en el Catecismo de la Iglesia Católica, recientemente promulgado, e hicimos ver que Newman es el último teólogo de la historia de la Iglesia que el Catecismo cita como maestro de la fe, y el único aún no beatificado. Nos encontramos ahora, pocos meses después, con nuestro Newman, nombrado él y comentado un texto suyo, en la reciente Encíclica *Veritatis Splendor* de S.S. Juan Pablo II. Decimos "nombrado", porque esta vez no está su nombre entre las citas al final del texto, sino que aparece en el mismo texto de la Encíclica

Se encuentra en el N° 34, en la introducción del Capítulo II, meollo de la encíclica, que lleva por título "La Iglesia y el discernimiento de algunas tendencias de la teología moral actual". Viene diciendo el texto:

"Si existe el derecho de ser respetados en el propio camino de búsqueda de la verdad, existe aún antes la obligación moral, grave para cada uno, de buscar la verdad y de seguirla una vez conocida".

Después de lo cual dice:

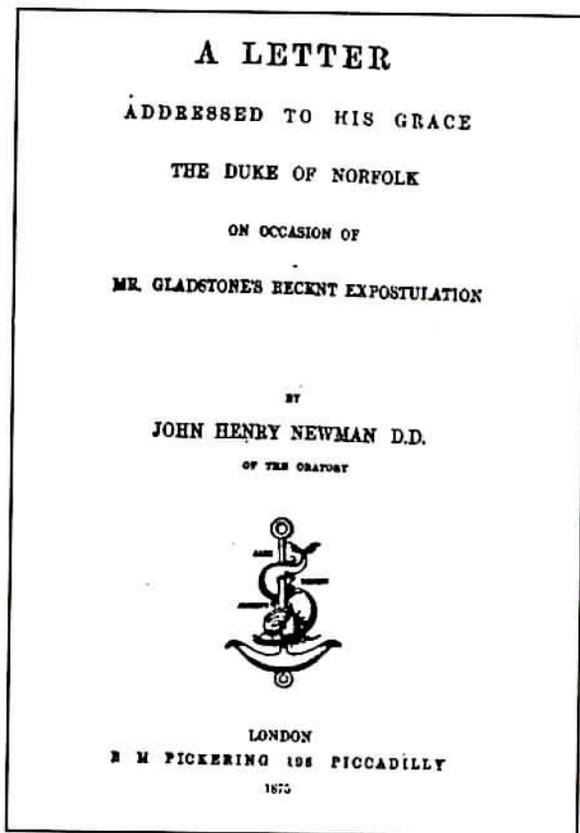
**EN ESTE SENTIDO EL
CARDENAL J. H. NEWMAN,
GRAN DEFENSOR DE LOS
DERECHOS DE LA
CONCIENCIA, AFIRMABA
CON DECISION: "LA
CONCIENCIA TIENE UNOS
DERECHOS PORQUE TIENE
UNOS DEBERES".**

La Encíclica ha comenzado a exponer en este capítulo, y luego lo desarrollará, acerca de las relaciones entre libertad y verdad, en el sentido de que *"en algunas corrientes del pensamiento moderno se ha llegado a exaltar la libertad hasta el extremo de considerarla como un absoluto, que sería la fuente de los valores",* y que *"no es ajena a esta evolución la crisis en torno a la verdad".* Por lo cual, nos dice el Papa, *"abandonada la idea de una verdad universal sobre el bien, que la razón humana puede conocer, ha cambiado también inevitablemente la concepción misma de la conciencia: a ésta ya no se la considera en su realidad originaria, o sea, como acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora; sino que más bien se está orientado a conceder a la conciencia del individuo el privilegio de fijar, de modo autónomo, los criterios del*

bien y del mal, y actuar en consecuencia".

Vemos entonces, qué grave cuestión es la que Newman ilumina con su frase, que él escribió en la célebre "Carta dirigida a Su Gracia el Duque de Norfolk" en 1874. Es evidente que cuando hace referencia a los "derechos" de la conciencia está hablando de la libertad; y que cuando se refiere a los "deberes" de la conciencia, nos habla de la "verdad". Pero es más significativa aún la palabra "porque", que une ambos conceptos de manera consecuencial, al decir que efectivamente la conciencia tiene derechos 'porque' tiene deberes. Lo cual, expresado en los términos morales de libertad y verdad, quiere decir que tiene 'libertad' en la medida que es "verdadera", que es plenamente "libre" justamente "porque" dictamina de acuerdo a la verdad.

Es cierto que hoy día muchos hablan de "libertad" y de "conciencia" en clave subjetivista, sin ninguna referencia a la 'verdad' objetiva, y que, por ello, elaboran una moral relativista,





Henry Fitzalan-Howard,
XV^o Duque de Norfolk (1847-1917)

que opone "conciencia" y "ley". Dice el Papa a continuación de la cita de Newman:

"Algunas tendencias de la teología moral actual, bajo el influjo de las corrientes subjetivistas e individualistas a que acabamos de aludir, interpretan de manera nueva la relación de la libertad con la ley moral, con la naturaleza humana y con la conciencia, y proponen criterios innovadores de valoración moral de los actos. Se trata de tendencias que, aún en su diversidad, coinciden en el hecho de debilitar o incluso negar la dependencia de la libertad con respecto a la verdad. ... Dependencia que ha sido expresa de manera límpida y autorizada por las palabras de Cristo: "Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres" (Jn 8, 32).

No podemos dejar de mencionar que estas tendencias teológicas a las que hace referencia

el Papa, a veces han citado al mismo Newman, y específicamente en este tema de la conciencia, para avalar sus doctrinas subjetivistas, con total desconocimiento de su legítimo pensamiento sobre la materia, que es citado como recta doctrina en el texto de la Encíclica. Cuesta pensar que sea mala fe, pero siempre ha sido posible citar a grandes y prolíficos maestros, como San Agustín, Santo Tomás, o en este caso al mismo Newman, interpretándolos en clave heterodoxa. Y suelen hacer referencia a aquel párrafo de la misma Carta, en el que Newman dice que si tuviera que hacer un brindis, primero lo haría por la conciencia, y luego por el Papa; frase que no puede citarse aislada de lo que anteriormente expone a lo largo de más de ochenta páginas, para mostrar cómo el Papa tiene como misión justamente asegurar la conciencia proclamando la ley moral, de modo que ambos sirven a la verdad. Por eso llama Newman a la conciencia "vicario natural de Cristo", en analogía al Papa que es Su Vicario sobrenatural, órdenes que Newman no contrapone ni divide como suelen hacer los teólogos en cuestión, pues ambos son voluntad del Creador. El brindis comienza por uno para culminar en el otro, porque justamente lo sobrenatural no anula lo natural sino que lo supone y perfecciona.

Nosotros también podemos brindar como Newman, y precisamente en presencia de esta Encíclica, primero por la conciencia, con sus derechos y deberes, y luego por el Papa, que nos dice:

"...la autoridad de la Iglesia, que se pronuncia sobre las cuestiones morales, no menoscaba de ningún modo la libertad de la conciencia de los cristianos; no sólo porque la libertad de la conciencia no es nunca libertad con respecto a la verdad, sino siempre y sólo en la verdad, sino también porque el magisterio no presenta verdades ajenas a la conciencia cristiana, sino que manifiesta las verdades que ya debería poseer, desarrollándolas a partir del acto originario de

la fe. La Iglesia se pone sólo y siempre al servicio de la conciencia, ayudándola a no ser zarandeada aquí y allá por cualquier viento de doctrina según el engaño de los hombres (cf. Ef 4, 14) a no desviarse de la verdad sobre el bien del hombre, sino a alcanzar con seguridad, especialmente en las cuestiones más difíciles, la verdad y a mantenerse en ella". (Nº 64).

Con lo cual no se hace sino aplicar el principio teológico y definido por la Iglesia de la "necesidad de la Revelación Divina", de la cual es transmisora la Iglesia, y en ella de modo especialísimo el Papa. Pero veamos, para concluir, cómo dice estas cosas el mismo Newman, citando algunos párrafos más de su Carta, y que servirán de complemento a la cita de la Encíclica que nos ocupa:

"Digo, pues, que el Ser Supremo es de una naturaleza determinada que calificamos, según nuestros términos humanos, como 'moral'. Los atributos de justicia, verdad, sabiduría, santidad, bondad y misericordia, son los signos distintos y eternos de su propia persona. Y cuando se instituyó creador introdujo esta ley, que no es más que El mismo, en la inteligencia de todas sus criaturas racionales. La ley divina es, por tanto, la ley de la verdad moral, la regla del bien y el mal, una autoridad soberana, irrevocable y absoluta para los hombres y para los ángeles. A esta ley, cuando es captada por los individuos, le llamamos conciencia. Yaunque pueda refractarse al atravesar cada inteligencia, no se deforma, sin embargo, hasta el punto de perder su carácter de ley divina, poseyendo como tal el privilegio de exigir obediencia... Pero la conciencia no es ni un egoísmo ciego ni el deseo de ser lógico consigo mismo. Es un mensajero de quien tanto en el mundo de la naturaleza como en el de la gracia, nos habla a través de un velo, instruyéndonos y gobernándonos por medio de sus representantes. La conciencia es el vicario natural de Cristo; profeta por sus instrucciones, monarca por su absolutismo, sacerdote por sus bendiciones y sus anatemas, e incluso si el sacerdocio eterno pudiera dejar de existir en la Iglesia, este principio sacerdotal permanecería y ejercería su soberanía... ¿Pero qué queda actualmente de la noción

de conciencia en el espíritu del pueblo? Ni en él ni en el mundo intelectual la palabra 'conciencia' ha guardado su antigua significación, verdadera y católica. En él, esta palabra que se emplea a menudo y con insistencia, no evoca en absoluto la idea y la presencia de un Maestro del mundo moral. Cuando los hombres invocan los derechos de la conciencia, no quieren en modo alguno hablar de los derechos del Creador, ni de los deberes de las criaturas en sus pensamientos y en sus acciones; sino del derecho a pensar, hablar, escribir y obrar según su opinión o su humor, sin preocuparse lo más mínimo de Dios. Es el derecho de la propia voluntad... Si el Papa hablara contra la conciencia, en el verdadero sentido de la palabra, cometería un suicidio. Provocaría el hundimiento del suelo bajo sus pies. Su misión es proclamar la ley moral, proteger y asegurar 'esta luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre' (Jn 1,9). Sobre la ley de la conciencia y sobre su carácter sagrado, se funda a la vez su autoridad teórica y su poder práctico... La defensa de la ley moral es la razón de ser del Papa. Su misión, en realidad, es responder a las quejas de los que sufren la insuficiencia de luz natural, y la insuficiencia de esta luz que justifica su misión... La Iglesia, el Papa y la jerarquía, según el plan divino, responden a una necesidad urgente. Por seguras que sean las bases y las doctrinas de la religión natural para los espíritus reflexivos y serios, necesita, para influir de verdad en la humanidad y vencer al mundo, que la Revelación la sostenga y complete...". (Carta al Duque de Norfolk, en "Certain Difficulties Felt by Anglicans in Catholic Teaching", vol. 2, pp. 246-254).

La tercera cita de Newman que hace el Catecismo Universal está tomada también de esta Carta famosa, y se refiere asimismo a la conciencia. Nuevamente aparece, y alabado por hablar "con decisión" según dice el texto, en la Encíclica Veritatis Splendor. ¿Cómo no estar gozosos, nosotros, sus AMIGOS, de verlo encumbrado como maestro universal por la misma Iglesia? No estamos descaminados en seguirlo, y orar fervientemente para que pronto sea también encumbrado hasta los altares. ✠

CUARTO ENCUENTRO

NEWMANIANO

1993

Newman y la Educación:

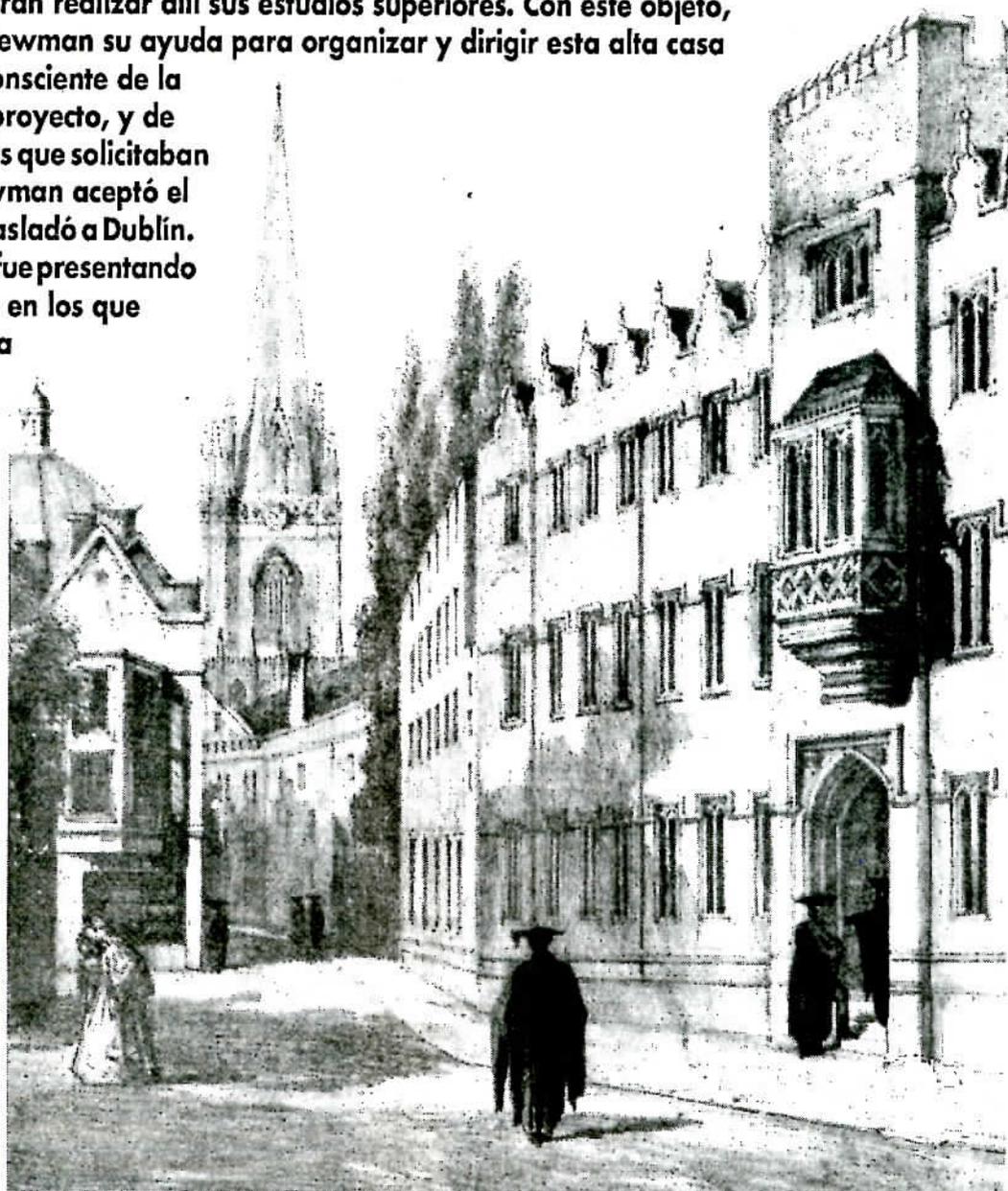
“The Idea of a University”

El tema elegido para nuestro encuentro newmaniano 1993 es “Newman y la educación”. Esta elección no es para nada casual, ni, mucho menos, fortuita. Al contrario, al haber elegido el tema de la educación, lo que se ha querido hacer fue tomar el pensamiento del Cardenal Newman sobre este tema para que nos sirva de iluminación y guía. En efecto, más allá del gusto que todos experimentamos al estudiar el pensamiento de Newman, tomar sus doctrinas e intuiciones siempre es para nosotros un verdadero aprendizaje, y una oportunidad para poder profundizar en la comprensión de los temas que él mismo trató. Estudiar el pensamiento de Newman es siempre adquirir nuevas luces, nuevos caminos, y nuevas vías de solución para tantos problemas de gran actualidad. A pesar de que su pensamiento ya posee más de un siglo de existencia, es notable su actualidad y su vigencia. Casi como si hoy mismo Newman escribiera sus obras para ayudarnos a solucionar correctamente nuestras cuestiones, sean éstas intelectuales o morales.

Por todo lo dicho, Newman también puede iluminarnos mucho hoy sobre los temas relacionados con la educación. Todos sabemos que gran parte de su vida transcurrió dentro de una universidad, y también sabemos cómo le interesaron siempre los temas educativos, y la

educación en general. Por esto creemos que es mucho lo que él puede decirnos sobre el tema. Pero, además de esto, como sabemos, Newman dedicó especialmente una obra suya para tratar sobre la educación. Esta obra es: "La idea de universidad". Pues bien, para nuestra exposición nos basaremos fundamentalmente en esta obra, tratando de presentar correctamente el pensamiento allí contenido, y tratando de sacar las consecuencias que de él se derivan.

"La idea de universidad" es una obra que recoge los discursos que Newman pronunció en Dublín durante 1852 y que intentaban ser como un programa para la naciente Universidad Católica de Irlanda. Por un expreso pedido del Santo Padre, los obispos irlandeses habían decidido abrir en su país una universidad para que los católicos pudieran realizar allí sus estudios superiores. Con este objeto, solicitaron a Newman su ayuda para organizar y dirigir esta alta casa de estudios. Consciente de la magnitud del proyecto, y de quiénes eran los que solicitaban su ayuda, Newman aceptó el encargo y se trasladó a Dublín. En esta ciudad, fue presentando estos discursos en los que expuso cuál era su "idea", su concepción, sobre una "verdadera" universidad. Y este es el tema que deseamos exponer ahora en primer lugar.



Oxford

1. Presencia de la teología en una universidad

Conferencia que se divide en tres partes:
1) la "idea" de universidad según Newman;
2) razones por las que la teología debe estar presente en una universidad;
3) consecuencias de esta doctrina newmaniana.

I- LA "IDEA" DE UNIVERSIDAD SEGUN NEWMAN

Para comenzar nuestra exposición sobre la "idea" de universidad, es conveniente recordar qué significa para Newman el concepto de "idea". Para Newman la idea es como un sinónimo de lo que es una doctrina o, más bien, de lo que es un concepto. La idea para Newman es mucho más que la descripción de un fenómeno, ella expresa la manera en que se concibe la realidad integral del proceso de conocimiento. La idea es el objeto de un pensamiento que vive la realidad en su unidad y en su totalidad, o sea, en el conjunto de los "aspectos" que el pensamiento puede presentar al espíritu. El conjunto de los aspectos posibles de una realidad constituyen la idea. "La idea, que representa un objeto, real o imaginario, es igual al conjunto de sus aspectos posibles" (Essay on development, 34). La propiedad fundamental de la idea consiste en que ella nos da el conocimiento, no de un "aspecto", sino de un todo multiforme.

De acuerdo a esto, también la "idea de universidad" es como el concepto unitario que se ha de tener acerca de ella, la doctrina que ha de ser base para un correcto estudio sobre el tema. Este concepto de universidad se ha de presentar como un todo, es decir, como una idea única, de la cual se podrá ir conociendo después cada uno de sus "aspectos". Por esto, Newman, al comenzar su presentación de la idea de universidad, lo primero que hace es poner de manifiesto cuáles son aquellas realidades que necesariamente deben estar pre-

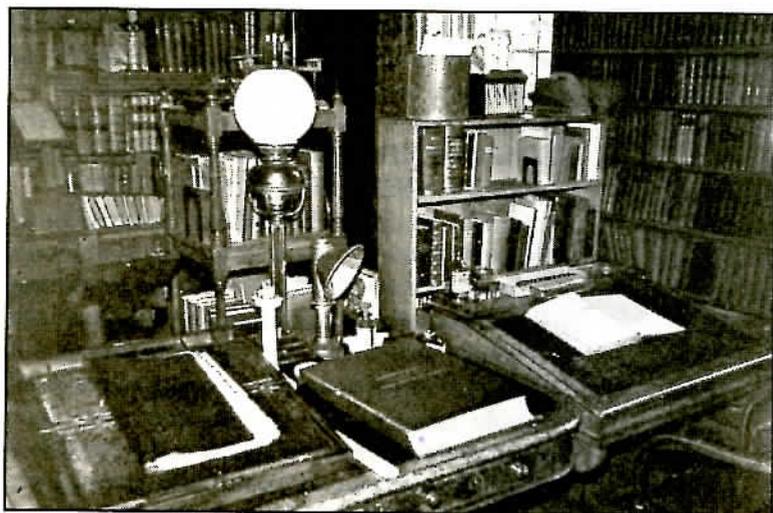
sentes en el concepto básico de universidad, para que pueda hablarse con verdad y con propiedad de universidad.

Para Newman entra necesariamente dentro de la idea de universidad lo siguiente: que sea el sitio desde donde se imparta una enseñanza del saber universal.

"El punto de vista sobre una Universidad, adoptado en estos discursos, es el siguiente: que es un lugar para la enseñanza del saber universal. Esto significa que su objeto es, por un lado, intelectual y no moral; y, por el otro, que su objeto consiste en la difusión y la extensión del saber, más que su progreso. Si su objeto fuera el descubrimiento científico o filosófico, no veo porqué una Universidad debería tener estudiantes; si fuera la educación religiosa, no veo cómo podría ser sede de literatura y de ciencia" (Idea, p. 29).

En efecto, según Newman esta característica no puede faltar. La universidad no es una escuela ni una academia, es una casa de estudios donde se enseñan todas las ramas del saber, todos los aspectos de la verdad, que es única, pero que se la va conociendo a través de sus diversos aspectos, que van cayendo bajo nuestra consideración. Esta característica de universalidad que debe poseer la enseñanza universitaria es algo que le pertenece necesariamente pues el objetivo que se busca al impartir tal enseñanza es que el alumno pueda recibir conocimientos, quizás parciales, pero dentro del marco de la **universalidad del saber**, dentro del contexto de la verdad completa.

Justamente por esto, por la necesidad de un contexto universal para la enseñanza universitaria,



El estudio de Newman. El Oratorio, Birmingham.

Newman nos dice que la Iglesia debe estar presente en esta tarea :

"Tal es una Universidad en su esencia, prescindiendo de su relación con la Iglesia. Sin embargo, hablando en términos prácticos, ella no puede realizar debidamente su fin, tal como lo he descrito, sin la asistencia de la Iglesia; o, para usar el término teológico, la Iglesia es necesaria para su integridad. no quiero decir que sus características principales se vean cambiadas por esta incorporación: la Universidad mantiene siempre el oficio de la educación intelectual; sin embargo la Iglesia la confirma en el cumplimiento de tal oficio" (Idea, 29)

Y es muy comprensible que así nos lo diga por exigencias de su misma tesis. Si la universidad debe ofrecer la enseñanza de sus doctrinas dentro de un marco universal del saber, si falta algún campo del saber, si no está representado algún sector del saber, entonces ya no se puede hablar de enseñanza universitaria, sino de instrucción escolar. Pero, para que exista esta presencia de todos los sectores del saber, necesariamente ha de intervenir la Iglesia pues ella, y sólo ella, posee los conocimientos de un importante sector del saber universal, que es el de la ciencia divina: la teología.

Como se puede observar, el razonamiento de Newman es simple pero muy profundo y penetrante. De la premisa mayor (indiscutible) va descendiendo hasta la conclusión recién enunciada, para nada indiscutible en la actualidad, y sorprendente para nosotros. Sin embargo, negar esta conclusión equivaldría a negar la premisa mayor, es decir: "la

enseñanza universitaria no debe incluir la universalidad". Y esto sería una verdadera contradicción en los términos.

Sin embargo, Newman no sólo se queda en la afirmación sino que saca conclusiones de ella. Además de que tiene que estar presente en la universidad pues debe dar su aporte al saber universal, la Iglesia también está allí pues tiene como interés propio el de formar hombres, cultivar sus inteligencias y así poder evitar la cantidad de errores que son tan habituales:

"Sería bueno que ninguno permaneciera como niño por toda la vida; pero, ¿qué es más común que ver hombres adultos, que hablan sobre argumentos políticos o morales o religiosos, de manera ociosa y despreocupada, que indicamos con el término «irreal»? «No saben ni de qué están hablando», es la observación espontánea y silenciosa de toda persona normal que los escucha. Se sigue que tales personas no tienen ninguna dificultad en contradecirse a sí mismas en afirmaciones sucesivas, sin ser conscientes de ello. Este es el motivo por el cual otros, cuyas faltas en el campo de la educación intelectual están más escondidas, tengan sus propias desafortunadas extravagancias, como se llaman, o atrevimientos, que los privan de la influencia que, de otro modo, sus cualidades positivas le asegurarían. Por este motivo, otros no están nunca en condiciones de mirar claro frente a sí mismos, no ven nunca el problema, y no ven ninguna dificultad en las cuestiones más difíciles. Otros son obstinados sin medida y llenos de prejuicios y, luego de haber sido sacados por la fuerza de sus propias opinio-

nes, retornan a ellas enseguida sin ni siquiera buscar de explicar porqué. Otros son tan intemperantes e intratables, que no existe una calamidad mayor para una buena causa el hecho de que ellos se hagan sus patrocinadores. Es claro, por estos detalles que he citado, que, en esta indicación de las enfermedades intelectuales, no tomo material de los católicos, sino del mundo en general. Me refiero a un mal que estamos obligados a constatar en todo vagón ferroviario, en todo bar o en toda sala de hotel, en toda compañía; un mal, de todas maneras, al cual los católicos no están menos expuestos que el resto de la humanidad". (Idea, 37)

Para Newman, los errores de la inteligencia hacen caer a los hombres en grandes contradicciones, lo cual es un verdadero retroceso en el camino de la búsqueda de la verdad y del progreso. Por esto, según él, la Iglesia desea el verdadero cultivo de la inteligencia para que se llegue al conocimiento de la verdad en todos sus aspectos.

Como vemos, la defensa de la "universalidad" de la enseñanza universitaria es muy importante si se quiere poseer una concepción adecuada acerca de lo que es una universidad. Perder de vista esta característica es como perder el deseo de adquirir un saber universal. Sin embargo, no es bueno dejar de lado este saber universal ya que, sin él, la inteligencia queda como acorralada en su parcialidad, llegando así a una ignorancia peligrosa para los mismos fines intelectuales. El objeto de una universidad ha de ser el del conocimiento de la verdad, que es única en sí misma, aunque variada en su presentación debido a la debilidad de nuestra inteligencia que no es capaz de captar en una sola visión todos sus múltiples aspectos. Por esto necesitamos distinguir y dividir, para poder conocer más y mejor. En este servicio a la ciencia universitaria y a la verdad, servicio que también quiere prestar la Iglesia, se cuenta con la colaboración de autores quizás no cristianos, pero que con su recta doctrina sirven a la misma causa y buscan el mismo fin:

"Si, por tanto, yo tomo de algún modo en préstamo las opiniones de ciertas escuelas protestantes sobre el problema que debe ser discutido, lo hago creyendo, en primer lugar, que la Iglesia siempre ha hecho uso, en la plenitud de su iluminación divina, de cualquier verdad o sabiduría que ha encontrado en sus enseñanzas o en sus capacidades; y, en segundo lugar, que en tiempos o lugares particulares sus hijos pueden sacar

provecho de sugerencias o lecciones externas, que ella ha elegido para ellos". (Idea, 51).

II- RAZONES POR LAS QUE LA TEOLOGIA DEBE ESTAR PRESENTE EN UNA UNIVERSIDAD

Hemos expuesto ya, aunque sintéticamente, cuál es la idea de universidad para Newman: que sea el sitio desde donde se imparta una enseñanza del saber universal. De acuerdo a esto, entonces, no se ha de excluir ninguna rama del saber de la enseñanza universitaria. Excluiría sería contradecir el objeto de esta enseñanza superior que es, justamente, transmitir las distintas ramas del saber en conexión de unas con otras para que, iluminándose y limitándose mutuamente, sean lo que verdaderamente son: distintos aspectos de la verdad única, y no la verdad en sí misma. Así nos lo dice Newman claramente.

Pero Newman avanza sobre esta afirmación primera y pasa a sacar de ella algunas consecuencias inevitables. Esto lo hace en el segundo, tercero y cuarto discurso universitario, que expondremos brevemente a continuación. En ellos pone su atención sobre la teología como ciencia, en sí misma, en su relación con los otros sectores del saber, y en la relación que a ella dicen esos otros sectores del saber.

1) **Teología como un sector del saber:** la primera consecuencia que vamos a analizar es la que aparece en el segundo discurso universitario, titulado: "La teología considerada como un sector del saber". En este discurso Newman desea demostrar que la teología es una verdadera ciencia. Y él hace esta demostración para poder continuar con la exposición de la idea que viene tratando. En efecto, si una universidad ha de transmitir todas las ciencias, también ha de transmitir la ciencia teológica, que es una de ellas. Dejarla de lado sería abandonar el ideal universitario:

"En primer lugar, si no contrasta con la idea de la enseñanza universitaria la exclusión de la Teología de las ciencias que tal enseñanza incluye; en segundo lugar, si no es discordante con aquella idea el hecho de atribuir a la enseñanza como su fin directo y principal las artes productivas y las ciencias, dejando de lado los estudios liberales y los ejercicios de la mente, en los

cuales hasta hoy se pensaba que la enseñanza principal consistía". (Idea, 63)

Sin embargo, Newman constata que es un hecho la exclusión de las cátedras teológicas de las universidades, hecho que no deja de ser absurdo:

"Está de moda, como bien se sabe, crear las así llamadas universidades sin pensar para ellas de ningún modo cátedras teológicas. Tal modo de proceder, por más que sea defendido por escritores de la generación recién pasada y con muchos argumentos plausibles, me parece una absurdidad intelectual; y la razón que tengo para decir esto se puede expresar, con un cierto esquematismo, en la forma de un silogismo: una Universidad, diría, con su mismo nombre sostiene que enseña el conocimiento universal: la Teología es con toda certeza una rama del conocimiento, por tanto, ¿cómo es posible que la universidad enseñe todas las ramas del saber, y que sin embargo excluya de entre los argumentos de su enseñanza un argumento que, para no decir otra cosa, es tan importante y tan amplio como todos ellos? Yo no pienso que alguna de las premisas de este argumento pueda ser refutada". (Idea, 63-64).

Estas afirmaciones de Newman son particularmente importantes, no sólo porque denuncian una injusticia hacia la inteligencia, sino porque ponen de manifiesto toda una concepción propia de lo que es la ciencia teológica, y, por consiguiente, de lo que es la religión. Si se excluye a la teología del campo de las ciencias es porque no se la considera como una ciencia. Y si eso es así, quiere decir que a la teología hay que ubicarla en otro campo:

"Digo, entonces, que si una Universidad es, por su misma naturaleza, un lugar de instrucción donde es impartido el saber universal, y si en una cierta Universidad así llamada, el argumento de la religión es excluido, es inevitable una de estas dos conclusiones: o, por un lado, que el campo de la Religión está totalmente vacío de saber real; o, por el otro, que en tal Universidad es omitida una especial e importante rama del saber. Yo afirmo que el defensor de una tal institución debe consentir a esto o a aquello; él debe admitir, o que nosotros conocemos poco o nada acerca del Ser Supremo, o que su centro de instrucción se da un nombre que no corresponde a la realidad". (Idea, 66).

Pero: ¿cuál es entonces el campo propio de la teología? Este es el gran problema que se plantea Newman, y es el gran problema que él sabe bien adónde conduce y qué consecuencias trae. En efec-

to, si se saca a la teología del campo del saber, se la lleva necesariamente al campo de los afectos y del sentimiento. Esta es la gran opinión liberal, a la que Newman quiere oponerse firmemente:

"Pero, proporcionalmente a la difusión de la levadura luterana, se puso de moda decir que la Fe era, no la aceptación de la doctrina revelada, no un acto de la inteligencia, sino un sentir, una emoción, un afecto, un deseo; y, siguiendo la difusión de esta concepción de la Fe, la conexión de la Fe con la Verdad y el Conocimiento fue siempre más olvidada o negada" (Idea, 72.) *"Ellos aprendieron a creer y a considerar como descontado que la Religión no fuese nada más que una escucha de las imperfecciones de la naturaleza humana, no un hecho externo y una obra de Dios. Había, por lo que parece, una exigencia de Religión, y por eso había una escucha; la naturaleza humana no podía dejar de tener una religión, no más de lo que no puede dejar de tener pan; un alimento era absolutamente necesario, bueno o malo, y, como en el caso de lo de sustentamiento cotidiano, un producto aunque realmente inferior era mejor que nada".* (Idea, 73).

Para él, Dios forma parte necesaria del saber:

"Cuando un cierto número de personas se presentan, no como políticos, no como diplomáticos, juristas, comerciantes, o pensadores, sino con el solo fin de hacer progresar el conocimiento universal, podemos conceder que sacrifiquen muchas cosas (la ambición, la reputación, el tiempo libre, los intereses de parte, el dinero); pero una cosa no pueden sacrificar: el conocimiento en sí mismo. Siendo el conocimiento su objeto, ellos no deben, sin duda, insistir sobre sus opiniones personales acerca de la historia antigua o moderna, o la prosperidad nacional, o el equilibrio de la fuerza; ellos no deben, sin duda, rechazar la cooperación de aquellos que tienen opiniones opuestas; sino que deben poner como condición que el conocimiento mismo no se vea comprometido". (Idea, 68).

Y no sólo esto, sino también que sin Dios no hay posibilidad de ninguna ciencia.

"Tomándolo, como pienso que podemos hacer objetivamente, como un ejemplo de la filosofía de hoy, como es adoptada por aquellos que no son abiertamente no creyentes, o adversarios de la Religión, considero que eso explique ampliamente cómo puede suceder que esta filosofía de hoy produzca un sistema de conocimiento universal, y hable de las plantas, de los tipos de terreno, de los reptiles y de los animales, de los gases, de la corteza de la tierra y de los cambios

atmosféricos, del sol, de la luna y de las estrellas, del hombre y de sus cosas, de la historia del mundo, de la sensación, de la memoria y de las pasiones, del deber, de la causa y del efecto, de todas las cosas imaginables, excepto de una, es decir, de Aquel que hizo todas estas cosas, de Dios. La razón de esto es que ellos consideran el conocimiento, por lo que respecta a la creatura, como iluminado; pero imposible o desesperado por lo que respecta al ser, los atributos y las obras del Creador". (Idea, 77).

Newman hace una extensa exposición acerca de Dios, y allí nos dice claramente cómo El es el Supremo Ser Creador, de quien dependen todas las creaturas en su propio ser y en su consistencia propias. Si, en cambio, Dios no es fundamento para una ciencia, inevitablemente se ha de caer en un panteísmo ilimitado, e irracional:

"Si el Ser Supremo es potente o inteligente, solamente en la medida en la que el telescopio muestra potencia, y el microscopio inteligencia, si su ley moral ha de ser deducida simplemente de los procesos físicos de la estructura animal, o si su voluntad deducida de las conclusiones inmediatas de los hechos humanos, si su esencia es tan alta y profunda y amplia y extensa cuanto el universo, y no más; si esta es la situación de hecho, entonces admitiré que no existe una ciencia específica acerca de Dios, que la teología es solamente un nombre y, una protesta en su defensa, una hipocresía. Si es así, El coincide simplemente con las leyes del universo; entonces El es solamente una función, o un correlato subjetivo y una impresión mental de todo fenómeno del mundo material y moral, cuando nos pasa delante". (Idea, 82).

Sin embargo, Newman afirma que Dios es con toda propiedad "objeto" de una ciencia propia, que se llama teología, y que se ocupa de estudiar y profundizar aquellos conocimientos que se poseen acerca de El. Y como esta ciencia es diversa por su objeto a todas las demás, es una ciencia aparte e independiente:

"Si Dios es más que la naturaleza, la Teología reclama un puesto entre las ciencias (...) Concluyo como empecé: la doctrina religiosa es conocimiento. Esta es la importante verdad, poco clara a nuestros días (...) La doctrina religiosa es conocimiento, en un sentido tan fuerte como la doctrina de Newton es conocimiento. La enseñanza universitaria sin Teología es simplemente no filosófica. La Teología tiene por lo menos tanto derecho de tener un puesto en esta

enseñanza como la Astronomía". (Idea, 85).

Gran contradicción intelectual es excluir a la teología de una universidad. Si allí se enseñan todas las ramas del saber, también se ha de incluir el saber acerca de Dios, que se llama teología:

"Yo no veo como sea posible, para una mente filosófica, primero creer que estos hechos religiosos son verdaderos, después consentir a ignorarlos, y, en fin, no obstante todo esto, continuar a proclamar de estar enseñando «de omni scibili». No; si un hombre piensa en su corazón que estos hechos religiosos están vacíos de verdad, que no son verdaderos en el sentido en que el hecho general y la ley de la caída de una piedra hacia la tierra es verdadera, yo entiendo que él excluya la Religión de su Universidad, por más que aduzca otras razones para su exclusión. En este caso, la diversidad de las opiniones religiosas con la que desea cubrir su conducta, no es sólo la excusa para no confesar públicamente la Religión, sino una causa del hecho que él en privado no cree. El no piensa que alguna cosa sea conocida o pueda ser conocida como cierta, acerca del origen del mundo o el fin del hombre". (Idea, 71).

Una universidad, por más que posea sus propios objetivos, no puede sacrificar el conocimiento. Otras realidades puede obviar, pero el conocimiento no, pues sería contradictorio (*ver nota 9*). Y si existe un conocimiento acerca de Dios, ha de ser presentado expresamente. Esta es la idea newmaniana, que defiende con vigor y con fuertes argumentos. Pero va más allá aún, y saca conclusiones de la afirmación "la teología es una verdadera ciencia". En efecto, como ciencia acerca de Dios, el Creador, su incorporación en el campo de las ciencias, hace que se modifiquen notablemente las diversas presentaciones propias de las diversas ciencias. Estos temas los trata Newman en los dos discursos siguientes.

2) Relación de la teología con otros sectores del saber: lo primero que nos dice aquí Newman es que el objeto de todo conocimiento es la verdad, que se presenta en sus múltiples aspectos, y que nuestra inteligencia los va sistematizando a través de las distintas ciencias, que analizan cada uno de los campos propios de esos aspectos de la verdad:

"La verdad es el objeto del conocimiento, de cualquier especie que éste sea; y cuando nos preguntamos qué se entiende por «verdad», pienso que sea justo

responder que verdad significa los hechos y sus relaciones, que están los unos en relación a los otros como los sujetos y los predicados en la lógica". (Idea, 87-88).

Sin embargo, cada ciencia se ocupará de su propio aspecto, y, en último lugar, se ocupará de las relaciones con las otras ciencias, también propias de cada aspecto en particular. Dejadas en su soledad, las ciencias sucumben ante su parcialidad, y no llegan a apropiarse del núcleo real de los objetos de cada una de ellas. Justamente por esto, Newman afirma que todas las ciencias tienen necesidad de una **asistencia externa** que pueda dar sentido a esa interdependencia que existe entre ellas. Las conclusiones de cada ciencia se enlazan con las de las demás ciencias y, con esa **ayuda externa**, pueden poner de manifiesto la unidad del saber y la unidad del objeto de conocimiento:

"Del mismo modo, por lo que respecta al entero complejo de las ciencias, una corrige la otra, para definir las cuestiones de hecho, y una no puede fijar principios absolutos sin la otra, a no ser en manera hipotética y a partir de propios principios abstractos". (Idea, 92).

"Todo el conocimiento forma una unidad, porque su objeto es uno; en efecto, el universo en todas sus dimensiones está tan íntimamente unido, que no podemos separar parte por parte, operación de operación, a no ser con una abstracción mental; y aun así, en lo que respecta a su Creador, si bien El ciertamente en su mismo Ser está infinitamente separado, y la Teología posea sus competencias, con las que el conocimiento humano no tiene relaciones, sin embargo El se ha unido de tal modo con el universo, y lo ha acogido en su mismo seno, a través de su presencia en él, su providencia hacia él, su impronta sobre él y su influencia a través de él, que no podemos verazmente o plenamente contemplarlo sin, en algunos aspectos principales, contemplarlo a El. Avancemos: las ciencias son el resultado de aquella abstracción mental que, como he dicho, es la síntesis de este o aquel aspecto del entero campo del conocimiento. Porque ellas todas pertenecen a un mismo conjunto de objetos, están, todas y cada una, asociadas juntas; porque no son más que aspectos de las cosas, son incompletas, cada una en sí misma, en sus relaciones a las cosas mismas; por más que sean completas en su propio concepto y en orden a sus respectivos fines: por todos los lados ellas están juntas al servicio y tienen necesidad unas de otras". (Idea, 93).

Esta "ciencia auxiliar externa" es llamada por Newman: **filosofía**.

Lo que Newman nos quiere decir es que la verdad es una sola, y sólo ella es el objeto del conocimiento. Esta captación de la unidad del objeto del conocimiento se realiza por medio de la filosofía, la cual, por su propia identidad, también se ocupa de Dios (en cuanto teología natural). Sin embargo, Newman manifiesta su fuerte realismo al declarar que, aun aquellas verdades reveladas acerca de Dios, entran dentro del objeto del conocimiento, y que, por lo tanto, también son necesarias para captar la verdad completa, objeto de nuestro conocimiento:

"Lo que la teología da, tiene derecho a tomarlo; o más bien, los intereses de la Verdad la obligan a tomarlo. Si no deseamos dejarnos engañar por sueños, si deseamos constatar los hechos tal cual son, entonces, concediendo que la Teología sea efectivamente una ciencia, no podemos despreciarla, y llamarnos todavía filósofos. No he dicho nada hasta ahora, referido a la dignidad preeminente de la Verdad Religiosa; digo solamente que, si existe una Verdad Religiosa, no podemos cerrar los ojos para no verla, sin perjuicio de la verdad de cualquier especie, física, metafísica, histórica y moral; porque ella tiene relaciones con toda verdad. Y así respondo a la objeción con la que había iniciado este Discurso. Había imaginado que un filósofo de hoy me hiciese la pregunta: «¿Por qué no podéis ir por vuestro camino, y dejarnos a nosotros que vayamos por el nuestro»? Respondo, en nombre de la ciencia de la Religión: «Cuando Newton pueda no necesitar del metafísico, entonces vosotros podréis no necesitar de nosotros». (Idea, 94-94).

La problemática sobre las verdades accesibles a la razón natural, y las que sólo lo son mediante la fe, no parece estar presente en esta exposición de Newman. Al contrario, más bien él postula la unidad del saber, y la necesidad de esa interdependencia entre todas las ciencias para que no se caiga en parcialidades, que pueden conducir al error y a la ignorancia:

"Yo no demuestro propiamente nada acerca del Ser Supremo. Al contrario, presupongo su existencia, y no digo más que esto: dado que el hombre existe, ningún profesor universitario que haya suprimido de sus lecciones de física la idea de la volición, y que no dé por concedida la existencia de la volición, puede evitar una visión unilateral y radicalmente falsa de

las cosas que ha discutido". (Idea, 100).

Teniendo esto en cuenta, se ve la necesidad de la inclusión de la teología en una universidad para que puedan aparecer las diversas doctrinas científicas en su verdadera entidad, y ocupando sus respectivos lugares. En efecto, la teología trata sobre Dios, pero Dios actúa realmente sobre la realidad.

"Si la creatura da inicio siempre al movimiento de una serie sin fin de causas y de efectos físicos, mucho más el Creador; y, como el hecho de excluir la volición de nuestro ámbito mental, es una negación del alma, del mismo modo, ignorar la Acción divina es una virtual negación de Dios. Además, suponiendo que el hombre pueda desear y actuar por sí mismo prescindiendo de la física, excluir esta gran verdad (por más que sea una sola) significa desorbitar el entero sistema del conocimiento; y suponiendo que Dios pueda desear y actuar autónomamente en este mundo que El ha hecho, y que nosotros lo negamos o lo minimizamos, en tal caso arrojamos todo el complejo de la ciencia universal en una confusión similar, más aún, mucho peor". (Idea, 101).

"No entiendo por Teología el conocimiento de las Escrituras; porque, si bien ninguna persona de sentimientos religiosos pueda leer la Escritura sin que éstos se despierten, y sin dejar de ganar muchos datos históricos, sin embargo la competencia histórica y la sensibilidad religiosa no son ciencia. Yo no entiendo ninguna de estas cosas cuando hablo de Teología; entiendo simplemente la ciencia sobre Dios, o la estructuración en sistema de las verdades que conocemos respecto de Dios; así como tenemos una ciencia de las estrellas, y la llamamos astronomía, o de la corteza terrestre, y la llamamos geología". (Idea, 103).

Por tanto, toda la realidad se ve influenciada por esta acción divina. Nuevamente aquí Newman hace como una profesión de fe acerca de quién es Dios y de cuál es su acción verdadera en las cosas. Dios es el Creador y el salvador del mundo, El ha realizado su obra en el mundo y continúa realizándola de un modo efectivo y palpable. Por lo tanto, cualquier estudio que se haga de la realidad, si se prescinde en él de esta intervención divina, que pudo haber sido antecedente, o que será consecuente, introduce un error en ese estudio que puede llegar hasta a invalidar el mismo estudio. El tema de Newman es, por tanto, definir quién es y cómo actúa Dios:

"Entiendo, por tanto, por Ser Supremo, un ser que es simplemente dependiente de sí mismo, y el

único que es tal; además, que El es sin inicio o eterno, y es el único eterno; quien por consecuencia ha vivido una entera eternidad por propia virtud; y por esto es totalmente suficiente, suficiente a su misma beatitud y totalmente beato, y siempre beato". (Idea, 104).

"Esto es lo que la Teología enseña acerca de Dios: una doctrina, como presupone la misma idea de su objeto, tan misteriosa que se encuentra en su plenitud más allá de todo sistema, y que, bajo aspectos particulares, es simplemente externa a la naturaleza". (Idea, 105).

"Incluso cuando haya una rebelión habitual contra de El, o una profunda y amplia corrupción social, las manifestaciones no advertidas o heroicas de una virtud natural, así como la aspiración del alma humana hacia eso que a ella le falta, y los presentimientos de sus verdaderos remedios, deben referirse al Autor de todo bien". (Idea, 107).

"Todo lo que es bueno, todo lo que es verdadero, todo lo que es bello, todo lo que es benéfico, sea grande o pequeño, perfecto o fragmentario, natural como sobrenatural, moral ó material, procede de El". (Idea, 107)

Pero, si se acepta lo que ya se ha dicho sobre Dios, no puede aceptarse entonces la exclusión de la teología del estudio universitario:

"Si esta es una exposición, completa en su substancia, y dentro de sus límites, de las doctrinas propias de la Teología, y especialmente de la doctrina de una Providencia particular, que es la parte de ella más cercana a las ciencias humanas, yo por nada puedo comprender cómo, suponiéndolo verdadero, ésta pueda faltar, considerada como conocimiento, ejercitando una poderosa influencia sobre la filosofía, sobre la literatura, y sobre toda creación o descubrimiento intelectual. No puedo comprender como pueda ser posible cerrar los ojos al problema de su verdad o de su falsedad. Ella nos ofrece, mientras se la profesa, las verdades más altas de las que sea capaz la inteligencia humana, y abraza un conjunto de argumentos muy diversos y distantes unos de otros. ¿Qué ciencia no será atravesada, en una parte o en otra de su competencia, por su camino? ¿Cuáles resultados de la especulación filosófica están fuera de cuestión, si han sido alcanzados sin investigar aquello que la Teología tenía para decirles? ¿No arroja quizás luz sobre la historia? ¿No tiene influencia sobre los principios de la ética? ¿Le falta quizás todo tipo de relaciones con la física, la matemática o las ciencias políticas? Podemos eliminarla del círculo

del conocimiento, sin admitir que ese círculo quedará mutilado, o que la Teología no es verdaderamente una ciencia? (Idea, 108).

Como ya lo hemos dicho, el realismo que Newman demuestra en estas afirmaciones que acabamos de presentar, es notable. Escuchándolo recordamos aquellas magníficas síntesis científicas del Alto Medioevo donde no se colocaban las ciencias cada una en su especificidad particular, sin conexión alguna con las demás ciencias particulares, y sin ninguna relación a su origen, fundamento y finalidad, sino más bien donde cada ciencia ocupaba su propio lugar, subordinado quizás al de otra ciencia superior, relacionada cada ciencia con las demás y, sobre todo, relacionada con la filosofía (ciencia que las ubicó a cada una en su lugar) y con la teología (ciencia que les asignaba a cada ciencia particular la propia entidad verdadera). Lo que Newman aquí nos está diciendo es que existe un solo objeto del conocimiento, y éste es la verdad. Esta se presenta en sus múltiples aspectos, pero sigue siendo una sola. Todos aquellos conocimientos que sobre ella puedan adquirirse han de ser tomados, provengan de donde provengan, pues el solo hecho de saber que existe un aspecto de la verdad que se ignora, hace tambalear la firmeza de todo el saber ya adquirido:

"Y ahora puedo dar fin a una discusión un poco tediosa. No serán necesarias muchas palabras para resumir lo que he expuesto. Digo, entonces, si las varias ramas del conocimiento, que son materias de enseñanza en una universidad, están de tal modo unidas juntas, que ninguna puede ser dejada de lado sin perjuicio para la perfección de las otras, y si la Teología es una rama del conocimiento, de amplia difusión, de estructura filosófica, de inexpresable importancia y de gran influencia: ¿qué conclusiones sacamos de estas dos premisas si no que sacar la Teología de las escuelas públicas significa dañar sus integridades e invalidar la credibilidad de todo aquello que actualmente en ellas se enseña?" (Idea, 110).

La razón por la que Newman insiste en el valor de la ciencia teológica, no responde sólo al hecho de que ella sea también una ciencia, sino porque ella es la ciencia sobre Dios, conocido a través de la razón natural y de la revelación. Y como Dios actúa sobre la realidad, objeto del conocimiento de las ciencias, la omisión de la ciencia sobre Dios compromete los resultados de las demás ciencias. De este modo

queda asegurada para Newman la unidad del saber:

"En una palabra, la verdad religiosa no es una parte, sino una condición del conocimiento general. Eliminarla no es otra cosa, por decir así, que desatar la trama de la enseñanza universal". (Idea, 111)

Y queda de manifiesto cuál es la relación de la teología con los otros sectores del saber: ser ella la ciencia rectora de todas las demás, no en cuanto los principios propios de cada una, pero sí en cuanto la entidad específica y el lugar propio de cada una de ellas dentro del marco completo del vasto campo del saber.

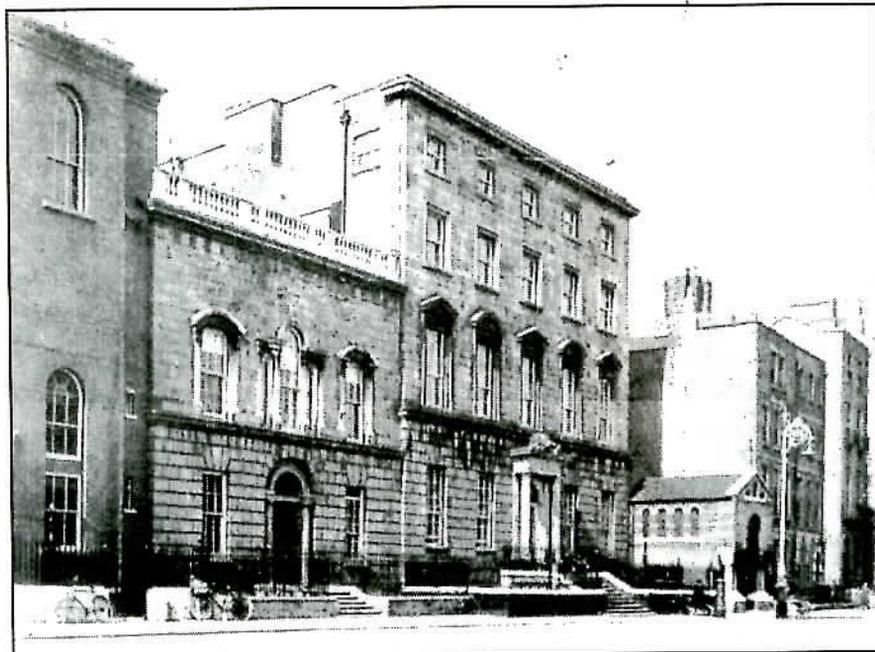
3) Relaciones de otros sectores del saber con la teología: al comenzar este discurso Newman retoma el realismo de su exposición anterior y refuta la opinión que dice que hay que separar dentro del campo de la enseñanza universitaria, las verdades seculares de aquellas recibidas por la religión. El principio con el que Newman responde a esa objeción es el ya enunciado de la **unicidad de la verdad**. Si es que existe una verdad, y si nosotros tenemos que estar en posesión de ella, entonces no corresponde hacer separaciones y relegamientos por razones que finalmente se revelan como preconceptos, sino que se ha de realizar esa interdependencia científica para no causar daños a la ciencia misma:

"He dicho que, para poseer la verdad, debemos tener la verdad entera... Como la palabra escrita y no escrita de Dios componen la Revelación como un todo, y la palabra escrita, considerada en sí misma, es sólo una parte de ese todo, así inversamente la Revelación misma puede ser considerada como una de las partes constitutivas del conocimiento humano, visto como un todo, y su omisión es la omisión de una de estas partes constitutivas". (Idea, 113).

Asentado este principio, Newman continúa con su exposición.

Lo primero que nos dice al comenzar este tema, que será el último que nosotros analizaremos aquí, es que la teología aporta al campo del saber conocimientos que solamente ella puede aportar:

"La Religión revelada provee hechos a las otras ciencias, que estas ciencias, dejadas a sí mismas, no alcanzarían jamás; y saca validez a hechos aparentes que, dejadas en sí mismas, ellas podrían imaginar. Así en la ciencia de la historia, la salvación de nuestra raza en el arca de Noé es un hecho histórico, al cual



La casa de Newman y la iglesia de la Universidad, en Dublín.

la historia no llegaría nunca sin la Revelación; y, en el campo de la fisiología y de la filosofía moral, el progreso y la perfectibilidad de nuestra raza es un sueño porque la Revelación lo contradice, por más que investigadores científicos lleven cualquier cosa en su defensa. No es por tanto verdadero que los católicos teman el conocimiento humano, sino que están orgullosos del conocimiento divino, y que consideran la omisión de cualquier tipo de conocimiento, humano o divino, no un conocimiento sino una ignorancia". (Idea, 113-114).

También nos dice que, por esa inevitable interdependencia de las ciencias, cuando una ciencia deja su lugar, éste es ocupado en seguida por otra ciencia:

"Observo, entonces que, si sacáis cualquier ciencia del círculo del conocimiento, no podéis tener vacío ese lugar; esa ciencia es olvidada; las otras ciencias cierran las filas, o, en otras palabras, superan los propios límites, y se insertan donde no poseen ningún derecho". (Idea, 114).

Llama la atención aquí también el realismo de Newman "capaz de captar este hecho tan real y común que se verifica con frecuencia dentro del campo científico".

Este hecho también se verifica con la teología,

y, podríamos decir, mucho más con la teología ya que ella es, como ya lo hemos dicho, la rectora de las ciencias. Si ella pierde su lugar, o si se le quita su lugar, otras ciencias vendrán a ocuparlo, y esto puede llegar a ser peligrosísimo. Justamente por esta gravedad, y por los innumerables errores que de esta injusticia pueden seguirse, es que la Iglesia insiste en la necesidad de incluir la teología dentro de la enseñanza universitaria para que no se resientan ni la ciencia, ni la religión:

"Yo no soy capaz de negar, ni me preocupo, más aún, constato el hecho, y hoy me propongo de dar razón, por la que toda ciencia secular cultivada en manera exclusiva puede llegar a ser peligrosa para la Religión; y doy razón de esto en base a este amplio principio: que ninguna ciencia, por más amplia que pueda ser, podrá evitar de caer en gravísimos errores, si es ensalzada como el único exponente de todas las cosas del cielo y de la tierra, y esto por la simple razón que pasa a terrenos que no son suyos, y se ocupa de problemas que para resolverlos no posee medios". (Idea, 115).

Sin embargo, nos dice Newman, asistimos a este despojo de la teología que ocasiona uno de los más grandes vicios intelectuales que es esa **ignorancia presuntuosa** que juzga todas las realidades y todos los problemas desde la óptica de una ciencia

particular, incapaz de ser ciencia rectora. Así nacen esos "intelectuales" enfermos del vicio de la superficialidad, es decir, de la ignorancia:

"Así nacen aquellos que generalmente son llamados «hombres de una sola idea»; lo que pasa a significar «un hombre de una sola ciencia», y de opiniones en parte verdaderas, pero secundariamente, en parte falsas, que es lo que puede resultar de algo tan parcial. Este es el motivo por el que vemos los principios de lo útil, de la combinación, del progreso, de la filantropía, o, en las ciencias materiales, de la anatomía comparada, de la frenología, de la electricidad, ensalzados a la categoría de ideas piloto, y llaves, si no de todo el conocimiento, al menos de muchas más cosas de aquéllas que le pertenecen a ellos; principios que son todos verdaderos hasta un cierto punto, y que sin embargo degeneran todos en el error y en el sectarismo, porque son llevados al extremo, es decir, al punto en el que reclaman ser interpretados y limitados por otros sectores del saber, y porque son utilizados para hacer aquello que es simplemente demasiado para ellos, en cuanto que una ciencia limitada no es una profunda filosofía". (Idea, 117)

Y así también nacen los intelectuales enemigos de la religión. Son aquellos hombres que, sabiéndolo o no, se oponen a las ciencias religiosas pues las consideran como una amenaza al espíritu científico. Al constatar el límite que la religión puede poner a sus especulaciones vanas, no temen sacarla del campo del saber, reducirla a cosa sentimental, y darle el lugar del sólo corazón individual que, a su modo, tratará de armonizar las verdades que dentro suyo está oponiendo. Y esto termina, como se sabe, en quitar a la teología y a la religión toda base científica y real.

"Existen muchos hombres, los cuales, dedicados a un particular argumento de pensamiento, y habiendo hecho de sus principios la medida de todas las cosas, se convierten en enemigos de la Religión Revelada antes de conocerla, y se convierten en conscientes del propio estado mental sólo con el pasar del tiempo. Estos, si son escritores o conferencistas, mientras se encuentran en este estado de incredulidad consciente o semiconsciente, difunden los principios de la incredulidad bajo el manto y la apariencia de cristianismo; y esto simplemente porque han hecho de la propia ciencia, cualquiera que ésta sea, la economía política o la geología, o la astronomía, despreciando la Teología, el centro de toda verdad, y consideran toda parte

o las partes principales del saber como si fueran sacadas de ella misma, debiendo ser comprobadas y determinadas por medio de sus principios". (Idea, 123).

"Una orientación exclusiva de estudio lo ha llevado, lo quiera o no, a ir contra los principios de la Religión; principios que él no ha adoptado nunca como puntos de referencia, y que, cualquiera hubieran podido ser sus efectos sobre él, al menos lo hubieran puesto sobre aviso contra el aprovecharse de la fe de otros, si hubieran sido ensalzados autoritativamente delante de él". (Idea, 124)

Newman ilustra este hecho a lo largo de este cuarto discurso universitario con múltiples ejemplos tomados de diversas ciencias, y muestra con ellos cómo una ciencia sin el límite que le pueden poner las otras, y sobre todo la teología, pierde su lugar, se absolutiza, y así se vuelve errónea. Dejar de lado a la teología equivale entonces a una verdadera perversión de las ciencias:

"No es solamente la pérdida de la Teología, es la perversión de las otras ciencias. Aquello que ella injustamente pierde, las otras ciencias injustamente reciben. Ellas tienen la propia competencia, y saliendo, buscan hacer aquello que en realidad no pueden hacer; y esto da lugar a daños aún más graves, porque enseñan aquello que en su puesto es verdadero, pero que cuando está fuera de su puesto, pervertido o llevado al exceso, no lo es. Y como no todo hombre tiene la capacidad de separar la verdad del error, persuaden al mundo con aquello que es falso, inculcándole aquello que es verdadero". (Idea, 118).

¡Qué peligro, nos dice Newman, que es parcializar toda la realidad desde un campo científico determinado! ¡Cómo hace falta la teología para evitar este gran problema!

"Pondré ahora un ejemplo de otra ciencia, y me detendré en él. La economía política es la ciencia, supongo, de la riqueza, una ciencia simplemente legítima y útil porque no hay pecado en hacer fortuna, no más de lo que sea pecado buscar el honor; una ciencia al mismo tiempo peligrosa y que lleva a ocasiones de pecado, como también sucede con la búsqueda del honor; y por consiguiente, si es estudiada en sí misma, prescindiendo del control de la Verdad Revelada, ella lleva seguramente a un pensador a conclusiones no cristianas". (Idea, 126).

Sobre la actualidad de esta problemática, a todos nosotros manifiesta, nos detendremos en el

último punto de nuestra exposición. Ahora es necesario poder oír lo que Newman nos dice, o sea, captar la importancia de la afirmación de la necesidad de la teología como ciencia rectora de las demás, como ciencia capaz de dar a cada otra ciencia su propio lugar, y como capaz de evitar parcializaciones que pueden provocar verdaderos errores dentro del campo del saber. Recordemos que para Newman conocemos una sola verdad, a través de sus diversos aspectos. Pero, cada aspecto no puede convertirse en la totalidad, pues de ese modo se falsea en sí mismo.

"Digo solamente que, por más que digan la verdad, no dicen la entera verdad; que sus deducciones deben ser confrontadas con otras verdades, que son reconocidas como tales, para ser verificadas, completadas o corregidas". (Idea, 134)

En cambio, existe una ciencia que es "dueña" de la totalidad: esta es la teología, la ciencia sobre Dios, el Creador, única capaz de dar verdadera consistencia científica a todo el enorme espectro del saber. Ella puede juzgar todas las ciencias, y ninguna puede juzgarla a ella. Dejar la teología es caer en la confusión, y en absolutizaciones peligrosas:

"He insistido por eso sobre esto, que la hostilidad en cuestión, cuando se verifica, coincide con una evidente desviación o exorbitancia de la ciencia respecto a su propio curso; y que, esta exorbitancia tiene seguramente lugar, casi por necesidad intrínseca, si la Teología no está presente para defender sus límites y para impedir invasiones". (Idea, 136).

Con la teología, todas las ciencias forman una unidad y se convierten en sus colaboradoras. Sin ella, cada ciencia solitaria se convierte en su enemiga:

Lo mismo podemos decir de otras ciencias: justamente como la anatomía comparada; la economía política, la filosofía de la historia, y la ciencia de la antigüedad, pueden ser opuestas contra la Religión, si son tomadas en sí mismas, como he demostrado, del mismo modo, un error análogo puede sucederle a cualquier otra ciencia". (Idea, 135).

Estas son las razones por las que Newman postula como necesaria la presencia de la teología dentro de una universidad para que una casa de estudios pueda llamarse así. Por la importancia de estas razones, además de haberlas presentado, deseamos realizar ahora una breve reflexión sobre ellas, mostrando su actualidad y vigencia.

III- CONSECUENCIAS DE ESTA DOCTRINA NEWMANIANA

La primera conclusión que nosotros podemos sacar de las doctrinas newmanianas expuestas, es que la presencia o no de la teología dentro de una universidad no es algo accidental. Al contrario, su inclusión o exclusión pone de manifiesto una concepción del saber y de lo que es una ciencia, anterior a esa toma de posición. Excluir la teología de la enseñanza universitaria, es ignorar o quitarle su entidad científica, y, por lo tanto, es negar su realidad. Es decir, negar que la teología sea ciencia equivale a negar que ella se ocupe de objetos reales y verdaderos, y equivale a reducirla a algo ligado con el sentimiento y no con la razón.

Queridos amigos de Newman: ¿no es ésta la concepción más común que se puede descubrir en los ambientes universitarios? ¿No es ésta la concepción que se despreocupa de los problemas religiosos por considerarlos irreales? ¿No es ésta la concepción que desprecia saber cuál es la verdad religiosa pues considera que cualquier religión es válida? Y esto es algo que se sigue necesariamente: si la teología no es ciencia, se convierte en sentimiento. Y éste es cosa irracional, no mensurable con el parámetro de la verdad o del error ... ¡Qué caos se crea entonces en el campo del saber! Sobre Dios nada hay que pueda saberse con certeza: ¡qué desconcierto para el hombre que busca la verdad primera, fundamento de todas las verdades parciales, propias de cada ciencia! ... ¿No nos está diciendo Newman que incluir o excluir la teología de la enseñanza universitaria es algo para nada indiferente?

El liberalismo, gran enemigo de Newman, y gran enemigo de nuestra religión, lamentablemente ha asentado sus principios sobre el tema que venimos tratando, y ha generalizado la idea de la irracionalidad de la teología. Sin embargo, y Newman bien lo afirma, no encuentra fundamentos para sostener sus tesis. Nosotros, en cambio, usamos los argumentos de Newman que por su solidez no admiten rechazo. Y de este modo decimos: las obras de Dios son a todos manifiestas; las palabras de su revelación son comprensibles y también son manifiestas. A través de ellas podemos conocer al menos algo de Dios que para nosotros es suficiente. Este conocimiento es la base sólida desde la que puede crearse una ciencia

particular sobre Dios. Y esta ciencia, como todas las demás que se ocupan de otros tipos de conocimientos, no debe faltar en una universidad. Sobre todo si se desea llegar a conocer la verdad en toda su amplitud, para no caer en el error.

Sin embargo, hay otra consecuencia que podemos sacar de las tesis newmanianas expuestas. Y es ésta: la verdad que se ha de desear conocer es sólo una. Se presenta en sus diversos aspectos, pero es una. Por lo tanto, el conocimiento de cada aspecto de la única verdad, modifica de algún modo la ciencia que hemos adquirido con el conocimiento de los otros aspectos de la única verdad. Entonces, el verdadero científico, en la medida de sus posibilidades, no ha de abandonar los datos que le lleguen por el conocimiento de aspectos de la verdad ya que, haciéndolo, relativiza los datos que ya posee, y pierde carácter plenamente científico su conocimiento.

Haciendo concreto este principio podemos decir: al científico no pueden serle indiferentes los datos de la teología. Y como ésta se presenta con todo derecho como ciencia, sus conocimientos no sólo responden a un aspecto de la verdad, sino al fundamento de la misma, pues corresponden a la realidad de Dios, creador de toda la realidad y de toda la verdad. Y podemos decir algo más: de acuerdo a la tesis de Newman, resultaría absurdo que el verdadero científico se planteara el abstracto problema de la fuentes del conocimiento, y que por esto desechase los datos acerca de Dios recibidos por revelación, por no ajustarse a las leyes del verdadero conocimiento científico. Esto sería absurdo. Las reglas del conocimiento son las que son: objetos que se presentan como cognoscibles de acuerdo a las capacidades propias de nuestra inteligencia. Y esto se cumple tanto en el conocimiento natural que podemos poseer sobre Dios, como en el sobrenatural. Lo importante es conocer, no tener prejuicios acerca del sobrenatural. Si Dios ha querido enriquecer nuestro conocimiento de diversos modos, aunque todos aptos a nuestra capacidad, ¿por qué negarnos?

Queridos amigos de Newman: si nos ponemos a pensar, este ha sido siempre el principio que ha creado y sostenido la llamada "filosofía cristiana". Ella nunca ha deseado hacer teología, sino que solamente ha deseado filosofar pero guiada por aquellos conocimientos recibidos por la fe. De este modo, no ha abandonado su objeto propio, sino que ha evitado distraerse en el análisis de cuestiones inútiles que,

gracias a la teología, sabía que no eran reales ni verdaderas. Justamente por esto, la filosofía cristiana ha producido frutos intelectuales magníficos, demostrando así una sabiduría poco común en el actual campo de las ciencias. En efecto: ¿qué mayor sabiduría que conocer cuál es el campo propio y cuáles son los límites de la propia ciencia? ¿No es sabiduría saber subordinar nuestra ciencia inferior a la ciencia superior? Ciertamente que lo es. Y no sólo eso, es sabiduría también no temer pedir a las otras ciencias los conocimientos que necesito para ubicar la propia ciencia en su lugar correspondiente.

Queridos amigos: esto que con tanta libertad ha sabido realizarlo la filosofía cristiana, y que le ha valido tantas críticas, de acuerdo a lo que nos dice Newman, han de realizarlo todas las ciencias a su manera. La teología no viene a invadir su campo, ni ellas invaden el campo de la teología cuando se subordinan a ella. Al contrario, la teología es necesaria para decirles a las ciencias cuáles son sus propios lugares dentro del campo del saber y del campo de la moral. Cada ciencia en particular ignora su origen y su finalidad. Esto sólo se lo puede manifestar la teología que es la ciencia sobre Dios, Creador y Redentor de todo lo que existe.

En el tan confuso campo de las ciencias, actualmente es más que necesaria la presencia iluminante de la ciencia rectora, de la teología, la ciencia sobre Dios. Los abusos que las ciencias sin la teología podían realizar, fueron previstos y profetizados por Newman con magnífica claridad. Nosotros hoy contemplamos también estos abusos ya que, por el orgullo propio de la razón humana después del pecado original, cada ciencia intenta convertirse en rectora de las demás. Y no les corresponde pues, han de recordarlo, ellas se ocupan de estudiar aspectos de la verdad única, pero no estudian a la Verdad misma. Esto sólo lo hace la teología, y nadie más que ella.

Queridos amigos: considero que estas breves consideraciones pueden haber ayudado a conocer más las doctrinas de nuestro querido Cardenal, el Venerable Siervo de Dios John Henry Newman; y a ver cómo mantienen aún hoy toda su vigencia y actualidad. Espero que dejándonos iluminar por él, podamos también nosotros iluminar nuestra situación actual a la que somos enviados para ser luz.

Pbro. Federico Prémoli

2. Cuatro principios en relación a la educación

Para continuar la exposición que ha hecho el P. Prémoli sobre los primeros cuatro capítulos de la *Idea de una Universidad*, debemos seguir con los cinco últimos. Pero lo haremos recurriendo también a otras dos obras de Newman que importan para nuestro tema, y que ayudarán a resaltar algunos pocos aspectos importantes que conviene retener, para no perderse en demasiadas consideraciones, dada la magnitud del tema.

I

En los capítulos 5 y 6 de la *Idea*, Newman insiste en el **cultivo del intelecto como un fin que puede ser razonablemente buscado por sí mismo**, y luego analiza en qué debe consistir tal cultivo. Este es el gran principio que ilumina el resto de los discursos hasta el final, y que fundamenta la esencia universitaria. Para exponerlo recurre, como es habitual en él, a una analogía:

"No hay en inglés una palabra para expresar la perfección del intelecto como la hay para la 'salud' del cuerpo o la 'virtud' del alma... 'Sabiduría' es ciertamente una palabra más comprehensiva que cualquier otra, pero tiene relación directa con la conducta y la vida humana. 'Conocimiento' y 'ciencia' expresan puramente ideas intelectuales, pero no un estado o cualidad del intelecto... Al no haber un término reconocido, he llamado a la perfección o virtud del intelecto con el nombre de 'filosofía', 'conocimiento filosófico', 'ampliación de la mente' o 'iluminación'... pero cualquier nombre que le demos, creo que es una cuestión de historia, que el propósito directo de una Universidad es realizar esta cultura intelectual, ocuparse en la educación del intelecto, así como el trabajo de un hospital reside en curar a los enfermos y heridos, y el del gimnasio en ejercitar los miembros del cuerpo."

Aquí es donde Newman comienza a citar casi textualmente una obra suya anterior: se trata de uno de los *Sermones Universitarios* (Fifteen

Sermons preached before the University of Oxford), predicados entre 1826 y 1843, recientemente traducidos al español por el P. Boix del Oratorio de Barcelona. El Sermón citado es el N° 14, que lleva por título "La sabiduría, contrapuesta a la fe y al fanatismo", predicado el martes de Pentecostés de 1841. Pone allí, al principio, algunos ejemplos que ilustran lo que es ese '**crecimiento o amplitud mental**' (enlargement of mind):

"... Cuando una persona que hasta el momento ha permanecido, en un ambiente tranquilo y modesto viaja por primera vez a lugares donde la naturaleza física se reviste de sus formas salvajes más impresionantes, como se da especialmente en ciertas regiones montañosas... tendrá una sensación de amplitud en su espíritu, por el hecho de poseer una gama de pensamientos a los cuales antes era ajena".

"El conocimiento de la historia y el de los libros en general, en una palabra, lo que se entiende por educación académica, se dice que ilustra y ensancha la mente...".

"Lo que se denomina ver el mundo, entrar en la vida activa, meterse en la sociedad humana, viajes de negocios, relaciones con toda clase de personas, contacto con los principios y métodos de pensamiento de grupos, intereses o naciones distintos, con sus opiniones, pareceres, objetivos, costumbres y modales... todo esto ejerce un notable efecto en la mente, sea bueno o sea malo... y que es corriente denominarlo amplitud de miras o cultura práctica".

"Por otra parte, la religión produce también una expansión de la mente. Se observa a menudo que personas no instruidas y que hasta un momento determinado habían vivido sin reflexión profunda y sincera, al convertirse a Dios, conocerse a sí mismas, orientar sus sentimientos, reformar su conducta, y estudiar la Palabra inspirada, parece que se vuelven seres distintos de lo que fueron antes, incluso en materia de inteligencia".

Y así Newman continúa dando ejemplos de acuerdo a su característico sistema de exposición

basado en el principio de la 'analogía'. Pero falta aún que diga lo más sustancioso al respecto de esta 'expansión de la mente':

"...Bastará una brevísima consideración para poner de manifiesto que los conocimientos en sí mismos—diversificados o especializados—, aunque necesarios para la amplitud mental, no son lo que propiamente expansiona el entendimiento. Los ejemplos precedentes muestran que su madurez consiste en comparar entre sí los contenidos del saber. Tenemos la sensación de ampliar profusamente nuestra inteligencia cuando no sólo aprendemos algo, sino que además lo relacionamos con lo que sabíamos antes. La madurez no es la simple adición a nuestros conocimientos, sino la trayectoria, el movimiento hacia adelante, de aquel núcleo moral a cuyo alrededor gravita, por así decirlo, lo que sabemos y lo que vamos adquiriendo, o sea, la totalidad de nuestros conocimientos. Así pues, una disposición filosófica del pensamiento, o una mente amplia y comprehensiva, o la sabiduría de llevar bien las cosas propias y ajenas, entraña una visión de las relaciones de lo antiguo con lo nuevo; una perspicacia para penetrar en los aspectos de una parte que influyen en cada aspecto de la otra. Sin esto no hay globalidad ni podría haber centro neurálgico o punto de referencia. Se trata de saber no sólo cosas, sino sus relaciones mutuas. Es un saber organizado y, por lo tanto vivo".

Es decir que la mente no se 'expansiona' por acumulación simple de conocimientos, de datos, al estilo de la concepción enciclopedista, como si la mente fuera realmente una computadora. Sigue diciendo Newman:

"Por ejemplo, una gran memoria nunca se considera sinónimo de sabiduría, como tampoco un diccionario es lo mismo que un tratado. Hay personas que estudian las cosas en su conjunto e individualmente, pero no correlativamente, que acumulan hechos sin formar juicios, que se sienten satisfechos con mucha erudición o información."

Hay en estos textos una referencia válida contra

esa mentalidad positivista, chata, de la realidad, aun en lo que hace a las actitudes cotidianas respecto de la realidad. Dice el maestro de Oxford:

"Pertenece a la misma categoría... quienes han visto mucho mundo y han conocido a muchos de los personajes que en su día desempeñaron un papel destacado; quienes están cargados de información curiosa y entretenida, sobre personas y cosas, pero que, al no haber vivido bajo el influjo de principios bien claros y asimilados, hablan de cada persona y de cada cosa como simples hechos históricos; no tratan de iluminar las opiniones, objetivos, medidas o planes de acción. No debaten ni enseñan sino que solamente conversan."

No podemos citar aquí todo lo que Newman dice en este Sermón, pero

maravilla ver la capacidad para encontrar realidades analógicas que muestran claramente (mueven a ver con realismo: 'to realize') la tesis:

"Hay marineros, por ejemplo, que recorren las costas de un extremo al otro de la tierra; pero la multiplicidad de fenómenos con que se han encontrado no forma ningún cuadro armonioso y coherente en su imaginación. Ven, por decirlo así, el tapiz de la vida humana por el lado que no tiene sentido."

DISCOURSES
ON
THE SCOPE AND NATURE
OF
UNIVERSITY EDUCATION

ADDRESSED TO
THE CATHOLICS OF DUBLIN.

BY
JOHN HENRY NEWMAN, D.D.,
PRESIDENT OF THE CATHOLIC UNIVERSITY OF IRELAND,
AND PRIEST OF THE ORATORY OF ST. PETER'S NEAR
DUBLIN.

"ATTENTIO BASTENTIA A FERRE FERRE ALI FERRE FERRE, ET DISPOSITIO DUBIA
QUATERN".

DUBLIN
JAMES DUFFY, 7 WELLINGTON QUAY,
PUBLISHER TO HIS GRACE THE CATHOLIC ARCHBISHOP OF DUBLIN.
1852.

Y entonces aplica todo esto al tema en cuestión:

"También el juicio crítico que muchas veces se formula contra las lecturas no digeridas, nos muestra que los conocimientos asistemáticos no son verdadera sabiduría o filosofía. Los estudiantes que acumulan tanta abundancia de literatura o de ciencia, que no les queda espacio para determinar las relaciones respectivas que existen entre los conocimientos que han adquirido, se dice que han agobiado su mente más que expandirla."

Recuerdo al lector que este Sermón Universitario está textualmente citado en el Discurso VI de la Idea que nos ocupa, titulado: "El conocimiento visto en relación al estudio", en donde Newman dice que estos son los errores que en aquel momento viciaban la Educación Universitaria.

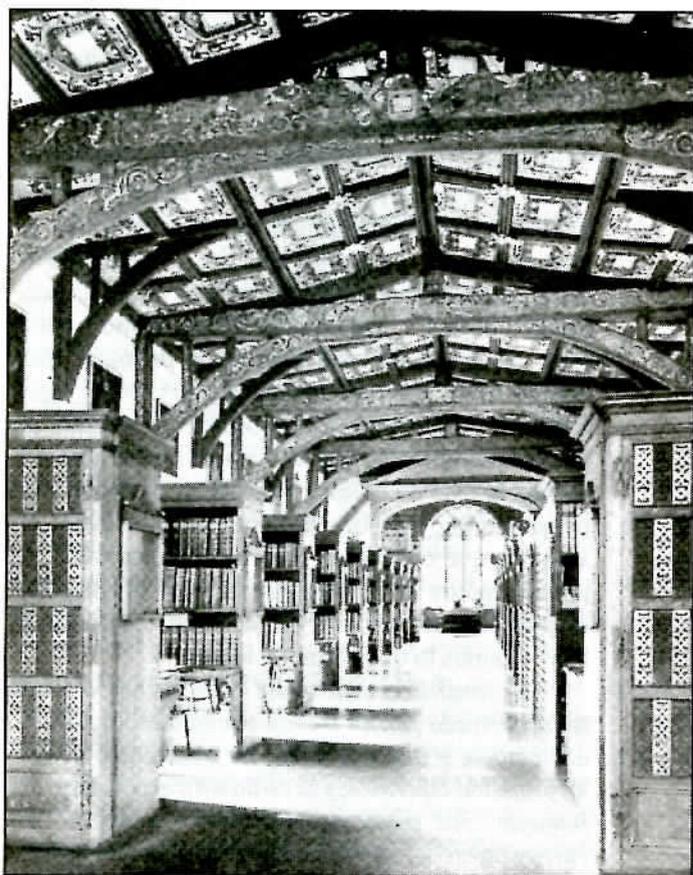
"No estoy desterrando, lejos de ello, a los que poseen un estudio profundo y multifacético, de mi ideal universitario. Lo que digo es que... no es gran ganancia para el intelecto haber agrandado la memoria a expensas de facultades que son indiscutiblemente más elevadas. Ni estoy suponiendo que hay algún peligro, hoy día al menos, de sobreeducación; el peligro está del otro lado. Les diré, caballeros, lo que ha sido el error práctico de los últimos veinte años: cargar la memoria del estudiante con una masa de conocimiento indigerible, forzarlo tanto que ha rechazado todo. Ha sido el error de distraer y de debilitar la mente con una incomprensible profusión de materias... Un conocimiento superficial de cien cosas o una memoria para detalles, no es una visión filosófica o comprehensiva... Necesitamos ojos intelectuales por añadidura, como los ojos del cuerpo para ver."

Y llega a decir entonces:

"Y les digo a ustedes, caballeros, que si tuviera que elegir entre la así llamada Universidad que tiene residencia y tutores y concede sus graduaciones a cualquier persona que pasa un examen en una amplia gama de materias, y una Universidad que no tiene ni profesores ni exámenes, sino que ha traído un número de jóvenes para estar juntos por tres o cuatro años y nada más, y luego los envía fuera, como dicen que ha hecho la Universidad de Oxford durante los últimos sesenta años, si se me preguntara cuál de estos dos métodos es la mejor disciplina para el intelecto —y no digo cuál es 'moralmente' el mejor, pues está claro que el estudio compulsivo debe ser un bien y la ociosidad un mal intolerable—, pero si tuviera que determinar cuál de los dos caminos es el más exitoso en preparar, moldear y ampliar la mente, cuál el que envía hombres más capacitados para sus deberes seculares, cuál produce mejores hombres públicos, hombres de mundo, hombres cuyos nombres pasen a la posteridad, no dudaría en dar la preferencia a aquella Universidad que no hizo nada, sobre aquella que impuso a sus miembros adquirir cada una de las ciencias que existen bajo el sol."

"...Les mostraré cómo una educación liberal es, aunque no sea profesional, verdadera y plena educación útil. Lo 'bueno' ciertamente significa una cosa y lo 'útil' otra, pero daré por sentado un principio que nos quitará gran parte de ansiedad, y es: que **aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno es siempre útil.** El bien no sólo es bueno sino reproductor de bien; éste es uno de sus atributos. Nada es excelente, bello, perfecto y deseable para sí mismo sino que desborda y difunde la semejanza de sí en derredor. El bien es prolífico. No sólo bueno para el ojo sino para el gusto, no sólo nos atrae sino que se nos comunica".

...Digo que, independientemente de la instrucción directa de superiores, hay una suerte de auto-educación en las instituciones de la Inglaterra protestante; un característico tono de pensamiento... Aquí también hay una enseñanza real... que reconoce que el conocimiento es algo más que una suerte de pasiva recepción de migajas y detalles... De aquí que la auto-educación en cualquier forma, en el más estricto sentido, es preferible a un



La biblioteca *Bodleian*. El cuarto arriba de Divinity School es la biblioteca original de la Universidad de Oxford y es conocida como la *Biblioteca del Duque Humphrey*. Construida entre 1450 y 1480 bajo la dirección de Humphrey, Duque de Gloucester, fue restaurada completamente en 1598 cuando Sir Thomas Bodley refundó la biblioteca de la Universidad.

sistema de enseñanza que, pretendiendo mucho, realmente hace muy poco por la educación de la mente."

II

Después de estas consideraciones, Newman nos introduce en las **relaciones del conocimiento con la práctica profesional**, y así se titula el Discurso VII de la *Idea*. Basándose en, que la verdad es el objeto propio de la inteligencia, y que ésta no se cultiva si se dirige restringidamente a un solo objeto particular, nos dice:

"He insistido en los dos discursos precedentes, primero en el cultivo del intelecto como un fin que puede ser razonablemente buscado por sí mismo, y luego, en la naturaleza de tal cultivo. El objeto propio del intelecto es la verdad, cualquiera sea. Ahora bien, el intelecto en su estado presente, salvo excepciones que no necesitamos especificar aquí, no discierne la verdad intuitivamente, o como un todo. No conocemos por una visión simple y directa... Tal unidad y concordancia de los poderes intelectuales, tal amplitud y desarrollo, tal comprensibilidad, es necesaria-

mente un problema de educación. Y tal educación es cuestión de regla... tal poder es el resultado de una formación científica de la mente... El ojo corporal, órgano para aprehender los objetos materiales, es provisto por la naturaleza; el ojo de la mente, cuyo objeto es la verdad, es el trabajo de la disciplina y del hábito... Este proceso de educación, por el cual el intelecto, en vez de ser formado o sacrificado a un propósito particular o accidental, o algún específico oficio o profesión, estudio o ciencia, es disciplinado por causa de sí mismo, por la percepción de su propio objeto y por su propia elevada cultura, se llama Educación Liberal... (y) es el negocio de una Universidad."

Ahora bien, esta visión se opone a la 'utilitarista', que Newman expone haciendo una amplia crítica a la filosofía de Locke y respondiendo a una publicación escocesa de principios de siglo, que desató una polémica con los defensores de Oxford:

"...Ellos insisten en que la educación debe ser confinada a algún fin particular y estrecho, y empleada en algún trabajo definido, que pueda ser pesado y

medido. Arguyen como si cada cosa y cada persona tuviera su precio, y como si allí donde ha habido un gran desembolso tuvieran derecho a esperar algo a cambio. A esto llaman educación e instrucción 'útil', y 'utilidad' ha llegado a ser su palabra clave. Con un principio fundamental de esta naturaleza, tranquilamente continúan preguntando en qué se manifiesta el gasto de una Universidad, cuál es el valor en el mercado del artículo llamado 'educación liberal', en la suposición de que ella no nos enseña de ninguna manera cómo mejorar nuestras manufacturas, o hacer producir nuestras tierras, o hacer prosperar nuestra economía, y de que no hace en seguida de este hombre un abogado, de aquél un ingeniero y de aquel otro un cirujano, o de que al menos no lleva a realizar descubrimientos en química, astronomía, geología, magnetismo o ciencia de algún tipo."

Los sostenedores de tal visión utilitaria no comprendían, y no comprenden el sentido de estudiar, por ejemplo 'los clásicos', ni la importancia de ningún estudio literario. Pero Newman, que había vivido siempre en el ambiente humanista de Oxford, y que por otra parte conocía la Inglaterra utilitarista de su tiempo, argumentará cómo la educación liberal no es solamente aceptable sino inclusive útil, que es la preocupación de los pragmáticos de ayer y de siempre.

"...Les mostraré cómo una educación liberal es, aunque no sea profesional, verdadera y plena educación útil. Lo 'bueno' ciertamente significa una cosa y lo 'útil' otra, pero daré por sentado un principio que nos quitará gran parte de ansiedad, y es: que aunque lo útil no siempre es bueno, lo bueno es siempre útil. El bien no sólo es bueno sino reproductor de bien; éste es uno de sus atributos. Nada es excelente, bello, perfecto y deseable para sí mismo sino que desborda y difunde la semejanza de sí en derredor. El bien es prolífico. No sólo bueno para el ojo sino para el gusto, no sólo nos atrae sino que se nos comunica. Excita primero nuestra admiración y amor, luego nuestro deseo y gratitud y todo ello en proporción a su intensidad y plenitud en casos particulares. Un gran bien comunicará un gran bien. Si el intelecto es, pues, una parte tan excelente de nosotros y tan excelente su cultivo, no sólo es bello, perfecto, admirable y noble en sí mismo sino, en un sentido verdadero y elevado, debe ser útil para quien lo posee y para todo lo que le rodea. No solamente útil en sentido bajo, mecánico y mercantil, sino como un bien difusivo, o una bendición, o un

don, o un poder, o un tesoro, primero para el poseedor, y luego, a través suyo, para el mundo. Digo luego, que si una educación liberal es buena, deberá ser necesariamente útil también."

Esta formación humanista, verdaderamente 'universal' se convierte, entonces, en la mejor ayuda para el estudio profesional. La especialización es hoy necesaria, pero es reductiva y peligrosa si excluye ese cultivo del intelecto, una visión filosófica del hombre y del mundo, y aún, como hemos visto en la primera exposición, la teología. Esta polémica, que ya vivió Newman en su tiempo, sigue actual, y se ha renovado con especial énfasis en países altamente tecnificados, en los que se nota con alarma la falta de cultura general, de principios de pensamiento, de ética general y profesional, en aquellos que concurren y egresan de las casas de altos estudios. De modo que lo que Newman tan magistralmente expone en su *Idea*, nos ilumina hoy. Veamos lo que sigue diciendo:

"El paralelo es exacto: así como el cuerpo puede ser sacrificado por un trabajo moderado u opresivo, así también el intelecto puede ser consagrado a alguna profesión específica, y yo no llamo a esto 'cultivo del intelecto'. Así como algún miembro u órgano del cuerpo puede ser usado o desarrollado desordenadamente, así también la memoria, o la imaginación, o la facultad de razonar, y 'esto', nuevamente, no es cultura intelectual. Por otro lado, así como el cuerpo puede ser atendido, apreciado y ejercitado con el simple fin de su salud general, así también puede el intelecto ser ejercitado generalmente en orden a su perfecto estado, y esto 'es' cultivarlo. Asimismo, como la salud debe preceder al trabajo del cuerpo, y así como un hombre saludable puede hacer lo que uno enfermo no puede, y así como las propiedades de esta salud son fuerza, energía, agilidad, gracioso aire de la persona y acción, destreza manual y resistencia a la fatiga, así de igual manera la cultura general de la mente es la mejor ayuda para el estudio profesional y científico. Los hombres educados pueden hacer lo que los iletrados no pueden, y el hombre que aprendió a pensar y a razonar, a comparar, a discriminar y analizar, que ha refinado su gusto, y formado su juicio y afinado su visión mental, no será por cierto inmediatamente, jurista, abogado, orador, estadista, físico, estanciero, hombre de negocios, soldado, ingeniero, químico, geólogo o anticuario, pero estará ubicado en aquel estado de intelecto con el que podrá empezar

cualquiera de las ciencias o vocaciones a que he hecho referencia, o cualquiera otra para la cual tenga un gusto o talento especial, con una facilidad, gracia, versatilidad y éxito, que para otro sería raro. En este sentido, y como ya he dicho...la cultura mental es enfáticamente 'útil'."

Y aplica lo expuesto especialmente a los profesores:

"Al decir que el Derecho o la Medicina no son el fin de un curso universitario, no quiero significar que la Universidad no enseñe Derecho o Medicina. ¿Qué podría enseñar de hecho si no enseñara algo particular? Ella enseña todo conocimiento enseñando todas las ramas del conocimiento, y no de otra manera. Lo que digo es que existirá esta distinción considerando un profesor de leyes, o de medicina, de geología o de política económica, en una Universidad o fuera de ella, que fuera de una Universidad estará en peligro de ser absorbido y estrechado por su propósito y de dictar clases que serán lecciones de un abogado, físico, geólogo o político economista y nada más. En cambio, en una Universidad, conocerá justamente dónde están situados él y su ciencia, a la cual ha llegado, por decir así, desde lo alto, ha logrado una perspectiva de todo conocimiento, está a salvo de la extravagancia por la verdadera competencia de otros estudios, habrá obtenido de ellos una iluminación especial y una expansión de mente, libertad y seguridad, y tratará lo propio como consecuencia de una filosofía y un ingenio que no pertenece al estudio mismo, sino a su educación liberal. ...Digo que un intelecto cultivado, porque es un bien en sí mismo, lleva consigo fuerza y gracia a cualquier trabajo u ocupación que emprende y nos capacita para ser más útiles y a un número mayor de personas."

Y agrega algunas agudas observaciones acerca de las consecuencias que tiene en el sujeto la dedicación exclusiva a una especialidad:

"Es una máxima indiscutible en Política Económica, que la separación de las profesiones y la división del trabajo tienden a la perfección de cada arte, a la riqueza de las naciones, al bienestar general de la comunidad... Cuanto más un individuo concentra sus esfuerzos en un trabajo, más gran práctica y rapidez desplegará naturalmente al actuar. Pero mientras contribuye más efectivamente a la acumulación de riqueza nacional, él mismo vendrá a ser más y más degradado como ser racional. En proporción a la estrechez de su esfera de acción se contraerán sus

fuerzas y hábitos mentales, y será semejante a una parte subordinada de alguna poderosa maquinaria, útil en su lugar, pero insignificante y sin valor fuera de él. Aunque el arte mismo avanza por esta concentración de la mente a su servicio, el individuo que se confina a él retrocede".

III

En el Discurso siguiente, el octavo, Newman trata del "Conocimiento visto en relación a la religión", y al menos un concepto merece recordarse en esta apretada síntesis y Newman lo expresa así:

"Se puede decir que una mente educada es en cierto sentido religiosa... La importante ayuda que nos presta el cultivo de la inteligencia es rescatar las víctimas de la pasión y la propia voluntad. No suple los motivos religiosos, no es la causa o antecedente propio de ninguna cosa sobrenatural, ni meritorio de ayuda o recompensa celestial, pero hace un trabajo al menos 'materialmente' bueno (como dicen los teólogos) cualquiera sea su real y formal carácter. Expele las excitaciones de los sentidos introduciendo aquéllos del intelecto... ¿Es poca cosa cambiar un círculo de ideas que son ciertamente pecado por otras que ciertamente no lo son? Dirán quizás que, como dice el Apóstol, 'la ciencia hincha', y sin duda este cultivo de la mente aun cuando sea exitoso para el propósito al que lo aplico, puede ser desde el principio nada más que la sustitución de la sensualidad por el orgullo... pero esto no es un resultado necesario sino un mal incidental, un peligro que puede ser visto y evitado... Sostengo que el trabajo intelectual, aunque no haga más que ocupar la mente en objetos naturalmente nobles o inocentes, reclama nuestra consideración y gratitud."

Es decir que se le adjudica una cualidad moral educadora.

"El conocimiento, la disciplina por la cual se consigue y los gustos que forma, tienen una tendencia natural a refinar la mente y darle una indisposición simplemente natural y real, y más que esto, un disgusto y horror hacia los excesos y enormidades del mal... Este fastidio del que habló creará un simple odio a ese miserable tono de conversación que tal como se obtiene en el mundo, es un constante combustible del mal acumulado en torno al alma. Más aún, creará una irresolución e indecisión en obrar mal, que actuará como 'rémorá' hasta que el peligro haya pasado".

Claro está que Newman ve los peligros de lo que podría llamarse la 'religión de la razón', que en su



Antigua moneda con la efigie de Juliano, el Apóstata

tiempo, desde Oxford, había conocido de cerca, ese orgullo de la razón del que habla en su Apología. Pero es que Newman, siempre equidistante del racionalismo y del sentimentalismo o irracionalismo, supo definir el alcance y virtud por un lado y los límites por otro, del razonar humano. Y por eso puede, como en estos discursos de la *Idea* y en sus *Sermones Universitarios*, desarrollar las relaciones entre la razón y la fe, entre las ciencias y la teología, o como lo que estamos considerando, las virtudes morales y cuasi religiosas del cultivo del intelecto. Dedicar, por cierto, muchas páginas para hablar sobre el efecto de la cultura intelectual en naturalezas orgullosas.

"La recta razón, es decir, la razón ejercitada rectamente, lleva la mente hacia la fe católica. Pero considerada como agente real en el mundo y como principio operativo en la naturaleza del hombre, en el curso de la historia y por sus resultados definidos, está lejos de llevar tan recta y satisfactoria dirección. Se considera a sí misma, del principio al fin, independiente y suprema, no quiere ninguna autoridad exterior, hace una religión para sí misma."

Y toma como modelo histórico para describir

ese resultado la semblanza de Juliano el Apóstata, tras lo que concluye:

"Tal es la exhibición de la Religión de la Razón: en la insensibilidad de la conciencia, en la ignorancia de la verdadera idea del pecado, en la contemplación de su propia consistencia moral, en la simple ausencia de temor, en la autoconfianza sin nubes, en la serena autoposesión, en la fría auto-satisfacción, reconocemos al mero filósofo."

Los últimos puntos de este discurso los dedica a analizar esta filosofía sin religión, que habla de modestia en vez de humildad, y de autorrespeto en vez de orgullo, y hace una descripción del típico *gentleman* de 'intelecto cultivado' sin el principio religioso, que es una página de antología. Termina diciendo al respecto:

"San Basilio y Juliano fueron a la misma escuela de Atenas. Uno llegó a ser un Santo y Doctor de la Iglesia, el otro su burlador e implacable enemigo."

IV

Esta referencia a Atenas puede servirnos de enlace con la obra que quiero presentar al tratar el tema de la Universidad, y digo presentar, porque ciertamente es de los escritos menos conocidos y leídos de Newman, y por supuesto no traducidos. Se trata de uno de sus *Historical Sketches*, tres volúmenes que recogen diversos ensayos biográficos, o semblanzas, estudios históricos de gran erudición. El que me ocupa está en el tercer volumen y es sumamente extenso, dividido en 17 capítulos. Pero ello se justifica, pues es nada más y nada menos que una historia de la Universidad desde sus orígenes en la Grecia antigua. Lleva por título "**Aparición y progreso de las universidades**", y recoge una serie de artículos ordenados que aparecieron en la *'Catholic University Gasette'* en Dublín en 1854, y publicados luego en 1856 como "Oficio y labor de las universidades", de modo que es posterior a la *Idea*, que data de 1852. Sin embargo, así como los discursos de esta última están ya en germen en los sermones universitarios anteriores a su conversión, también aquí encontramos en ellos un antecedente, sobretudo en lo que hace al tema que quiero poner de relieve. Efectivamente, el Sermón Universitario Vº, predicado en 1832 (es decir 22 años antes) lleva por título: "**La influencia personal, medio de propagar la verdad**", y voy a tomar algún párrafo para establecer este principio, y luego



La Escuela de Atenas (detalle), Rafael, Vaticano

ver cómo lo desarrolla Newman en su obra de 1854, probándolo históricamente. Dice en aquel Sermón:

“...Me propongo considerar la hipótesis de que el influjo de la Verdad en el mundo proviene generalmente de la ‘influencia personal’, directa o indirecta, de los que tienen confiada la tarea de enseñarla. ...Estas son, pues, las dificultades que entorpecen por todos lados la propagación de la Verdad: su falta de instrumentos para enfrentarse con las opiniones del mundo; la agudeza y el vigor de las armas que pueden usarse contra ella cuando, a su vez, es atacada. Vuelve entonces la pregunta: ¿cómo se ha mantenido firme en medio de los hombres, y cómo ha logrado someter a su dominio mentes reacias; algunas incluso hasta la profesión externa de obediencia, otras por lo menos en una neutralidad taciturna, sin ánimos para rechazarla? Respondo que la Verdad se ha aceptado en el mundo no por su carácter de sistema, ni por los libros, ni por la argumentación, ni por el poder temporal que

la apoyaba, sino por la influencia personal de quienes testificaron, tal como lo he explicado, siendo a la vez maestros y modelos de la misma.”

Ahora bien, en la historia de la Universidad, comienza por establecer qué es una universidad, y cuenta que la vieja designación era ‘Studium General’ es decir, una escuela de aprendizaje universal, que se podía describir como una “convergencia de extraños de todas partes en un lugar para la comunicación y circulación del pensamiento”, donde la relación personal era la base del sistema. Newman afirma que los libros son hasta hoy un instrumento especial, pero que el método antiguo era la instrucción oral, la comunicación presente entre hombre y hombre, la existencia de ‘maestros’ y su influencia personal en la humilde iniciación del discípulo. Todo lo cual implicaba centros de peregrinación y multitudes que buscaban sabiduría. Había un interés de mantener hombres juntos, de formar lo que Newman

llama un 'mundo', como es el mundo de la política o el de la alta sociedad, o el de lo religioso, o el de la literatura o el de la ciencia. Dice:

"El campo de acción y el inestimable beneficio de la 'littera scripta' es el de ser un documento de la verdad, un recurso de autoridades, un instrumento de enseñanza en manos del maestro, pero si queremos llegar a ser exactos y plenamente provistos en cada rama del conocimiento, que es diversificado y complicado, debemos consultar al hombre vivo y escuchar su viva voz. Los principios generales de cualquier estudio Uds. pueden aprenderlos por libros en casa, pero el detalle, el color, el tono, el aire, la vida que los hacen vivir en nosotros, todo esto lo deben tomar de aquellos en quienes ya están vivos. Deben imitar al estudiante en Francia o Alemania, que no está contento con su gramática sino que va a París o Dresden, y tomar ejemplo del joven artista que aspira a visitar los grandes maestros de Florencia y Roma... debemos llegar a los maestros de sabiduría para aprender sabiduría, acudir a la fuente y beber allí. Porciones de esto pueden alcanzar los confines de la tierra por medio de los libros, pero la plenitud está en un solo lugar. En tales reuniones y congregaciones de intelecto es donde son escritos, o al menos originados, los mismos libros, las piezas maestras del género humano."

A continuación Newman, fiel a su estilo, comienza a presentar gran cantidad de ejemplos que avalan lo anterior. En primer lugar el estilo de un "gentlemen", que no se aprende en libros sino en la alta sociedad, en las metrópolis, en la corte, en centros educativos y de refinamiento del gusto. Lo mismo ocurre con el político, el hombre de estado, que se forma con la experiencia de públicos debates y conversaciones privadas que no publican nunca, en el ámbito del Parlamento, que viene a ser una suerte de Universidad. E igualmente se puede decir del hombre de ciencia que adquiere sabiduría en el mundo de la ciencia, en contacto con otros científicos, en congresos, experimentando cierta comunicación vivida de conocimiento.

Las mismas metrópolis llegan a ser según Newman una suerte de necesaria Universidad, lo queramos o no, con la corte, la alta sociedad, los políticos, las leyes, las letras, periódicos, librerías y museos, academias y sociedades científicas y estudiantes de todas partes.

Por supuesto que el gran ejemplo para demos-

trar el argumento en favor de la influencia personal educadora, es el de la enseñanza religiosa. Dice Newman:

"...Su gran instrumento, como en la universidad, ha sido siempre la influencia personal del maestro, o el lenguaje teológico, la tradición oral. Es la viva voz, la forma de respirar, la expresión del rostro, quien predica y catequiza. La Verdad, sutil, invisible, espíritu múltiple, es derramada en la mente del estudiante por sus ojos y oídos, a través de sus afectos, imaginación y razón; es derramada en su mente y sellada para siempre, exponiéndola y repitiéndola, preguntando y repreguntando, corrigiendo y explicando, desarrollándola y luego recurriendo a los primeros principios, por todos estos caminos que están implicados en la palabra 'catequizar'. En las primeras épocas, fue una labor de larga duración: meses, hasta años, eran empleados a la ardua tarea de desarraigar los errores paganos de la mente de los cristianos incipientes, y moldearla en base a la fe cristiana. Las Escrituras estaban a mano para el estudio de los que podían aprovechar de ellas, pero San Ireneo no vacila en hablar de familias enteras que se han convertido al cristianismo sin haber podido leerlas. No saber leer o escribir en aquellos tiempos no era evidencia de no querer aprender. Los ermitaños del desierto eran, en este sentido, iletrados, y el gran San Antonio, aunque no tenga letras pudo disputar en pie de igualdad con los filósofos estudiosos que llegaban para probarlo. Dídimo, el gran teólogo alejandrino, era ciego. La antigua disciplina llamada 'Disciplina Arcani', supone el mismo principio. Las más sagradas doctrinas de la Revelación no eran confiadas a los libros sino comunicadas por tradición sucesiva."

La preponderancia de la viva voz sobre la letra escrita, nos lleva a considerar al conocimiento en relación con la virtud, y es evidente que ambas sólo pueden encontrarse unidas en una persona real. Aquél Sermón Universitario ya decía:

"Primero hay que tener en cuenta la majestad y la belleza natural de la virtud, que todos experimentan más o menos, si no se hallan en el colmo de la degradación. No me refiero a la virtud en abstracto, la virtud en los libros. Los hombres se deciden, con pocas dificultades a mofarse de los principios, a ridiculizar los libros, a reírse del nombre de los buenos; pero no pueden soportar la presencia de estos. Es la santidad revestida de forma personal la que no pueden abatir, mirándola fijamente cara a cara; hasta el punto de

que la conducta silenciosa de la persona fiel a la conciencia tiene asegurada de parte de los espectadores un tipo de reacción completamente distinta de cualquiera de las que provoca la pura razón vesátil y locuaz."

Newman nos introduce en su Historical Sketch, en la Atenas antigua, llena de vida, donde llegan estudiantes de todos lados, y que sin embargo no tuvo biblioteca hasta los tiempos de Adriano. Pero allí estaban los grandes hombres, las escuelas; Teofrasto llegó a tener 2000 alumnos. Cuenta Newman entre muchas una escena en la que Hipócrates despierta a Sócrates para ir a ver a Protágoras, que acababa de llegar a Atenas. Y dice:

"Vemos lo que llenaba las salas y los pórticos atenienses: no la moda del día, ni el patronazgo del poderoso, ni el precio del dinero, sino la reputación del talento y el deseo de la sabiduría, ambición, si lo queréis llamar así, apego personal, pero no una influencia política u otra, externa a la escuela."

Pericles fue amigo de Protágoras, pero en cambio en Roma no sucederá lo mismo. El Senado echó a filósofos y retóricos pues "los jóvenes perdían por medio de estos nuevos estudios, su gusto por la profesión militar", y entonces Atenas envió una embajada formada por Diógenes el estoico, Carnéades el Académico y Critolaus el Peripatético. El Emperador los mandó de vuelta, pero finalmente la causa de la educación prevaleció. Al final los Emperadores aseguraron los intereses de las letras, y se fundaron numerosas escuelas de gramática, retórica, filosofía, etc. Verdaderamente la influencia de las escuelas atenienses ha sido inmensa.

"Siendo la influencia y la ley los dos grandes principios de gobierno, es claro que, históricamente hablando, la influencia viene primero y luego la ley...Primero tenemos a los 'virum pietatem gravem' cuyas palabras rigen los espíritus de la multitud...o el mitologista...o el bardo. Luego sigue la dinastía y la constitución. Tal es la historia de la sociedad: comienza con el poeta y termina en la policía. Las Universidades son instancias que siguen el mismo curso: comienzan con la influencia y terminan en el Sistema...Sus profesores han sido una suerte de predicadores y misioneros. Pero, la influencia no dura para siempre...Luego el sistema necesita ser sobreañadido a la acción individual...Primero lo griego, luego lo macedoniano y romano."

Habría que recorrer las páginas donde Newman cuenta cómo se desarrollaron las escuelas de Alejandría, su Biblioteca de 700.000 volúmenes, el Museo, famoso primer Colegio fundado por Ptolomeo. Cómo vivían profesores y estudiantes, anticipación todo ello del 'tipo' de la Universidad medieval, y sobretudo la letanía de nombres, de la influencia personal de filósofos, poetas, médicos y matemáticos, astrónomos e historiadores. Veinte colegios llegó a tener, y fueron los modelos de las posteriores escuelas romanas, y luego las de Marsella, Burdeos, Autum, Reims, Milán, Bretaña y España, donde ya se educaba según el Trivium y Cuadrivium clásico. La caída del Imperio y de las universidades, dan pie a Newman para resaltar la presencia e influencia de los monasterios, y especialmente de la mutua ayuda cultural que se prestaban Irlanda e Inglaterra, que recibían a quienes habían estudiado en el continente, pero que dieron al mismo continente sabios. Aquí cobra especial relieve la historia de Alcuino, inglés, alumno de San Beda y Egbert, este último alumno de Teodoro de Tarso, y que estudió griego y latín en Roma. Alcuino fue el sabio de la corte de Carlomagno. Nos dice Newman:

"El nuevo estado de cosas comenzó en el Imperio Franco, pero observemos cómo Roma, después de todo, es la clave del movimiento. Carlomagno de hecho acude él mismo a las dos islas del Norte en busca de una tradición. Alcuino, un inglés, estaba a la cabeza de su sistema educacional, había venido a Francia no sólo con ciencia sagrada sino también profana, fundó escuelas para laicos y clérigos. Pero, ¿de dónde era, a su vez, lo que él adquirió y trajo? Su historia nos lleva hacia aquella primera época, cuando Teodoro de Tarso, primado de Inglaterra, trajo con él de Roma los clásicos, e hizo el griego y el latín tan familiares a los anglosajones como la propia lengua. Alcuino fue alumno de Beda y Egberto. Egberto fue educado en la escuela de Teodoro en York y Beda en aquella de Benito Biscop y de Juan, chantre de la Basílica Vaticana. Aquí estuvo el germen de la nueva civilización de Europa, que reunió lo que el hombre había dividido, para satisfacer los reclamos de la razón y de la Revelación, y hacer aptos para este mundo a los hombres, mientras los entrena para el otro. Carlomagno tiene la gloria de haber comenzado esta obra, y pueda o no llamarse Universidad su escuela de París, sentó los principios de lo que resultó

ser una Universidad, en la aspiración de educar a todas las clases y bajo todas las materias de enseñanza."

Cito el pasaje porque, además de permitir apreciar el estilo de Newman como historiador, muestra la influencia de personas concretas, y no sólo de profesores, sino de los patrocinadores, como fue en la antigüedad el caso de Alejandro Magno, y aquí el de Carlos también Magno. Y justamente respecto de estos patrocinantes, y dirigiéndose a los irlandeses que comenzaban bajo su dirección la Universidad de Dublín, hace un par de consideraciones de rara penetración: la primera es que...

"la oferta debe estar antes que la demanda", sabio principio que se opone a la mentalidad de marketing, que antepone lo que la gente demanda para ofrecérselo, cuando está bien claro que en lo que respecta a la difusión de la verdad, y la educación en ella, ha de realizarse y ofrecerse aunque no haya demanda externa, pues no sólo lo pide la dignidad de ella misma, como es también Dios mismo el que tiene la iniciativa de revelarse y salvar al hombre, sino porque sabemos que el hombre la ansía secretamente y la busca, aun sin decirlo, ni exigirla, en su corazón creado por Dios para la luz. Por ello también dice Newman, y es la segunda consideración:

"La Universidad creó los patrocinadores y no fue creada por ellos... los profesores venían de lejos, y no dependían de reyes y grandes hombres para su sostenimiento, sino del entusiasmo que creaban".

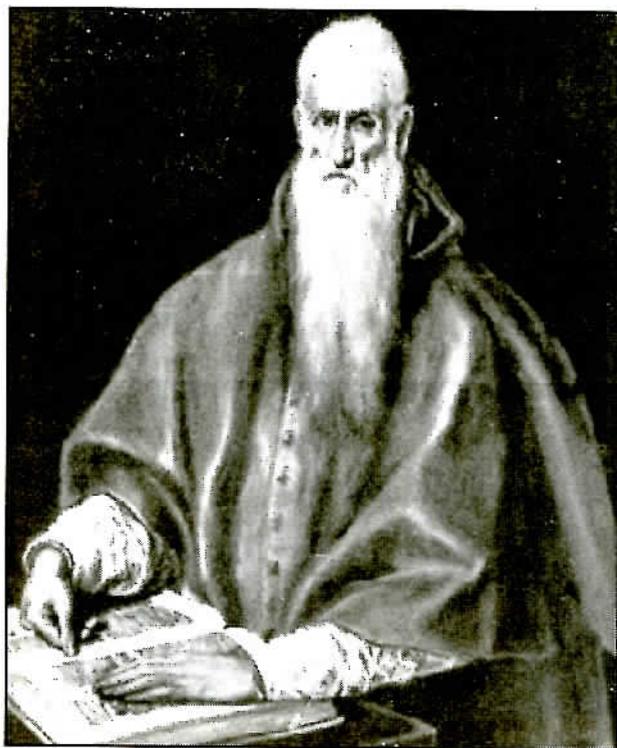
A continuación para demostrar esto, nos da una asombrosa lista de personajes, que viajaban de Oxford a París y viceversa, para enseñar y aprender, en la época en que Oxford tenía nada menos que 30.000 alumnos (año 1231), y París quizás más. Cito un pasaje interesantísimo, como semblanza de la época y como argumento histórico de la influencia personal:

"...Encontramos aquellos 'scholars' celosos, tanto irlandeses como ingleses, exponiéndose voluntariamente a los vientos y a las olas, por el deseo de impartir y adquirir conocimiento. No contentos con un maes-



Carlomagno. Estatua de bronce. Louvre

tro, iban de lugar en lugar de acuerdo a la preeminencia que cada uno tenía en una determinada rama del saber. Encontramos en la vida de San Antonio escrita por San Atanasio, un bello relato de la diligencia con que el joven eremita iba 'como la abeja', al decir de su gran biógrafo, en busca de la superioridad en las distintas virtudes. De un hombre santo, dice (y cito de memoria), el joven recogió la cortesía y la gracia, de otro la gentileza, de otro mortificación, de otro humildad. De modo similar hicieron los caballeros andantes de la ciencia, buscando a veces rivales, pero más frecuentemente modelos y maestros a seguir. Así como después el legendario San Jorge o San Denis buscaron de lugar en lugar realizar hazañas heroicas, así como San Antonio o Sulpicio Severo fueron en peregrinación a los santos eremitas, así como San Gregorio Nacianceno visitó Grecia o San Jerónimo atravesó Europa y llegaron a ser uno el teólogo más consumado y el otro el principal biblista de su época, así



San Jerónimo,
El Greco, colección Lehman, Nueva York

también los Doctores y Maestros medievales rondaron las Universidades en orden a adquirir la mejor instrucción en cada escuela. El famoso Juan de Salisbury fue a París a las clases de Abelardo justo a la muerte de Enrique I, y estudió con él Lógica. Luego, para la dialéctica, estuvo con Alberico y el inglés Roberto por dos años. Luego tres años con Guillermo de Conchia para la Gramática y después con Ricardo Bishop para un nuevo estudio de gramática y lógica, pasando al Cuadrivium y con el alemán Harduino. Luego reestudió la retórica que había aprendido de Teodorico y más completamente del Padre Elías. Mientras tanto se mantenía enseñando a niños de personas nobles y llegó a ser amigo de Adam, un inglés y sólido aristotélico, y volvió a la lógica con Guillermo de Soissons y Gilbert. Finalmente estudió teología con Roberto Pullegne o Pullus, y Simón de Poisy. Así pasó tanto como veinte años... Mejores ejemplos que el suyo son aquellos que presentan un recorrido más amplio, como el de Santo Tomás, o Valarius, o Lanfranco, o San Anselmo o John de Melrose.

Dejo a la Dra. Cassagne que exponga acerca de los tutores y colleges, en la próxima charla, como sistema preferido por Newman al simplemente

profesoral, como medio apto para esta influencia personal en la educación universitaria, así como la consideración de la influencia de la Universidad como 'lugar' privilegiado. Solamente quiero decir que todo lo que hemos dicho, Newman lo vivió personalmente, y ejerció él mismo, quizás sin saber hasta donde, hasta aquí hoy, una influencia enorme, como la de los grandes maestros. El final del 5º Sermón Universitario termina así:

"...Estas consideraciones nos llevan a sentirnos conformes con la suerte más humilde y más oscura; pues nos muestran que en ella podemos ser instrumentos de un bien muy grande; y no sólo eso, sino que casi en ninguna situación se puede ser instrumento directo de bien para nadie, fuera de los que personalmente nos conocen, los cuales no pasan nunca de un círculo reducido. Y por lo que se refiere al bien indirecto que es posible hacer desde un puesto más elevado, tampoco se nos cierra absolutamente esta posibilidad desde una responsabilidad inferior dentro de la Iglesia. Más aún, ha sucedido repetidas veces que quienes habían ocupado puestos relativamente marginales han ejercido un influjo amplísimo sobre los destinos de la religión en los tiempos que les siguieron; tal como en las artes y ocupaciones de este mundo, los grandes benefactores de la humanidad son frecuentemente ignorados."

P. Fernando María Cavaller

(la exposición de la Dra. Cassagne se publicará en el próximo número)

Newman y su actualidad



EL PADRE LOUIS BOUYER

Quinta parte de las conferencias enviadas por el insigne teólogo francés

5. NEWMAN Y EL ECUMENISMO

Newman puede ser considerado como uno de los mayores precursores de lo que llamamos hoy ecumenismo. Además es, para nosotros, uno de los más realistas en su enseñanza. Si bien tiene mucho en común, en cuanto a los principios, con su contemporáneo en la Iglesia Anglicana Frederic Denison Maurice, se diferencia de éste por estar más libre de ilusiones.

En verdad podría aplicarse a Newman el primer principio de Maurice: "Los cristianos divididos tienen razón en lo que afirman, y están equivocados en lo que niegan". ¡Pero hay que ver si sus afirmaciones son realmente positivas y sus negaciones son negativas!

Es lo que se ve en una serie de conferencias del período anglicano de Newman: sus **Lecturas sobre la justificación**.

Su motivación proviene del hecho que a la Iglesia Anglicana le ha faltado siempre unidad en sí misma. Tres partidos aparecen ya en ella en el tiempo del Renacimiento y de la Reforma, los cuales llegan a oponerse violentamente en el siglo XVII, y que, desde el XVIII, y más que nunca hoy, parecen irreconciliables: el católico, el protestante y el racionalista (que se llamó primero "latitudinarian" y más tarde liberal o modernista). Corresponden a las expresiones "High Church", "Low Church" y



Triunfo de Santo Tomás de Aquino (con san Juan evangelista y san Mateo). Fresco de Andrés de Bonaiuto. Capilla de los españoles, en Santa María Novella, Florencia

“Broad Church”: no tres iglesias, sino tres partidos en la Iglesia Anglicana.

Las **Lecturas sobre la justificación**, que me propongo resumir, se limitan a los dos primeros, siendo el tercero nada más que una apertura al racionalismo. Pero, como lo ha dicho el arzobispo de Canterbury y gran teólogo Michael Ramsey, resultan un modelo de lo que tiene que ser un ecumenismo: no indiferentismo, sino reconciliación en la plenitud de la fe auténtica.

Tal síntesis, lejos de oponerse a la tradición católica, representa más bien el sentido verdaderamente católico de la fe, si es que, como lo decía Aristóteles, la verdad es siempre plenitud y el error, parcialidad.

Las **Lecturas** provienen de la mayor de las experiencias personales de Newman. Convertido a una fe personal bajo el influjo de los “evangelicals” (discípulos de Wesley que permanecieron en la Iglesia anglicana), Newman había escapado a las tentaciones del racionalismo, aunque no, por ello,

desaficionándose de una sana crítica racional, y había llegado luego, aún anglicano, a descubrir la tradición católica y su equilibrio. Así había visto que la controversia fundamental en la época de la Reforma había opuesto realidades que, lejos de ser mutuamente excluyentes, son en verdad inseparables.

Todo empezó con una discusión entre los que decían, como el joven Lutero, que el hombre pecador llega a justificarse frente a Dios sólo por su fe en lo hecho por Cristo al morir en la cruz; y los católicos que insistían que la fe que justifica es completada por obras santas, es decir, por una nueva capacidad de hacer la voluntad divina. Lutero se obstinaba en que la justificación del hombre pecador tiene lugar por una pura gracia de Dios en Jesús crucificado para nuestra reconciliación, y por eso, en su traducción de la carta de San Pablo a los Gálatas, escribió que somos justificados por la fe “sola”. Ahora bien, Santo Tomás, en su comentario de la misma carta, decía también que es la fe sola que nos justifica

porque la justificación es una pura gracia de Dios y que la gracia nos toca por la sola fe que la acepta. No obstante, la tradición católica ha agregado siempre que la fe se manifiesta por el amor: la caridad divina derramada en nuestro corazón por el Espíritu que nos ha sido dado, como lo decía el mismo San Pablo en su carta a los Romanos (cap. 5). Esto es lo que subraya la carta de Santiago, diciendo que la fe sin las obras—de la caridad, evidentemente—es muerta.

Lutero, en la discusión, llega a decir que ¡la carta de Santiago es “una carta de paja”!

Calvino es más moderado y, aunque mantiene que la justificación está solamente en el perdón otorgado por la pura gracia de Dios, no menos mantiene que la justificación produce en nosotros una santificación que no se distingue de ella—lo que es una manera de decir que podría armonizarse con la creencia tradicional. Al tiempo de los primeros esfuerzos para una reconciliación, Seripando y otros católicos sugirieron, para allegarse a los luteranos más moderados, que aunque nuestra santificación, resultante de la justificación puramente gratuita, no sea jamás perfecta, sin embargo, la superabundancia de los méritos de Cristo nos justifica plenamente a los ojos de Dios. Pero tal proposición, aunque bien intencionada, pareció demasiado equívoca tanto a los protestantes como a

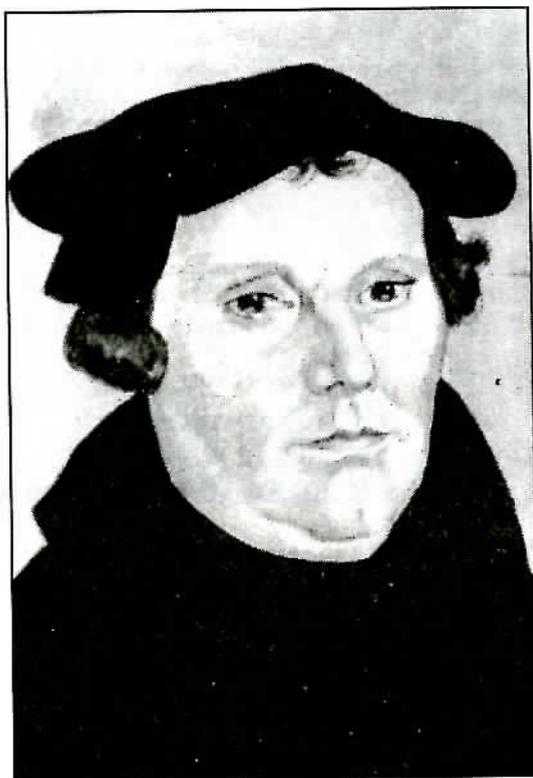
los católicos en orden a llegar a un acuerdo.

Hay que añadir que sectarios cristianos provocaron más dificultades al declarar que el hombre al que la gracia ha justificado por la fe no sólo manifiesta con ello que es un predestinado, sino también que no puede pecar más. Tal suposición mantenida por los más entusiasmados discípulos de Wesley, es rechazada por Newman (y por la mayoría de los protestantes).

Pero su sugerión final es que nuestra justificación, inseparable de nuestra santificación efectiva (pues su principio está en la misma justificación), proviene del hecho siguiente: que Cristo ahora ya no sólo obra “para” nosotros (como lo hacía en su vida terrestre) sino que está “en” nosotros, tal como lo afirma San Pablo: “Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí”. De modo que ya no se trata de un problema de “méritos”, que serían solamente nuestros, sino de que el bien que tenemos que hacer es Cristo mismo quien lo hace en nosotros.

Tal introducción al tema paulino del Cuerpo Místico, del que nosotros hemos sido hecho miembros,

miembros en los que Cristo se hace presente por su Espíritu Santo, reconcilia todo lo que es positivo en Lutero (y también en Santo Tomás) en cuanto a la



Lutero se obstinaba en que la justificación del hombre pecador tiene lugar por una pura gracia de Dios en Jesús crucificado para nuestra reconciliación, y por eso, en su traducción de la carta de San Pablo a los Gálatas, escribió que somos justificados por la fe “sola”

“sola gracia”, y la tradición católica mantenida por el Concilio de Trento: que no sólo estamos salvados “a los ojos de Dios” que nos ve en Cristo, sino que efectivamente somos como Dios nos ve por aquello de “vivo yo, mas no yo, sino que es Cristo que vive en mí”.

Podemos notar que tal visión reconciliatoria se corresponde también con la sugestión de Johann Arndt, teólogo luterano del siglo XVII, cuyo **Vero Cristianismo**, publicado anónimamente, fuera traducido en Francia por el Cardenal de Noailles, arzobispo católico de París, y por un santo contemporáneo de la Iglesia ortodoxa de Rusia: San Tijón de Zadonsk. Su tema mayor era precisamente la necesidad de pasar del “Cristo para nosotros” al “Cristo en nosotros”, lo que significa: nuestra justificación por la sola fe conduciendo a nuestra santificación también por la sola gracia, pero activa en la vida de cada día.

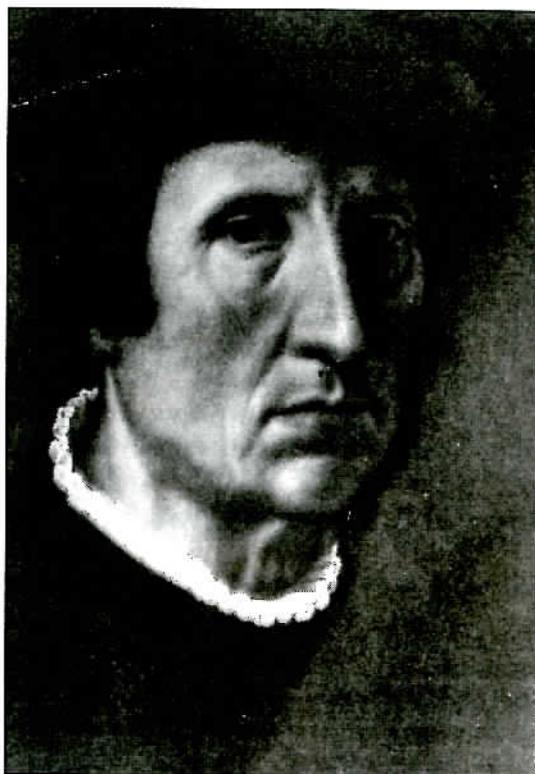
Pero Newman no solamente se caracteriza por su poder de reunir lo que fuera separado y opuesto artificialmente, por desgracia, en esta obra escrita para la reconciliación de los cristianos divididos. Ya hemos visto lo mismo en su concepción de una tradición única, profética por su desarrollo en todos los cristianos, y al mismo tiempo

episcopal por el don acordado a los pastores responsables, que él ve como una característica por la cual es posible juzgar acerca de los desarrollos fieles a los principios del cristianismo.

Esto se revela asimismo en su visión del “asentimiento a la fe”: no sólo reservado a los ingenios superiores, sino también a los hombres ordinarios. Y sobre todo: dicho asentimiento no es libre si no es racional, no es racional si no es libre; es personal (revelador del hombre entero y concreto) y es al mismo tiempo objetivo.

En suma: es característico en Newman el adoptar posiciones que no son particulares sino católicas (en el sentido amplio de la palabra), y no por ser vagas, sino al contrario, por ser sintéticas, sin omitir nada que sea importante y viendo al mismo tiempo todo en su relación con lo que es esencial. Dicho de otro modo, y como ya lo he observado, tiene la concepción de la verdad que fuera tan bien expresada por Aristóteles: una **plenitud** donde cada parte se halla en su propio lugar, en sus relaciones reales con cada una de las demás, en el interior del todo.

Sin embargo, esto no impide que Newman considere al



Calvino es más moderado y, aunque mantiene que la justificación está solamente en el perdón otorgado por la pura gracia de Dios, no menos mantiene que la justificación produce en nosotros una santificación que no se distingue de ella, lo que es una manera de decir que podría armonizarse con la creencia tradicional.

cristianismo auténtico, a la verdadera Iglesia, como un **partido**. Pero hay que entender bien lo que con ello significa: no que tiene sólo



Representación de una de las sesiones del Concilio ecuménico Vaticano I

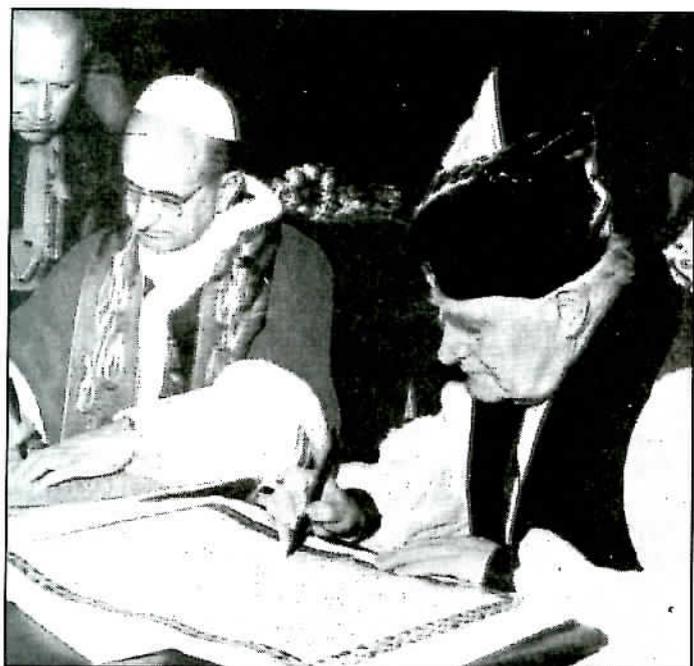
una parte de la verdad, sino que su integridad, su autenticidad, excluyen las divisiones o parcialidades, esto es, la incapacidad de admitir en la realidad tanto su complejidad como su unidad. Lo cual implica una disposición para tomar partido: animarse a decir “no” cuando se debe, tanto como a decir “sí” cuando se puede. La Iglesia reconoce lo que es único y comprende lo que es parcial. Exige lo que es necesario, admite lo que es posible, y excluye falsas pretensiones. En una palabra, aplica constantemente el consejo que daba el papa San Gregorio Magno a San Agustín de Canterbury cuando lo enviaba a los ingleses como misionero: **“In necessariis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas”** (en las cosas necesarias [hay que tener] unidad; en las dudas, libertad; en todo, caridad).

Por lo tanto, las reconciliaciones han de ser sinceras, sin excluir la verdadera y plena consideración de todo lo que es esencial, y cuanto tiene real importancia. Evitando, por otro lado, cualquier exa-

geración y cuanto pretendiese ser distinto a lo que, quieta pero firmemente, lleva a acordar a las cosas sus dimensiones propias.

Y aquí se ve que, para dar a la verdadera caridad la posibilidad efectiva de servir a la verdad evangélica en su plenitud, es de enorme importancia aquella educación universalista que Newman entrevió y que hoy, desgraciadamente, está en vías de desaparecer. No sólo lo enseñó Newman, sino también lo practicó, aquello de que caridad y verdad progresan al mismo tiempo. Lo cual es fundamental particularmente en el campo del ecumenismo. No se trata de concesiones diplomáticas, sino de verdad —aunque la agudeza psicológica sea asimismo indispensable—: la verdad en la caridad, que es precisamente toda la verdad, para una victoria final, no de unos contra otros, sino de la verdad en la común y realista caridad.

En Newman encontramos al respecto, más que una enseñanza —como en el caso mayor de su estudio sobre el problema de la justificación—, el testimonio personal de su servicio a la verdad que servía a la vez a la caridad, por la presentación auténtica y



En la Basílica Pontifical de San Pablo Extramuros, Roma, el Papa Paulo VI y el Dr. Michael Ramsey, Arzobispo de Canterbury, firman el 24 de marzo de 1966 un acuerdo para la realización de un programa de contactos y colaboración en pro de la unidad.

completa de la verdad. Tenemos otros ejemplos de esto en dos ensayos de Newman posteriores, en conexión con el primer Concilio Vaticano.

En su **Carta al Duque de Norfolk**, Newman no sólo consiguió refutar la falsa interpretación que Gladstone había dado de la infalibilidad del Papa definida en el Concilio, por la que entendía su capacidad de intervenir en materias puramente políticas, sino también logró que el mismo Gladstone reconociese que se había equivocado en su interpretación del texto conciliar.

Igualmente, en su **Carta a Pusey**, el cual había escrito un ensayo para definir las condiciones de un **Eirenekon** o pacificación —ya que no reconciliación— ente católicos y anglicanos, le muestra que más bien había producido nuevas dificultades, tanto por atribuir a la enseñanza de la Iglesia ideas y prácticas puramente individuales, y no representativas de los sentimientos de todos los católicos, como por haberlos herido al asimilar dichas exageraciones, que no eran sino meras fantasías, con el culto auténticamente católico de la Virgen María.

Por último, hemos de mencionar una consideración relacionada con este tema del ecumenismo, que puede ser la mayor contribución de Newman en este terreno. Ya que la verdad es el único fundamento del verdadero ecumenismo, hay sitio en él para la controversia cuando es necesario salir de prejuicios o esclarecer ambigüedades. En este aspecto, son de gran importancia los libros de Newman sobre la situación presente de los católicos en Inglaterra, y el referente a las dificultades de los anglicanos frente al Catolicismo. Aunque en el primero, especialmente, Newman, en el entusiasmo de su reciente conversión a la Iglesia católica, tras sus propias dificultades debidas a su anglicanismo, haya usado demasiado, en algunas páginas, el poder de su terrible ironía, y esto pueda herir, sin embargo su humor, manejado magníficamente, lo hace capaz de convencer al menos a las mentes reposadas. La franqueza es parte de la mutua confianza, así como lo es la honradez.

Traducción Dra. Inés de Cassagne

Rezo meditado del Santo Rosario

Continuamos publicando la meditación del Cardenal Newman, iniciada en nuestro número anterior con los textos referidos a los Misterios Gozosos. Volvemos a transcribir la Reflexión inicial para poder introducirnos en la contemplación de los Misterios Dolorosos

Reflexión inicial:

(Discourses to mixed congregations, XVII, 344-48)

Cuando la Palabra Eterna decretó venir a la tierra, no pensó, no actuó a medias, sino que vino para ser un hombre como cualquiera de nosotros, a tomar alma y cuerpo humanos y hacerlos suyos. No vino en mera apariencia o en figura pasajera, como los ángeles se manifiestan a los hombres. Tampoco se limitó a descender sobre un hombre ya existente como hace con sus santos, y llamarle con el nombre de Dios, sino que "se hizo carne". Vinculó a Sí mismo una humanidad, y se hizo tan real y verdaderamente hombre como era Dios, de modo que a partir de entonces fue a la vez Dios y Hombre, o dicho con otras palabras, fue Una Persona en dos naturalezas, divina y humana.

Esto es un misterio tan maravilloso y difícil, que sólo la fe puede recibirlo con firmeza. El hombre natural puede recibirlo por un tiempo, puede pensar que lo acepta, pero en realidad no lo ha recibido; y tan pronto como lo ha profesado comienza interiormente a rebelarse y a evadirlo. Ha hecho esto desde el principio. Incluso en vida del discípulo amado se alzaron hombres que afirmaban que nuestro Señor no tenía cuerpo alguno, o que poseía un cuerpo hecho en los cielos, o que no era capaz de sufrir y otro sufría en lugar suyo, o que tuvo sólo por un tiempo la forma humana con la que nació y sufrió, que le habría venido en el bautismo y dejado antes de la crucifixión, o que fue un mero hombre. Que "en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Jn 1,1 ss) era algo demasiado duro para una razón no regenerada e iluminada por la gracia.

...Ahora bien, si se alza un testimonio contra estas opiniones no cristianas, si se expresa claramente y por encima de error y equívoco la sencilla idea de la Iglesia Católica de que Dios es hombre, ¿podría hacerse mejor que diciendo, con las palabras de San Juan, que "Dios se hizo hombre"? ¿Y podría expresarse esto más enfática e inequívocamente que declarando que El nació como hombre, o que tuvo una Madre? El mundo admite que Dios es hombre. Es una admisión que le cuesta poco, porque Dios está en todas partes, y por así decir, es todo. Pero se resiste a confesar que Dios es el Hijo de María. Se resiste porque se ve inmediatamente ante

un hecho ineludible que viola y destruye su propia visión incrédula de las cosas. La doctrina revelada toma de repente su forma auténtica, y recibe histórica realidad; y el Todopoderoso se introduce en su propio mundo en un cierto momento y de un modo concreto. Los sueños se destruyen y las sombras se alejan. La verdad divina ya no es por más tiempo expresión poética, exageración devota, economía mística o representación mítica.

...La confesión de que María es "Deipara", o Madre de Dios, es la salvaguardia con la que sellamos y aseguramos de toda evasión la doctrina del Apóstol y el test con el que detectamos todas las falsedades de aquellos malos espíritus "del Anticristo, que han entrado en el mundo". Tal confesión declara que El es Dios, implica que es un hombre, nos sugiere que sigue siendo Dios, aunque se ha hecho hombre, y que es verdadero hombre, aunque es Dios... Cuando los herejes emergieron nuevamente en el siglo XVI y planearon la aniquilación de la fe cristiana, no encontraron expediente más eficaz para su propósito que el de criticar e insultar los privilegios de María, pues sabían con plena certeza que si podían lograr que el mundo deshonrara a la Madre, seguiría pronto la deshonra del Hijo. La Iglesia y Satanás estaban de acuerdo en que Hijo y Madre van juntos. La experiencia de tres siglos ha confirmado su testimonio. Pues los católicos, que han honrado a la Madre, adoran todavía al Hijo, mientras que los protestantes, que han cesado ahora de confesar al Hijo, comenzaron entonces burlándose de la Madre.

Veis en este ejemplo la coherente armonía que hay en la doctrina revelada, cómo una verdad repercute sobre otra. Exaltar a María es honrar a Jesús. Convenía que Ella que era solamente una criatura –aunque la más excelsa de todas– tuviera que llevar a cabo una tarea de instrumento. Como otros, Ella vino al mundo a realizar una obra; tenía una misión que cumplir; su gracia y su gloria las posee no para ella misma, sino para su Creador. A ella se le confió la custodia de la Encarnación. La tarea que se le encomendó fue: "Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo, al que llamarán por nombre Emmanuel".

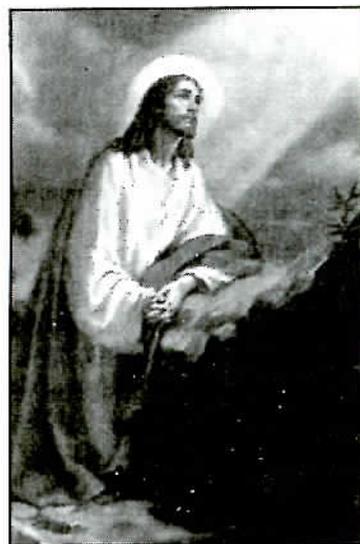
Igual que cuando Ella estaba en la tierra custodió personalmente a su Hijo, lo llevó en su seno, lo abrogó con sus brazos, lo alimentó con su pecho, ahora también –hasta el último momento de la vida de la Iglesia– sus privilegios y la devoción hacia Ella proclaman y definen la fe recta acerca de El como Dios y como Hombre. Toda iglesia que se le dedica, todo altar que se erige a su nombre, toda imagen suya, toda letanía que le alaba, toda Avemaría en continuo recuerdo suyo, nos traen a la memoria a Aquel que, siendo alabado desde toda la eternidad, "no despreció las entrañas de una Virgen", para beneficio de los pecadores.

En el nombre del Padre... Rezamos el Pésame Dios mío.

MISTERIOS DOLOROSOS

1er. Misterio: La Agonía de Jesús en el Huerto de Getsemani
(Discourses to mixed congregations, XVI, 336-341)

Allí se encontraba el Salvador del mundo, arrodillado en esa hora terrible –después de renunciar a la defensa de su Divinidad y a los ángeles que, a millones, estaban dispuestos a escuchar su llamada–, abiertos sus





brazos y descubierto su pecho, puro como era, ante el asalto de su enemigo, cuyo aliento engendraba pestilencia y cuyo abrazo significaba agonía. Allí estaba de rodillas, inerte y quieto, mientras el repugnante y vil espíritu cubría su alma con un vestido saturado de todo lo que es odioso y horrible en la conducta humana un vestido que llegaba a su corazón y llenaba su conciencia, que se extendía a cada sentido y rincón de su mente, y le infectaba con una letra oral, hasta hacerle sentir que era lo que nunca podía ser: el pecador que su enemigo pensaba haberle hecho.

¿Qué angustia sentiría cuando se contemplara a Sí mismo y no se reconociera al verse como un abyecto y miserable pecador, con la percepción intensa de una masa de corrupción que venía sobre su cabeza y alcanzaba los bordes de su túnica! ¿Qué desconcierto, cuando encontrara que sus ojos, manos, pies, labios y corazón eran como miembros del maligno, y no de Dios!

¿Son éstas las manos del immaculado Cordero de Dios, antes inocentes y ahora enrojecidas con mil bárbaros hechos de sangre? ¿Son estos sus labios, que no dicen oraciones ni alabanzas, y parecen mancillados con juramentos y blasfemias? ¿Son éstos sus ojos, profanados por feas visiones y espejismos de idolatría, con los que los hombres han abandonado a su Creador? Sus oídos estallan con un griterío de rebeldía y tumulto. Su corazón se hiela por la avaricia y la crueldad. Su memoria está cargada con todos los pecados que se han cometido desde la caída original en todas las regiones de la tierra, con el orgullo de los antiguos gigantes, la concupiscencia de las cinco ciudades, la obstinación de Egipto, la ambición de Babel y la ingratitud del pueblo elegido.

¿Quién no conoce la angustia de un pensamiento turbador que, a pesar de ser rechazado, vuelve una y otra vez, para confundir si es que no puede dominar? ¿Quién no sabe de alguna odiosa y enfermiza imaginación, extraña a la persona, pero impuesta a la mente desde fuera, o de perversos conocimientos que se pagaría un gran precio por olvidar?

Adversarios como estos te rodean, Bendito Señor, a millones. Te asaltan en grupos más numerosos aún que las langostas y plagas de animales que un día invadieron a Egipto. Se acumulan aquí todos los pecados de vivos y muertos, de hombres que todavía no han nacido, de salvados y réprobos, de tu pueblo y pueblos lejanos, de pecadores y de santos. Los que más amas, tus Apóstoles y elegidos —Pedro, Santiago y Juan— se encuentran junto a Ti, pero no como consoladores, sino para acusarte, como los amigos de Job, “arrojando polvo hacia el cielo” y apilando maldiciones sobre tu cabeza.

Sólo falta una persona: la Virgen María. Porque ella, que no tenía pecado, era la única que podía consolarte, y por eso no se encontraba allí. Aparecerá más tarde junto a tu Cruz, pero no está en Getsemaní. Ha sido tu asociada y confidente durante toda la vida; ha intercambiado contigo limpios pensamientos a lo largo de treinta años. Pero sus oídos y corazón virginales no pueden ahora escuchar ni concebir lo que Tu ves. Sólo Dios es capaz de llevar este peso.

Alguna vez has llevado delante de tus santos la imagen de un pecado, quizás solamente un pecado venial, tal como se muestra a tus ojos, y ellos nos han manifestado que la visión les habría aniquilado si no hubiera sido retirada inmediatamente. La Madre de Dios, en razón de su santidad, no habría tolerado ni siquiera una parte de esa innumerable progenie

maligna que te oprime.

Es como la larga historia del mundo, que únicamente Dios puede soportar. Esperanzas destruidas, advertencias despreciadas, votos violados, oportunidades perdidas; inocentes traicionados, penitentes relapsos y justos vencidos; la sofistería de la incredulidad, la arrogancia de la pasión, la obstinación del orgullo, la tiranía del hábito, el cáncer del remordimiento, la fiebre agotadora de la concupiscencia, la angustia de la desesperación; semblantes miserables de las víctimas de la rebeldía libre contra Dios: todo está ahora ante El, sobre El y dentro de El. Ocupa el lugar de aquella paz inefable que ha habitado en su alma desde el momento de su concepción. Está sobre El y parece pertenecerle como propio.

Jesús se dirige suplicante al Padre como si fuera el criminal y no la víctima. Su agonía toma forma de culpa y de compunción. Está haciendo penitencia. Parece llevar a cabo una confesión. Ejercita la contrición con un realismo y una virtud infinitamente mayores que los de todos los santos y penitentes juntos, porque es la única víctima por todos, la única satisfacción, el verdadero penitente: es todo menos el auténtico y real pecador.

Se levanta pesadamente de la tierra y se prepara para recibir al traidor, que se aproxima con rapidez en la oscuridad. Se vuelve, y he aquí que hay sangre en su túnica y en las huellas de sus pasos. ¿De dónde vienen estas primicias de la pasión del Cordero? Ningún latigazo ha tocado todavía sus hombros, y ningún clavo ha rozado sus manos o sus pies. Hermanos míos, ha sangrado anticipadamente. Ha vertido sangre, y fue precisamente su espíritu en agonía el que rompiendo la textura carnal ha causado este admirable derramamiento. Su pasión ha comenzado desde dentro. Aquel corazón atormentado, sede de ternura y de amor, comenzó finalmente a fatigarse y a latir con una vehemencia superior a sus energías naturales. "Saltaron todas las fuentes del gran abismo" (cfr. Gen VII, 11). Los rojos cauces fluyeron tan copiosos y violentos que desbordaron las venas, y estallando a través de los poros se depositaron sobre su piel a la manera de un espeso rocío. Luego, en forma de grandes y pesadas gotas, corrieron hasta empapar el suelo.

"Mi alma está triste hasta la muerte" (cfr. Mt. XXVI, 38), exclamó el Señor. Se ha dicho que la terrible pestilencia que padecemos empezó con la muerte, para significar que no tiene etapas o momentos críticos, que toda la esperanza se esfuma cuando llega, y que lo que parece su curso es sólo agonía mortal y proceso de disolución. Igualmente, nuestro Sacrificio de Expiación comenzó con esta pasión incomparable, y no murió en ella porque su voluntad omnipotente no permitió el colapso del corazón ni la separación entre alma y cuerpo, hasta haber sufrido en la Cruz.

No había apurado aún el entero cáliz del que inicialmente se apartaba su debilidad natural. El prendimiento, las acusaciones, los escarnios, la prisión y el juicio, el ir de un lado para otro, los azotes, la coronación de espinas, la lenta marcha hacia el Calvario, y la crucifixión le esperaban todavía. Una noche y un día, hora tras hora, han de transcurrir lentamente antes de que llegue el fin y la satisfacción se complete. Cuando llegue el momento fijado y El lo disponga con la fuerza de su Palabra, la Pasión, que comenzó por el alma, terminará también en ella. El Señor no murió de agotamiento corporal ni de dolor físico. Su atribulado corazón se rompió, y El encomendó su Espíritu al Padre.

Padre nuestro...





2do. Misterio: La flagelación de Jesús

(Discourses to mixed congregations, XVI, 328-331)

... Véis por tanto el carácter de sus padecimientos. Habría querido evitarlos si tal hubiera sido la voluntad del Padre. "Si es posible —dice— pase de mí este cáliz" (cfr. Lc. XXII, 42), pero dado que no era posible, advierte serena y decididamente al Apóstol que buscaba librarle del dolor: "¿Acaso no he de beber el cáliz que mi Padre me ha preparado?" (Cfr. Io XVIII, 11).

Como había de sufrir, se entregó al sufrimiento. No vino a padecer lo menos posible. No se apartó de los dolores. Más bien, les hizo frente; los apuró, de modo que cada porción dolorosa dejara su entera huella sobre El. Así como los hombres son superiores a los animales y experimentan el dolor mucho más que ellos a causa del espíritu que da una sustancia a los padecimientos, ignorada por los seres irracionales, de igual manera nuestro Señor sintió el dolor físico con una advertencia y un conocimiento, con una intensidad, agudeza y unidad de percepción, que ninguno de nosotros puede medir o imaginar. Porque el Señor disponía absolutamente de su alma, estaba libre de toda influencia de distracciones, concentrado plenamente sobre el dolor y entregado sin reservas a él. Por eso cabe decir que sufrió entera toda su pasión en cada momento de ella.

Recordad que el Señor se diferencia de nosotros en que, siendo hombre perfecto, poseía sin embargo un poder mayor que su alma, puesto que era Dios. El alma de otros hombres está sujeta a sus propios deseos, sentimientos, impulsos y pasiones. La del Señor se sometía simplemente a su eterna y divina Persona. Nada ocurría a su alma por casualidad o de repente. Nada le cogía de sorpresa, o le afectaba sin una cierta anticipación de su propia voluntad.

Nunca se entristeció, experimentó temor, o se alegró en el espíritu sin desear primero entristecerse, temer, o estar alegre. Cuando nosotros sufrimos se debe a que agentes externos y emociones que no controlamos nos infligen dolor. Nos vemos sometidos involuntariamente a la disciplina del sufrimiento, padecemos en mayor o menor medida según las circunstancias, ejercitamos más o menos la paciencia en medio de las penas conforme al estado de ánimo, y hacemos siempre lo posible para aliviar nuestros dolores. No somos capaces de prever nuestros padecimientos, ni sabemos expresar, después de haberlos sufrido, las características de nuestra sensibilidad, o las razones por las que no sobrellevamos mejor los dolores.

El caso de nuestro Señor era muy distinto. Su divina Persona no se hallaba sometida a la influencia de sus sentimientos humanos, excepto en la medida deseada por El. Cuando quería temer, temía. Cuando optaba por la ira, se mostraba iracundo. Cuando deseaba dolerse, se dolía. No estaba sujeto a emociones desordenadas, y dejaba entrar voluntariamente en su espíritu las influencias que le movían. Consiguientemente, al decidir el sufrimiento de su pasión vicaria hizo las cosas a fondo, como escribe el Sabio, es decir, **instanter** (cfr. Eccles IX, 10), "seriamente", con todo su poder. No hizo nada a medias. No apartó su mente del dolor como hacemos nosotros. No dijo una cosa, para retirarla luego. Habló y actuó en consecuencia.

Dijo: "He aquí que vengo, oh Dios a cumplir tu voluntad; no has querido sacrificios ni ofrendas, sino que me has preparado un cuerpo" (cfr.

Hebr X,9). Asumió un cuerpo para poder sufrir. Se hizo hombre para sufrir como hombre, y cuando llegó su hora, la hora de las tinieblas en la que el pecado pudo descargar sobre él su entera malignidad, se entregó a Sí mismo por completo, como un holocausto.

Así como todo su cuerpo se extendió sobre la Cruz, también el total de su alma se puso en manos de los verdugos, es decir, su advertencia y conciencia, una mente despierta y unos sentidos agudos, una activa y viviente cooperación, una presente y absoluta intención, en ningún caso una simple permisión o un sometimiento pasivo. Su pasión fue en realidad una acción. Vivía intensísimamente mientras languidecía, desmayaba y moría.

Padre nuestro...

3er. Misterio: Jesús es coronado de espinas *(Discourses to mixed congregations, XVI, 331-336)*

Veis entonces que si el Señor hubiera sufrido solamente en el cuerpo, y no hubiera padecido tanto como otros hombres, habría experimentado, sin embargo, un dolor extraordinariamente más agudo, puesto que el dolor de la persona se mide por su capacidad de sentirlo. Dios era quien sufría. Dios sufría en su naturaleza humana. Los sufrimientos pertenecían a Dios y eran sumidos, eran apurados, hasta el fondo del cáliz porque Dios los tomaba. No eran simplemente gustados o sorbidos de modo ligero e incompleto. No eran aromatizados o disimulados con sabores agradables, como suele hacer el hombre cuando ha de padecer el dolor.

Estas observaciones nos ayudan además a prevenir una objeción que impide a muchos apreciar debidamente el papel desempeñado por el alma del Señor en la satisfacción por el pecado. Cuando su agonía comenzaba, exclamó Jesús: "Mi alma está triste hasta la muerte" (cfr. Mt XXVI, 38). Quizás preguntéis si no recibía el Señor ciertos consuelos, propios de El e imposibles para cualquier otro hombre, que venían a disminuir o paliar la desolación de su alma y le permitían sentir, no más, sino menos que un individuo corriente. Tenía por ejemplo, un sentido de su inocencia que ningún hombre doliente podía igualar. Sus enemigos, el apóstol que le traicionó, el juez que pronunció la sentencia, los soldados que la ejecutaron, testificaron todos su inocencia. "He entregado sangre inocente" (cfr. Mt XXVII, 4), dice Judas. "Estoy libre de la sangre de este justo" (cfr. *id.*, 24), dice Pilatos. "Verdaderamente, este hombre era justo" (cfr. Lc XXIII, 47) exclama el centurión.

Si incluso estos hombres, que eran pecadores, testimoniaron la inocencia de Jesús, mucho más lo hizo la propia alma del Señor. Y si nuestra capacidad de resistir oposición y calumnia depende generalmente de la convicción de no ser culpables, mucho más —diríamos— la conciencia de santidad interior compensaría, en el caso de Jesús, los padecimientos, y aniquilaría la vergüenza.

¿Y qué es lo que debía soportar, cuando abría sobre su alma aquel torrente de predestinado dolor? Había de soportar algo que a nosotros resulta conocido y familiar, pero que para El era un mal indecible. Había de soportar algo tan liviano para nosotros, tan natural y aceptable, que no conseguimos imaginarlo como una gran carga, pero que para El contenía el aroma y el veneno de la muerte. Debía soportar el peso del pecado, así como los pecados del mundo entero. El pecado es cosa ligera para nosotros.





Pensamos poco sobre él, y no entendemos por qué el Creador le atribuye tanta importancia. No acabamos de creer que merezca castigo.

Pero considerar despacio lo que es el pecado en sí mismo. Es una rebelión contra Dios. Es un acto de un traidor que apunta a desterrar y eliminar a su soberano. El pecado es el enemigo mortal del Dios Santo, de modo que ambos no pueden estar juntos. Así como Dios arroja al pecado de su Presencia, también el pecado podría –si Dios fuera menos de lo que es– desterrar a Dios.

Observad cómo, en efecto, cuando el Señor eterno entró en el mundo creado mediante la Encarnación, y se sometió a sus leyes, entonces, de modo inmediato, el gran enemigo de la Verdad y del Bien, aprovechando la oportunidad, corrió hacia aquella carne asumido por Dios y la acosó, y provocó su muerte. La envidia de los fariseos, la traición de Judas y la locura del pueblo no eran otra cosa que instrumentos o manifestaciones de la animosidad del pecado hacia el Señor tan pronto como lo tuvo a su alcance. El pecado no podía tocar la majestad divina, pero podía acometer a Dios por la vía en la que El toleraba ser atropellado, es decir, a través de su Humanidad. En la consumación de estos episodios, en la muerte de Dios hecho hombre, se nos enseña la grave naturaleza del pecado en sí.

Padre nuestro...

4to. Misterio: Jesús con la cruz auestas camino al Calvario
(Plain and Parrochial Sermons, VI, 6, 69-82)

“Fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz” (Filip 2,8). El que de este modo se humilló, haciéndose primero hombre, luego muriendo, y esto sobre la vergonzosa y agónica cruz, era el mismo que desde toda la eternidad había sido “de la substancia de Dios” y era “igual a Dios”, como lo dice el Apóstol en un versículo anterior. “En el principio existía el Verbo y el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios; El estaba al principio con Dios”; así habla San Juan, un segundo testigo de la misma Verdad grande y tremenda. Y El, también, continúa diciendo: “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros”. Y al terminar su Evangelio, como sabemos, nos hace un relato de la muerte del Señor sobre la Cruz.

Tratemos lo que es verdaderamente difícil, de apartar todo otro pensamiento, de limpiar nuestras mentes de las cosas transitorias, temporales, y terrenas, y de ocuparlas con la contemplación del Eterno Sacerdote y Su Unico Sacrificio eterno... Miremos hacia El que fue llevado de manera que pueda atraernos a El; y siendo atraídos a El todos y cada uno, seamos atraídos unos a otros, para que podamos comprender y sentir que El nos ha redimido a todos, y que por ello, a menos que nos amemos unos a otros no podremos realmente tener amor al que entregó Su vida por nosotros.

En primer lugar debe ser recordado que la muerte de Cristo no fue un mero martirio. El mártir es uno que muere por la Iglesia, que es condenado a muerte por predicar y mantener la verdad. Cristo, de hecho, fue condenado por predicar el Evangelio, aunque no fue un mártir, pues era mucho más que un mártir. Si hubiera sido un hombre y nada más, podría haber sido llamado con todo rigor un mártir, pero como no fue un mero hombre, no fue un mero mártir. El hombre muere como un mártir, pero el

Hijo de Dios muere como un Sacrificio Expiatorio. Hubo una virtud en Su muerte que no puede haberla en ninguna otra, pues El era Dios...

Después de su encarnación la naturaleza humana fue tan verdadera en Cristo como sus atributos divinos. Como el alma actúa a través del cuerpo como su instrumento, de una manera más perfecta, íntimamente, el Verbo Eterno de Dios actúa a través de la humanidad que había tomado. Cuando El habló estaba literalmente hablando Dios; cuando sufrió, Dios estaba sufriendo. No que la Divina Naturaleza en sí misma pueda sufrir más de lo que nuestra alma pueda ver u oír; pero, así como el alma ve y oye a través de los órganos del cuerpo, así el Hijo de Dios sufrió en esa humana naturaleza que El había tomado para Sí y hecha Suya. Les ruego que consideren que ese rostro tan cruelmente herido, era el Rostro de Dios mismo... El Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza en El, para que en El pudiera hacer y sufrir lo que por sí misma le era imposible. En El nuestra naturaleza pecadora murió y se levantó nuevamente. Cuando murió en El sobre la Cruz, esa muerte fue su nueva creación.

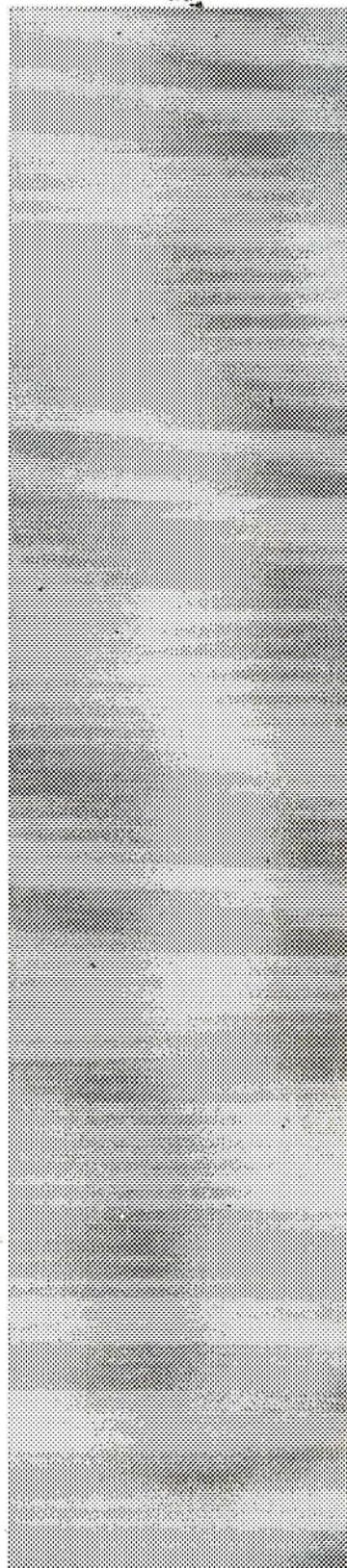
De esa intensa devoción hacia nuestro Señor, que consiste en olvidarse uno de sí mismo por amor a El, tenemos un ejemplo en San Pablo que dice: "Ya no soy quien vive, sino que Cristo vive en mí, y la vida que ahora vivo en la carne, la vivo en la Fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó a Sí mismo por mí". Pero por muy grande que fuera la devoción que San Pablo tenía a Nuestro Señor, mucho mayor era la de la Santísima Virgen; porque era su Madre, y porque Ella le tenía a El, y a todos sus sufrimientos, delante de los ojos, y porque tuvo con El aquél prolongado trato íntimo durante treinta años, y porque a causa de su propia santidad estaba tan inefablemente cerca de El en espíritu. Después, cuando fue abofeteado, martirizado, azotado y clavado en la Cruz, sintió tan agudamente como si hubieran sido infringidos a Ella misma cada uno de los ultrajes y cada una de las torturas que le infringieron a El. Ella habría podido prorrumpir en gritos a cada uno de los sufrimientos de su Hijo. Esa fue su com-pasión, los sufrimientos que padeció junto con su Hijo...

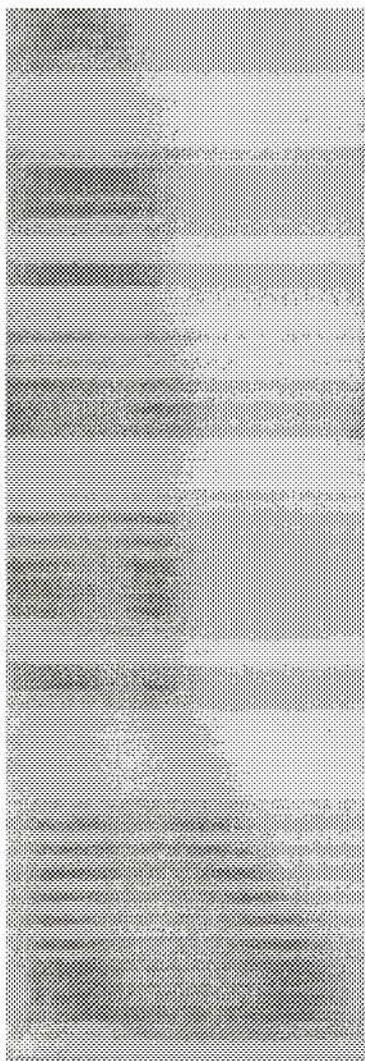
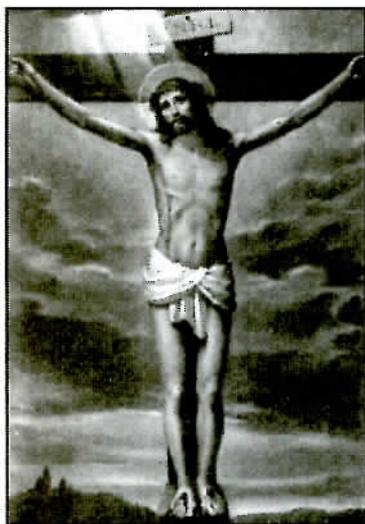
Padre nuestro...

5to. Misterio: Jesús muere en la cruz
(*Plain and Parrochial Sermons, VI, 7,83-93*)

Es la muerte del Verbo Eterno de Dios hecho carne, que es nuestra gran lección de cómo pensar y cómo hablar de este mundo. Su cruz ha puesto su debido valor a cada cosa que vemos, a todos los bienes, los adelantos, las clasificaciones, las dignidades, los placeres; a la lujuria de la carne, la lujuria de los ojos y a la soberbia de la vida. Ha puesto un precio a las excitaciones, las rivalidades, las esperanzas, los temores, los deseos, los esfuerzos y los triunfos del hombre mortal. Les ha dado sentido a muchas cosas, las desgracias, tentaciones, sufrimientos, cambiando el curso de su estado terreno. Ha puesto junto y ha hecho consistente todos los que parecía discordante y sin objeto. Nos ha dicho cómo vivir, cómo usar este mundo, cuál es la expectativa, qué desear, qué esperar. Es la tonalidad en la cual todas las melodía de esta música del mundo deben finalmente ser resueltas...

Es una visión superficial de las cosas decir que esta vida está hecha





para el placer y la felicidad. Para aquéllos que miran bajo la superficie, ella les cuenta un relato bien diferente. La doctrina de la Cruz no hace sino enseñar, aunque más eficazmente, la misma lección que este mundo enseña a aquellos que viven largo tiempo en él, que tienen mucha experiencia en él, y lo conocen. El mundo es dulce a los labios pero amargo al gusto. Agrada al principio pero no al final... Debe afirmarse pues, que la doctrina de la Cruz no está sobre la superficie del mundo. Las superficies de las cosas solamente brillan y la Cruz es dolorosa; es una doctrina escondida; ya se bajó un velo; al principio nos espanta y estamos tentados de rebelarnos contra ella. Como San Pedro, clamamos: "Lejos de Ti, eso no te sucederá". Y aun así es una doctrina verdadera; pues la verdad no está en la superficie de las cosas sino en lo profundo.

Siendo así el caso, la tremenda y gran doctrina de la Cruz de Cristo, debe ser llamada con toda propiedad, en un lenguaje figurado, el corazón de la religión. El corazón está escondido a la vista; está cuidadosa y seguramente guardado; no es como el ojo ubicado en la frente, dirigiendo todo y viendo todo. De la misma manera la sagrada doctrina del Sacrificio Expiatorio no está para hablar de ella, sino para ser vivida; no para ponerla por delante irreverentemente, sino para ser adorada secretamente; no para ser usada como un necesario instrumento en la conversión del impío, o para satisfacción de los razonadores de este mundo, sino para ser desarrollada al dócil y obediente, a los jóvenes niños para quienes el mundo no está corrompido, al sufriente quien necesita consuelo, al sincero y serio que necesita una regla de vida, al inocente que necesita un aviso, y al ya establecido que ha tenido el conocimiento de ella.

No debe suponerse que porque la doctrina de la Cruz nos hace entristecer, el Evangelio sea una triste religión. El salmista dice: "Los que siembran entre lágrimas, recogerán con gozo" y Nuestro Señor dice: "Los que lloran serán consolados". Que nadie se vaya con la impresión de que el Evangelio nos hace tener una visión tenebrosa del mundo y de la vida. Ello nos impide tener una visión superficial y encontrar una alegría vana y pasajera en lo que vemos, pero prohíbe nuestro gozo inmediato sólo para concedernos gozo en verdad y plenitud más tarde. Sólo nos prohíbe comenzar con gozo. Sólo dice, si tu empiezas con el placer, terminarás con dolor. Nos ofrece empezar con la Cruz de Cristo y en ella encontraremos al principio pena, pero en un instante la paz y el consuelo brotarán de esa pena... "Les dejo la Paz, les doy mi Paz, pero no como la del mundo".

Queramos comenzar pues con la fe; comenzar con Cristo, comenzar con su Cruz y la humillación que conlleva. Seamos primero atraídos hacia El que es elevado, de modo que pueda libremente darnos, con El mismo, todas las cosas. Queramos "buscar primero el Reino de Dios y su Justicia" y luego todas las cosas de este mundo "serán añadidas". Sólo pueden gozar verdaderamente este mundo, los que comienzan en el mundo invisible. Sólo lo gozarán quienes primero se hayan abstenido de él. Sólo festejarán los que primero hayan ayunado; sólo podrán usar del mundo los que hayan aprendido a no abusar de él, sólo lo heredarán los que lo hayan tenido como una sombra del mundo venidero y lo hayan dejado por él.

Padre nuestro...

Selección del Padre Fernando María Cavaller

Cristianismo Primitivo: San Antonio Abad

San Antonio Abad, por Pedro de Mena. Coro de la catedral de Málaga.



ANTONIO EN CONFLICTO

“El lo encontró en una tierra desierta, en un lugar de horror y salvajismo. El lo condujo y enseñó: y el lo cuidó como a la niña de sus ojos”.

I

Sería un gran error para nosotros el suponer que debemos abandonar nuestro llamado temporal, y sumergirnos en la reclusión, con el objeto de servir a Dios adecuadamente. El Cristianismo es un religión para este mundo, para emprendedores e influyentes, para los ricos y poderosos tanto como para los pobres. Un escrito de la época del mártir Justino expresa esto clara y elegantemente: “Los Cristianos—dice—no difieren de otros hombres, en cuanto al país, el lenguaje o las costumbres. No viven en ciudades determinadas o emplean un dialecto particular o cultivan hábitos de vida peculiares. Habitan en ciudades, griegos y bárbaros, cada uno en el lugar en que se encuentra y mientras se someten a las costumbres de su país en cuanto a vestimenta y comida y a las formas de vida en general, llevan, sin em-

bargo, un sistema de vida interior el cual, más allá de toda controversia, es admirable y extraño. Los países que habitan son los suyos, pero viven como extranjeros. Se casan, como otros hombres y no excluyen de su afecto a sus hijos; su mesa está abierta a todos los que los rodean; viven en su carne pero sin someterse a ella, caminan sobre la tierra, pero su coloquio es con el Cielo" (Diog.5)

sin embargo, cierto como lo es, que no existe nunca una obligación para los cristianos en general, de abandonar sus ocupaciones y posesiones mundanas y, aún a menudo, sí una obligación de no hacerlo, es innegable también que este abandono es a menudo elogiado y, en casos especiales, una obligación. nuestro Salvador indicó expresamente a uno, que era rico y joven "vender todo y darlo a los pobres" y por cierto El no habla con el objeto de inmortalizar excepciones o casos extremos o pasajeras formas de argumentación, refutación o censura. Aun contemplando el tema bajo una luz meramente humana, uno puede afirmar que es estrecha y superficial la filosofía protestante que prohíbe todos los más altos y nobles impulsos de la mente, y fuerza a los hombres a comer, beber y divertirse, quíeralo o no. Pero el pensamiento de la verdadera cristiandad es suficientemente amplio para admitir los poderosos y los humildes, los ricos y pobres, unos y otros.

Si debe confiarse en los cristianos primitivos como testigos del espíritu de la doctrina del Evangelio, es ciertamente por aquel carácter flexible y comprensivo que aleja las más fuertes tentaciones a la extravagancia al tener, tanto como es posible, una especie de indulgen-

cia para con los sentimientos y motivos que nos conducen a ella, corrigiéndolos mientras tanto, purificándolos y refrenándolos antes de volverse excesivos.

Así mientras nuestra mente naturalmente goza el recorrer libremente, de arriba abajo, todos los temas conocidos y desconocidos, el Catolicismo no nos oprime con un fanatismo irracional, prescribiéndonos los más mínimos detalles del pensamiento, en tal forma que el hombre nunca puede tener opinión propia; al contrario, su credo es siempre lo que fue y nunca se aleja del terreno originalmente ocupado; y es cauto y preciso en sus decisiones, distinguiendo entre las cosas necesarias y las cosas piadosas en que creer, entre la obstinación y la ignorancia. Al mismo tiempo afirma la supremacía de la fe, el pecado de no creer, y la divina misión de la Iglesia; de modo que la razón es traída de vuelta nuevamente y sometida a la obediencia de Cristo, al tiempo en que parece lanzarse adelante, sin mapa alguno, en el océano de las conjeturas. Y sostiene el mismo criterio en las cuestiones de conducta. Se opone a la intolerancia de los llamados "protestantes *sensatos*". Se escandaliza ante la tiranía de aquellos que no permiten al hombre hacer nada fuera de lo común sin estigmatizarlos con el nombre de fanáticos. Trata suavemente a los ardientes e impetuosos, diciendo al respecto: "Hijo mío, tú puedes hacer cuántas grandes cosas quieras, pero Yo ya he hecho una lista de ellas en la que puedes elegir. Tú eres demasiado obediente para perseguir fines sólo porque son de tu propia elección. Tú los buscas porque son *grandes*. Tú quieres vivir por encima de la senda

ordinaria del cristiano; Yo puedo enseñarte a hacerlo, pero sin arrogancia". Mientras que el teólogo protestante sensato mantiene su punto de vista, remachando sus propias ideas, urgiendo a cada uno a ser como los demás y moldeando todas las mentes de acuerdo a su mezquino modelo; y cuando considera que su obra es digna de su propia admiración descubre que la mitad de su congregación se ha convertido al final en Wesleyanos o Independientes, como medio para buscar algo divino o trascendental.

II

Estas observaciones se hacen a modo de introducción sobre algunos sucesos de la vida de San Antonio, el primer monje, que terminó su tarea en Egipto justamente al tiempo en que San Basilio estaba renovando la misma en Asia Menor. Las palabras "monje", "monástico", significan "solitario", y, si se toman literalmente, denotan ciertamente una forma de vida que es tan contraria a la naturaleza, que requiere, para su adopción, alguna guía o inspiración especial. Cristo envió Sus Apóstoles de a dos en dos; y ciertamente El sabía como era el hombre desde el día que El dijo: "No es bueno para él estar solo". Hasta aquí, entonces, la forma de vida de Antonio puede ser poco adecuada como regla para otros; pero su modelo en este sentido no fue adoptado por sus seguidores, quienes, dada su cantidad, fueron pronto obligados a formar sociedades monásticas, las que, además, después de un tiempo, comprometieron aun a Antonio mismo en el acuerdo de tornarse, en cierto sentido, en su superior religioso y su maestro. El Mona-

quismo, al consistir no en la soledad pero sí en austeridades, plegarias, retiro y obediencia, no contenía en sí, por cierto, sino aquello que es perfectamente cristiano y, bajo ciertas circunstancias, aún ejemplar; especialmente cuando se lo contempla en su conexión con los deberes relativos a él, los que pronto le fueron atribuidos: de limosneros de los pobres, de educar al clero y defender la fe. En resumen, el monaquismo se tornó en poco tiempo, en sólo una rama del ministerio cristiano -un ministerio no de los sacramentos, sino especialmente de la palabra y de la doctrina; ciertamente, no por supuesto en virtud de una ordenación formal, ya que hasta entonces era sólo una profesión laica, sino por el derecho común o más bien el deber que nos corresponde a cada uno de nosotros de profesar, propagar y defender la verdad, especialmente cuando el celo por ella ha recibido el sostén y el aliento de nuestras autoridades espirituales.

La vida de Antonio, escrita por su amigo, el gran Atanasio, ha llegado a nosotros. Algunos críticos, en verdad, han dudado de su autenticidad o la consideran con interpolaciones. Riverturs y otros, la rechazan; Du Pin decide en general, que es auténtica, pero con aditamentos; los Benedictinos y Tillemont se la atribuyen sin dudar. Yo considero que ninguna objeción puede hacerse, con justicia, sobre su integridad *substancial*; y, a través de su análisis todos los lectores sin prejuicios deben juzgar a Antonio un hombre admirable. Ciertamente, de acuerdo al punto de vista inglés, debe ser considerado como un exaltado; si hubiera sido un protestante en esta

época protestante, habría estado expuesto a la tentación de volverse un fanático. Ansiando tener un canon de vida más alto que los que admite la sociedad y al encontrar a estos demasiado rígidos para aceptar algo fuera de lo común, o cualquier comportamiento que no sea "propio de un señor", "conveniente" y "admitido" y sin tener contacto con la Iglesia Católica, posiblemente podría haber llegado a quebrar lo que no podía doblegar. La duda no consiste en saber si este desasosiego se presta a la acusación de terquedad o de vanidad, sino de que, al contrario, la típica aceptación de los placeres mundanos que vemos a nuestro alrededor, no sea sino a menudo la característica de nada más que egoísmo y pereza, o si existen mentes con sentimientos ardientes, imaginaciones ansiosas y temperamentos indisciplinados, sujetos a una fuerte incitación a llevar una vida tempestuosa, o si no es nuestro deber (para decirlo en alguna forma) jugar con ellos, aflojándoles la cuerda antes de que se rompa, o si la Iglesia Protestante es tan indulgente y sabia como sería deseable en su trato con estas personas, teniendo en cuenta que no les provee ocupación alguna, no sabe cómo hacer que se expliquen, les permiten que se destruyan, los tienta a disentir, los pierde, se empobrece por la pérdida y entonces los denuncia.

Pero volviendo a Antonio. Si lo viera frente a mí, con mis cortantes y secos juicios y mi proceder práctico y mi egoísmo y pusilanimidad, estaría tentado a considerarlo un tanto exaltado; pero lo que deseo señalar al lector, y especialmente al Protestante, es la mansa y cristiana forma que tomó su exalta-

ción, si es que así debe llamársela. No era vulgar, bulliciosa, imbecil, inestable, desobediente; era calma y compuesta, varonil, intrépida, magnánima, llena de amorosa lealtad para con la Iglesia y la Verdad.

III

Antonio había nacido en el 251 d.C., mientras Orígenes aún vivía, Cripriano era Obispo de Alejandría y Gregorio Taumaturgo de Neocesarea; vivió hasta el 353 d.C., muriendo a la edad de 105 años, cuando Atanasio luchaba con el Emperador Constancio, nueve años después del nacimiento de San Juan Crisóstomo y dos años después del de San Agustín. Era egipcio de nacimiento e hijo de nobles, opulentos y cristianos padres. Fue criado como cristiano y, desde su niñez, mostró una fuerte disposición a la vida solitaria. Retrayéndose del trato con sus iguales y despreciando el mundo exterior al compararlo con su vida interior, se puso en contra de lo que se considera una educación liberal, esto es, del estudio de la filosofía e idiomas extranjeros. Al mismo tiempo era obediente para con sus padres, simple, abstinentes en sus hábitos y atento con los sagrados servicios y lecturas de la Iglesia.

Antes de llegar a la adultez, había perdido a ambos padres, quedándole una hermana, que era una niña y una gran herencia. Su pensamiento en ese entonces, estaba seriamente decidido a imitar a los Apóstoles y sus conversos, quienes donaron sus bienes y siguieron a Cristo. Un día, cerca de seis meses después de la muerte de sus padres, al ir a la Iglesia como siempre, el tema lo preocupó seriamente. El Evangelio del día incluía el texto: "Si tu quieres ser perfecto, ve y

vende todo lo que poseas". Antonio aplicó el texto a sí mismo y actuó en consecuencia. Poseía trescientos acres de terreno de una fertilidad excepcional, aun para Egipto; los transfirió de inmediato para el uso de los pobres de su propia vecindad. Enseguida transformó en dinero todas sus posesiones personales y reservando una porción para el uso de su hermana, dio el resto a los pobres. Poco después fue conmovido al oír en la Iglesia el texto: "No te preocupes por el mañana" y creyendo que no había satisfecho el consejo evangélico, donó lo que había reservado, poniendo a su hermana al cuidado de unas mujeres que se habían consagrado a la virginidad.

Empezó su vida ascética, de acuerdo a las costumbres de su época, retirándose no lejos de su casa. Ahí permaneció por un tiempo para serenar y ajustar su mente a sus nuevos hábitos y para obtener los consejos, para la perfección de ellos, de aquellos que ya estaban comprometidos en el mismo objetivo.

Este es un rasgo notable, como lo remarca Atanasio, al mostrar qué poco estaba influenciado por su amor propio o un espíritu sectario en lo que hacía; con ardor persistía en llevar una vida de ascetismo por lo buena en sí misma, y qué deseo estaba de tornarse en servidor de cualquiera que pudiera darle consejos para alcanzarla. Pero esto se demuestra mejor en el siguiente extracto: "Existía en el próximo pueblo un hombre viejo que había llevado una vida solitaria desde su juventud. Antonio, viéndolo, 'se entusiasmó con una cosa buena', y en primer lugar adoptó un retiro similar en las cercanías del pueblo. Y si se enteraba de algún otro

enfervorizado en cualquier lugar, iba y lo buscaba como a un hombre sabio; sin volver a su lugar hasta haberlo entrevistado y obtenido algún valor, por así decirlo, para su viaje a la santidad. Trabajaba con sus manos, de acuerdo con las palabras: «Si alguien no quiere trabajar, que tampoco coma», gastando parte de lo que hacía en pan y parte en los pobres. Rezaba continuamente, al haber aprendido que es una obligación el rezar en privado constantemente. Tan atento era a la lectura sagrada, que no dejaba que parte alguna de la Escritura se le escapara, reteniendo todo, al reemplazar al libro por la memoria. En esta forma se ganó el afecto de todos, y él, a su vez, acatando sinceramente a los hombres fervorosos que visitaba, grabando en sus propios pensamientos los logros obtenidos por cada uno de ellos en fervor y vida ascética, los hábitos puros de uno, el continuo rezar de otro, la humildad de un tercero, la bondad de un cuarto, las largas vigiliias de un quinto, el celo estudioso de un sexto. Este tenía un don maravilloso de paciencia, aquél de ayunar y dormir en el suelo, éste era apacible, aquél enormemente estoico y en todos y cada uno comprobó la devoción a Cristo y el amor al prójimo. Así provisto volvió a su retiro ascético y de ahí en adelante adoptando para sí mismo las conductas religiosas aprendidas y totalmente decidido a ser ejemplo de ellas. Este era, ciertamente el único asomo de emulación para con aquéllos de su época, demostrado en su deseo de alcanzar a superarlos en las cosas buenas; y esto lo hizo en forma tal de no resentir a ninguno, sino de deleitarlos. De acuerdo a lo cual, todos los habitantes del lugar y las personas religiosas que lo trataban, viéndolo como era, lo llamaron el amado

Dios y lo quisieron como a un hijo o un hermano" (c 4).

Por supuesto este relato es la mera referencia de un hecho; pero por encima de su carácter histórico, tiene por objeto, evidentemente, describir un tipo de personaje al cual, ambos, el escritor y sus lectores, consideran eminentemente cristiano. Tomándolo entonces, en cierto sentido, como el *beau ideal* de lo que los protestantes llamarían un fanático de la época, les pediría a estos compararlo con el tipo de religión a la cual el desdichado fanático de hoy día es impulsado por la alta y seca *Iglesia Establecida*; y él podrá ver cuánto provecho ha sido ganado para el cristianismo, en pureza tanto como unidad, por este sistema monástico, cuyo lugar, en este país, ha sido ocupado por el metodismo y los disidentes.

Después de un tiempo el fervor de nuestro joven Antonio, empezó a tomar el curso habitual. Su espíritu decayó, su coraje amainó; se produjo una reacción y las tentaciones de un mundo que había abandonado lo asaltaron con una violencia que demostró que aún no había dominado el pleno significado de su vocación. Si ho hubiera sido nada más que un visionario, hubiera vuelto al mundo. Las propiedades que había abandonado, la guarda de su hermana, las relaciones familiares, las ventajas de la riqueza, la reputación mundana, el disgusto de la monotonía y vulgaridad de su alimento, la enfermedad corporal, el tedio de su forma de vivir y la falta de una ocupación, aparecieron en su mente convirtiéndose en motivos de tentación. Otros y más feroces ataques se sucedieron. Sin embargo su fe se elevó por encima de ellos, o más bien, como dice Atanasio "no él,

sino la gracia de Dios que había en él". Su biógrafo continúa:

"Esta fue la primera victoria de Antonio sobre el demonio o más bien el glorioso logro del Señor en él, «que ha condenado el pecado de la carne que la justificación por la ley ha hecho pleno en nosotros, que nos conducimos no de acuerdo a la carne, sino de acuerdo al Espíritu». No, sin embargo, como si Antonio, imaginando haber dominado el demonio, se descuidara creyéndose seguro. Sabiendo por las Escrituras que el enemigo tiene muchas formas de engaño, él perseveraba en su vida ascética. Se preocupaba más en mortificarse su cuerpo y tenerlo bajo su dominio temiendo que, triunfando en algunas cosas, en otras pudiera decaer. Sus vigiliias eran a menudo por toda la noche. Comía sólo una vez por día, después de la puesta de sol; a veces después de dos días, a menudo después de cuatro: su alimento era el pan, su bebida sólo agua. Nunca tenía más de una estera para dormir, pero generalmente se acostaba en el suelo. Desechó el aceite para ungirse diciendo que la juventud debe perfeccionar su ascetismo y, en lugar de buscar lo que puede relajar el cuerpo, debe acostumbrar a éste a la mortificación, recordando las palabras del Apóstol: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte». Pensó que no era apropiado medir ya sea la vida santa o la reclusión que ésta implica, por su duración en el tiempo, sino por el puro deseo y deliberada resolución de ser santo. De acuerdo a lo cual jamás tomaba en cuenta el plazo transcurrido, sino que, día por día, como si recién empezara su servidumbre, hacía esfuerzos más grandes para mejorar, repitiéndose a sí mismo continuamente el dicho del Apóstol: «Olvidando las cosas deja-

das atrás, y esforzándome hacia adelante hacia aquéllas que están a la vista»". (ç 7)

IV

Tal fue su vida durante alrededor de quince años. Al término de este período, teniendo ahora treinta y cinco años, se trasladó al desierto, habiendo pasado primero unos días en las tumbas dedicado a las plegarias y ejercicios espirituales. Aquí, sin embargo, me siento obligado a mencionar otra cuestión, ya presente en el texto de Atanasio, pero que no había sido necesario tratar hasta ahora: sus declarados conflictos con los espíritus malignos. Comencemos pues.

Es totalmente cierto que Antonio creía estar sometido a palpables y visibles conflictos con espíritus malignos. No sería congruente con nuestro análisis el liberarlo de la imputación de entusiasta: debe ser considerado en este aspecto como tal, pues de lo contrario no podríamos tomarlo en cuenta, ya que la real intención de mi relato sobre él, es de demostrar cómo su entusiasmo es serenado y refinado al estar sometido a la disciplina de la Iglesia, en lugar de permitirle desbocarse fuera de ella. Afirmando sí, que si no fuera un entusiasta, o por lo menos no estuvo al borde de serlo, perderíamos una enseñanza, importante que nos lega su vida. Sin embargo, afirmar solamente que era un entusiasta está lejos de resolver la duda a que da lugar la narración de sus conflictos espirituales. De modo que haré primero unos resúmenes descriptivos de ellos y luego los comentaré.

La siguiente es una narración de su visita a las tumbas:

"Así, fortaleciéndose según el modelo de Elías, partió hacia las

tumbas, que se hallaban a alguna distancia de su pueblo; y dándole a un conocido, instrucciones de traerle pan después de algunos días, entró en una de ellas, soportando ser encerrado y quedó solo. Esto no era aceptado o aún temido por el enemigo y, temeroso de que antes de poco tiempo Antonio conquistara también el desierto con sus prácticas santas, lo asaltó una noche con una horda de espíritus que lo azotaron de tal forma, que quedó echado en el suelo por el castigo, el que, según contó, fue mucho más fuerte que los golpes que un ser humano puede infligir. Pero por la Divina Providencia, que no descuida a los que creen en ella, al día siguiente su conocido llegó con el pan; al abrir la puerta lo vio tirado en el suelo como si estuviera muerto. Por lo que lo llevó a la iglesia del pueblo y lo puso en el piso; y muchos de sus parientes y gente del pueblo tomaron su lugar alrededor del cuerpo, como si ya estuviera muerto. Sin embargo, cerca de media noche recobró sus sentidos y reponiéndose observó que todos estaban dormidos con excepción del mencionado conocido y enseguida lo llamó a su lado y le pidió que, sin despertar a ninguno de ellos, lo llevara de vuelta a las tumbas.

El hombre lo volvió a llevar: y cuando quedó encerrado solo, como antes, incapaz de permanecer en pie por sus heridas, se acostó y empezó a rezar. Entonces gritó reciamente: «¡Aquí estoy yo, Antonio; no rehuyo sus golpes. Aunque sean más fuertes nada me separará del amor a Cristo!». Y empezó a cantar: «Si ejércitos en campaña se reúnen en contra mío, mi corazón no temerá». El demonio puede idear distintas formas de perversidad. Por la noche, entonces, hizo un tumulto tan grande que todo el lugar parecía estremecerse y,

como si derribasen las cuatro paredes de la construcción, parecían entrar en tropel bajo la forma de bestias feroces y reptiles... Pero Antonio, castigado y herido, sentía ciertamente sus dolores corporales, pero cuidaba la vigilia en su alma. Así, mientras yacía sufriendo en su cuerpo, pero con su mente alerta, habló desafiante: «Si tuvierais algún poder, uno solo de vosotros bastaría para acometerme; tratáis de asustarme con el número porque el Señor os ha despojado de vuestro poder. Esta figuras engañosas son la prueba de vuestra impotencia. Nuestra guarda y muro de defensa es la fe en nuestro Dios». Después de muchas tentativas, rechinaron sus dientes, porque estaban burlándose más de sí mismos que de él. Pero el Señor, por segunda vez, recordó la lucha de Antonio, y vino en su ayuda. Antonio, levantando sus ojos, vio como si se abriera el techo y un rayo de luz descendió sobre él; repentinamente los demonios desaparecieron, su dolor cesó y la construcción quedó firme. Al ocurrir esto Antonio dijo: «¿Dónde estáis Vos, Señor porque no aparecisteis al principio para aliviar mi dolor?» Una voz contestó: «Antonio, Yo estaba aquí, pero esperaré para ver tu comportamiento en la contienda, por lo tanto, ya que la has soportado y no has sido vencido, yo seré para tí una ayuda para siempre y haré tu nombre famoso en todas partes». (ç 9,10)

Después de esta vigilia preliminar, Antonio se fue al desierto, donde pasó veinte años en soledad. Atanasio hace el siguiente relato de su vida ahí:

«Al día siguiente de dejar las tumbas, y su piedad se iba haciendo más impaciente, fue a ver al anciano antes mencionado y le rogó que lo acompañara al desierto. Al negar-

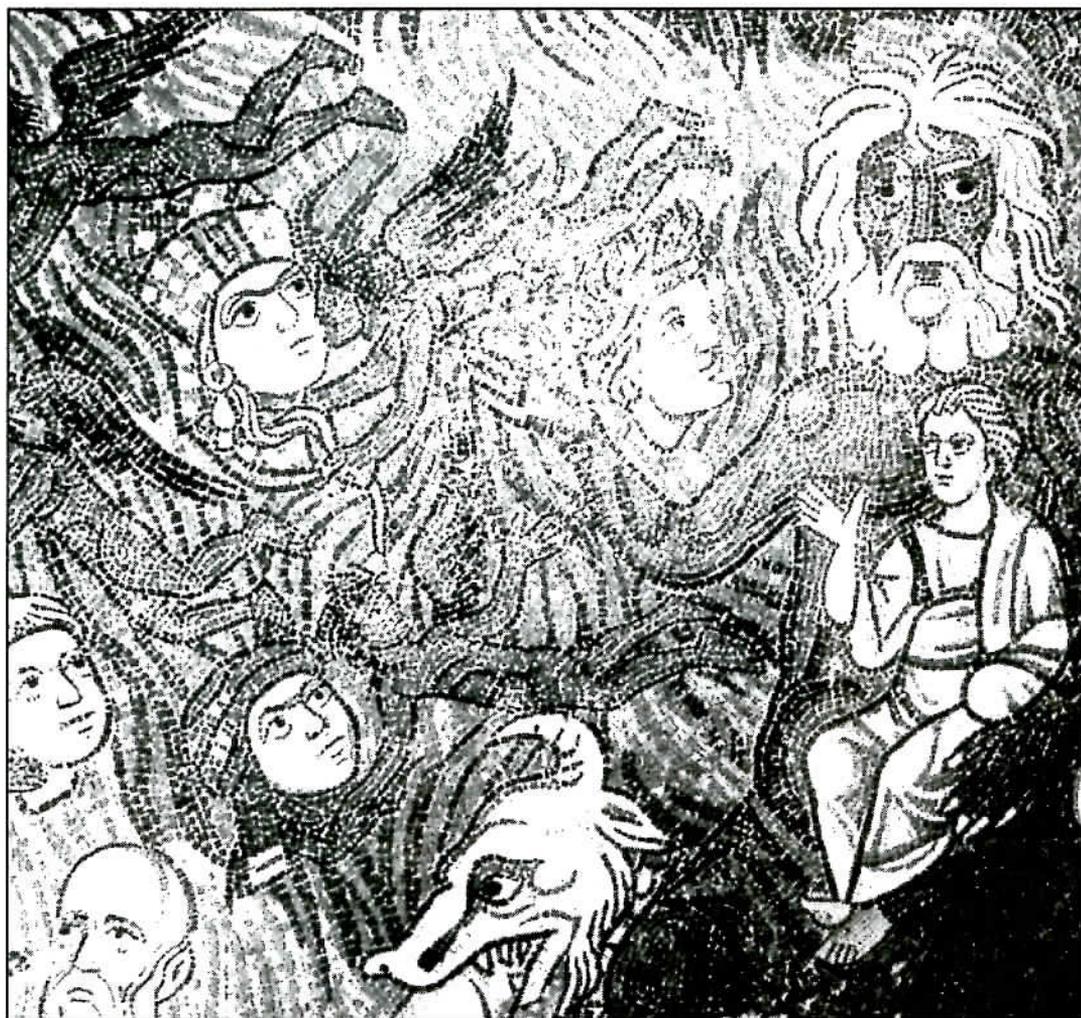
se éste, en razón de su edad y lo inesperado de la propuesta, se fue solo a la montaña... y encontrando, más allá del río, un sólido refugio abandonado durante tanto tiempo que los reptiles venenosos abundaban, entró y tomó posesión de él, alejándose los reptiles como si fueran perseguidos. Bloqueando la entrada y aprovisionándose de pan para seis meses (a la manera de los tebanos que a menudo guardan su pan durante un año) y teniendo un manantial en el interior del lugar, permaneció, como en un relicario, sin salir de él, ni ver a aquéllos que venían a él... No permitía entrar a sus conocidos; de modo que mientras éstos permanecían afuera a menudo durante días y noches, solían oír ruidos adentro; golpes, gritos lastimeros, como: «¡Vete de nuestro reino! ¿Qué papel haces en el desierto? Te obligaremos a ceder a nuestras artimañas». Al principio la gente creyó que Antonio estaba disputando con algunos hombres que habían entrado por medio de escaleras; pero cuando consiguieron atisbar adentro por una hendidura al no ver a nadie pensaron que eran demonios los que oían y, aterrados, llamaron a Antonio. Preocupándose más por ellos que por los demonios, Antonio, se acercó enseguida a la puerta y les pidió que se fueran sin temor: «Porque —dijo— los demonios hacen estos amagos de violencia para alarmar a los timoratos. Vosotros, entonces, persignaos y partid con confianza, y dejadlos que se burlen de sí mismos» . (ç 12, 13).

V

Para adentrarnos en la apreciación y la sensibilidad que estas descripciones requieren, es necesario observar que, en lo que respecta a la lucha de la Iglesia con el

demonio, los cristianos primitivos, tanto como los católicos desde entonces, consideraban que estaban en las mismas circunstancias que los Apóstoles. No trazaban un límite, como lo hacen los protestantes, entre la situación de la Iglesia de su época y la de los Apóstoles, sino que creían que lo que ésta había sido, lo era todavía, en cuanto a sus tribulaciones y sus poderes; que los ostensibles ataques de Satán y sus propios medios para repelerlos, eran los mismos que están descritos en los Evangelios. El exorcismo era un deber sagrado para ellos y el poseso tomaba su lugar entre catecúmenos y penitentes, tanto como entre aquellos que tenían oraciones especiales y algunos de los privilegios propios del cuerpo cristiano. Nuestro Salvador se expresa sobre el poder del exorcismo, como dependiente del ayuno y de la oración, en ciertos casos especiales, y así claramente sostiene la noción de un conflicto directo entre el luchador cristiano y los poderes del demonio, un conflicto continuado, por parte del primero, con armas determinadas para fines determinados y no esa lucha meramente indirecta que la forma de vida religiosa común conlleva. «Esta ralea desaparece sólo por medio de la oración y el ayuno». Por cierto que ninguna de las palabras de Cristo son palabras al azar; El habló con un propósito y el Espíritu Santo guió a los Evangelistas seleccionándolos con un propósito y siendo así, este texto es una regla y una admonición y fue utilizado como tal por los cristianos primitivos, ya sea por los principios de interpretación recibidos o la práctica tradicional de la Iglesia.

En igual forma, ya sea por la manera de interpretar las Escritu-



Mosaico de la iglesia de San Jorge de Torcello. Venecia.

ras, o por opiniones y prácticas que llegaron a ellos, concibieron que al demonio le fue concedido un poder sobre ciertas bestias salvajes que la Escritura le asigna. Es sabido que en una ocasión memorable tomó la forma de una serpiente; otra vez, una legión de demonios poseyó una piara de cerdos. Estos ejemplos pueden, por lo que sabemos, ser *especímenes* revelados de toda una parte de la Divina Dispensación, por ejemplo, las interferencias de agentes espirituales, buenos o malos con el curso del mundo, pudiendo ser uno de ellos el habla de asno de Balaam;

y los cristianos primitivos, ya sea por interpretar así las Escrituras, o por su sistema tradicional, actuaban como si ellos fueran realmente estos especímenes. Ellos consideraban que la naturaleza animal estaba fuertemente sometida al poder de los espíritus; en tanto que, al contrario, había ocurrido una vez en la que el Espíritu Creador había condescendido a revelarse El mismo bajo la forma corporal de una paloma. Sus ideas concernientes a las influencias demoníacas locales como existentes en los oráculos e ídolos, condenados por la Escritura, confirmaban esta creencia. De

acuerdo a lo cual, tomaron literalmente pasajes como los que siguen a continuación usándolos como prueba corroborativa: "Mirad, Yo os he dado poder para pisotear serpientes y *escorpiones* y sobre todo el poder del enemigo". "Pueden manosear *serpientes* y si beben algo mortal, no les afectará". Tu adversario el demonio, como un *león* rugiente, anda a la búsqueda de alguien a quien devorar". "Yo vi tres espíritus inmundos, como *ranas*... son los espíritus de los demonios, signos patentes de ellos". Agreguen a esto la visión de Daniel de las cuatro bestias, y la descrip-

ción del Leviatán, en el libro de Job, que fue tomado como un espíritu maligno.

Además existe un terreno de profunda filosofía en el que podrían basarse estas nociones, las que parecen haber sido sostenidas por estos cristianos primitivos; por ejemplo, que las cosas visibles son los ejemplares y muestras de las cosas invisibles. Los cuatro elementos son, en cierto sentido, símbolos y señales de agentes espirituales, buenos o malos. Satán es llamado príncipe del aire. Sin embargo más misteriosa que la naturaleza inanimada es la familia de los animales irracionales cuyos miembros y órganos están gobernados por un principio desconocido que los motiva. Seguramente que no hay nada abstractamente absurdo en el hecho de considerar a ciertos desarrollos repugnantes de la naturaleza como muestras de la presencia del invisible autor de la maldad, tan pronto como admitimos que éste existe. Ciertamente el espectáculo de un animal de presa, con su ira maligna, crueldad salvaje, rabia implacable, malicia, astucia, mal humor, ansiedad, avidez brutal, vigor irresistible, cuyos rasgos no son un pecado en sí mismos, despiertan terribles y confusos pensamientos en una mente religiosa. Así una visión filosófica de la naturaleza puede considerarse, en los tiempos a que me refiero, como corroborando el método adoptado en la interpretación de la Escritura, durante estos mismos tiempos.

Pero además, la propia Escritura parecía, en el caso paralelo de los demoníacos, tornarse en su propio intérprete. Era notorio que en la época apostólica, los demonios tomaban de instrumento a los seres

humanos; ¿por qué, entonces, no hacer lo mismo con las bestias irracionales? La simple duda era si el estado de cosas en el siglo tercero era el mismo que en el primero. Y esto, afirmo, fue *asumido* afirmativamente por los cristianos primitivos, y verdaderamente, mereciendo o no ser jueces de esta duda, supongo que eran tan buenos jueces como pueden serlo los protestantes. El caso de los demoníacos debiera ser sopesado cuidadosamente, ya que sus sufrimientos a menudo parecen haber sido ni más ni menos que lo que ahora podría atribuirse, superficialmente, a enfermedades naturales, a ser curadas por medios medicinales. El demoníaco a quien los apóstoles no podían curar, tenía ciertos síntomas que, en otro, habrían sido llamados epilépticos. Y la mujer que permaneció encorvada sobre sí misma durante diez y ocho años, y fue curada por Cristo, se ha afirmado expresamente que tenía "un espíritu de enfermedad", "y haber sido" esclavizada por Satán. Si, entonces, lo que parece ser una enfermedad puede algunas veces ser muestra de una presencia y poder demoníacos, a pesar de admitir normalmente tratamiento médico, ¿por qué es una objeción a la conexión del mundo natural o animal con los espíritus, el hecho de que las leyes del mundo mineral o las peculiaridades de la naturaleza animal pueden ser sistematizadas por escrito y anticipadas y calculadas de acuerdo a nuestro conocimiento del sistema? La misma objeción existe o mejor dicho, es prueba en contra de una y otra forma de pensar. El mismo temperamento burlón que rechaza la enseñanza de la Iglesia, primitiva y moderna, sobre el poder de Satán, llamándolo "Pagano",

"Oriental" y otros nombres, ataca las inspiradas afirmaciones respecto a dicho poder, desechando las posesiones demoníacas como irreal, sosteniendo que Cristo y Sus Apóstoles hablaban así por comodidad y en el lenguaje de su época, cuando decían que Satán nos somete con enfermedades y plagas, y era "el príncipe del poder del aire".

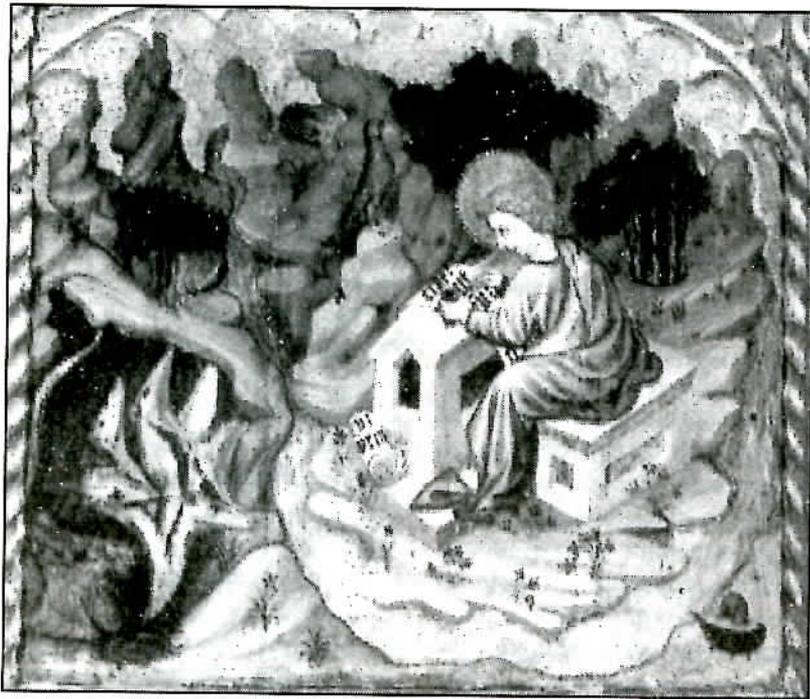
Los sueños son otro aspecto de nuestra forma de ser, por medio del cual, como nos informa la Escritura, actúa a veces lo sobrenatural; y en la misma forma general; no siempre o por reglas fijas, sino en virtud de ocasionales, pero reales, conexiones con los sueños.

VI

En general, entonces, me siento inducido a que, suponiendo que encontrara una narración como la de Antonio, de *la época de los Apóstoles*, ésta sería suficientemente concordante con las narraciones de la Escritura, como para hacer desaparecer de mi pensamiento todas las dificultades *preconcebidas* para creer en ella. Pero por otro lado, si el milagro de los cerdos hubiera ocurrido durante la vida de San Antonio, me aventuro a sostener que los hombres de esta época científica no suspenderían meramente el juicio o lo declararían improbable (lo que sí tendrían derecho a hacer) sino que, de inmediato y perentoriamente, lo juzgarían totalmente increíble y falso: de modo de hacer ver que

*"Hay más cosas entre el cielo
y la tierra, Horacio, que
las que sueñas en tu filosofía".*

No deseo jugar, ni argüir con sutileza en un tema muy pro-



San Juan en Patmos. Primitivo catalán. Museo Goya. Castres.

fundo. Esta tierra se había convertido en el reino de Satán; Nuestro Señor llegó para terminar su usurpación; pero Satán retrocedió paso a paso. La Iglesia de Cristo es tierra santa, pero afuera de ella está el reino de la obscuridad. Muchas personas serias piensan que los espíritus malignos tienen, aún hoy, extraordinarios poderes en tierras paganas, sin contar los restos de su antiguo dominio en países ahora cristianos. Hay extrañas historias que corren en poblaciones paganas, de brujos y cosas parecidas. Y más aún, ¡qué extrañas son las historias que desde países semipaganos y aun cristianos, han llegado a nuestro conocimiento! ¡Qué inexplicables para el que los percibe, son los ruidos repentinos, los pasos y los estruen-

dos que ha oído en lugares solitarios o en compañía de otros!

Considerando estas cosas, si yo fuera un cándido protestante, juzgaría así la vida de Antonio. Diría: "Puede que haya exaltación aquí, puede, a veces, haber exageraciones o conceptos errados, lo que, teniendo en cuenta lo sucedido, carecen de importancia. Y también puede ser verdad que aquel conflicto, iniciado por Nuestro Señor cuando El fue interrogado y atacado por Satán, fue continuado en la experiencia religiosa de Antonio, quien vivió no mucho tiempo después de El. Cuán lejos llegó la acción del espíritu maligno, hasta donde estuvo realmente presente en formas materiales, cuanto, por otra parte, era ensoñación o imaginación, poco tiene de importancia.

Veo sin embargo aquí la raíz de una gran verdad, y creo que son más sabios los que algo admiten, que los que niegan todo. Veo a Satán atemorizado ante las invasiones de la Iglesia en su reino; lo veo despojado por el ayuno y la oración, como fue predicho; lo veo retrocediendo paso a paso; y lo veo haciendo todo lo posible para resistir en cualquier forma. Ni tampoco hay nada incompatible con la doctrina cristiana, que una guerra tan frontal, con armas tan reales, sea llevada contra él; una guerra que no utiliza los usos ordinarios de la vida y la sociedad con respecto al sujeto material de ella y los instrumentos de que se vale. Aquel texto sobre el ayuno y la oración es el precepto que lo sanciona: Nuestro Salvador también, El mismo, estuvo cuarenta días en el desierto y San Pedro en Jappa y San Juan en Patmos, nos demuestran que los deberes de este mundo pueden ser providencialmente suspendidos por el Evangelio, y un intercambio directo con el más allá puede tener lugar para los cristianos".

Y si tanto es admitido, ciertamente no hay nada en la vida de Antonio que nos haga desconfiar de él personalmente. Su doctrina, por cierto era pura e intachable; su temple es elevado y celestial, sin cobardía, sin melancolía, sin formalismos y sin complacencia propia. La superstición es abyecta y degradante, está llena de sentimientos de culpa; desconfía de Dios y se espanta de los poderes del maligno. Antonio nada tiene de esto, por lo menos, al estar pleno de santa confianza, paz divina, alegría y valor, aunque sea (como algunos pueden juzgarlo) siempre un entusiasta. Pero sobre este tema, diré algo en el próximo capítulo.

ANTONIO EN CALMA

“La tierra que era desolada e intransitable se regocijará, y el desierto se alegrará y florecerá como el lirio. Y aquello que era tierra seca se tornará laguna, y la tierra sedienta en manantiales de agua”.

I

He dicho suficiente sobre la historia de San Antonio; permitidme ahora presentar su carácter al lector, lo que haré de la mejor manera, presentándole algunos pasajes de su vida, inconexos entre sí, tal como ocurren en el transcurso de ella.

Es notable que sus tentativas de curar enfermedades no fueran siempre exitosas; debido a que sus oraciones eran *empíricas* y no, como en el caso de los Apóstoles, inspiradas por el propio Poder que estaba por revelarse El mismo, milagrosamente. Por supuesto había entonces en la Iglesia, como en todas las épocas, dones extraordinarios, pero fueron diferentes de aquellos poderes peculiares que atribuimos a los Apóstoles, como ministros directos de la Revelación.

“El se unió en sentimientos y oraciones con aquellos que sufrían”, dice Atanasio, “y a menudo, y en muchos casos, el Señor lo oía. Cuando era así, no se enorgullecía; cuando no tenía éxito, no protestaba; en todas las circunstancias le daba gracias él mismo al Señor, y exhortaba a los sufrientes a ser pacientes, y a estar seguros de que su cura no dependía de su poder personal, o de algún otro hombre, sino sólo de Dios,

que actúa cuando quiere y con quien quiere. Los pacientes, en consecuencia, aceptaban aun las palabras del anciano como si fueran medicinas, aprendiendo a no despreciar estos medios, sino a ser pacientes, mientras que aquellos que quedaban curados eran enseñados a no dar gracias a Antonio sino sólo a Dios” (ç 56).

Este pasaje merece atención también, al mostrar el sencillo carácter de la narración. Las historias supersticiosas y fabulosas no son suficientemente cándidas para admitir los fracasos que ellas contienen. La que sigue tiene el mismo propósito de mostrar que éste no era el caso de Antonio. Se le pidió que permitiera a una parálitica y a sus padres, que lo visitaran con la esperanza de curarse, y él rehusó, razonando que si la vida de ella iba a ser preservada, sus oraciones, sus oraciones personales podrían ser eficaces, sin necesidad de la intervención de él.

«Volved,—contestó humildemente,—y a menos de estar ya muerta, la encontraréis curada. Este feliz suceso no se debe a mí, al hecho de venir a mí, un hombre humilde, para obtenerlo; sino que la curación se debe al Señor, el que ofrece compasión en todas partes, a aquellos que lo invocan a El. El Señor ha sido misericordioso por las oraciones de ella; a mí solo me ha sido revelado, por su bondad amorosa, que El la curará donde yace». (ç 58).

Antonio sostenía que la fe tenía influencia sobre Dios para cualquier cosa; y le deleitaba contrastar este privilegio de ejercer la fe, con el mezquino grado de conocimiento que es todo lo que la vista y la razón nos ofrece como máximo. Parecía que él sentía que había un espíritu divino y un poder en la

Cristiandad que resultaba irresistible el confiarlo a las mentes vigorosas y sinceras, el que penetraba los corazones con la misma convicción que conlleva cualquier precepto de alta moral, dejando a un lado toda argumentación, como relativamente inútil, excepto como medio de investigar por curiosidad los motivos y las razones necesarias para satisfacer al filósofo analista. Y entonces, al actuar la fe, se convertía en el instrumento para obtener el conocimiento de verdades que la razón sólo podía anunciar flojamente, o tal vez ni siquiera imaginar.

“Algunos filósofos vinieron a discutir con él, y él les dice:

«Ya que vosotros preferís insistir en la búsqueda de razones demostrativas, y, al ser diestros en esta ciencia, nos instáis a nosotros que nos abstengamos de adorar a Dios sin tener un argumento demostrativo. Decidme primero, ¿cómo es la noción de las cosas en general y especialmente las religiosas, asegurada en su conocimiento total? ¿Es por demostración de argumentos lógicos o por el poder de eficacia operativa de la fe? ¿y cuál de los dos métodos emplearías primero?». Ellos dijeron: «la Fe, dado que se trata de un conocimiento absoluto». Entonces Antonio contestó: «Bien dicho, porque la fe resulta de una disposición del alma, pero la dialéctica proviene del saber científico del disputante. Aquellos entonces, que poseen el poder operativo de la fe pueden reemplazar a los otros, ya que no están entorpecidos por razonamientos demostrativos; porque a aquello que podemos percibir por la fe, vosotros estáis recién tratando de llegar por razonamiento y a veces ni podéis expresar lo que vislumbráis. La fe, entonces, la efectiva, es mejor y más

segura que vuestros sutiles silogismos» (ç 77).

Y nuevamente:

“En lugar de demostrar con los persuasivos argumentos de la sabiduría gentil, como dice nuestro Maestro, nosotros convencemos por la fe, que vívidamente se anticipa a un procedimiento argumentativo”. (ç 80).

“Después de curar a algunos demoníacos con la señal de la cruz, agrega: «¿Por qué os admiráis por esto? No somos nosotros quienes lo hacemos, sino Cristo, por medio de aquéllos que creen en El. Creed vosotros también y veréis que nuestra religión se apoya no en algún razonamiento científico, sino en la fe, que se manifiesta a través del amor a Jesucristo; que si la lográis, vosotros también dejaríais de buscar demostraciones extraídas de razonamientos, y creeríais que la fe en Cristo, es totalmente suficiente»” (Ibid).

Antonio, como ya hemos visto, está lejos de jactarse por sus logros espirituales:

“No está bien glorificarse por echar los demonios, ni por curar enfermedades, ni enaltecer demasiado a quien los echa, y menospreciar a quien no puede hacerlo. Al contrario, estudiad la vida ascética de éste y aquel hombre, o imitadla y emuladla o mejoradla. Porque el hacer milagros no es cosa nuestra, sino del Señor; por lo que El dijo a sus Discípulos: «No os regocijéis porque los espíritus estén sometidos a vosotros... etc.» A aquellos que confían, no en la santidad sino en los milagros y dicen: «Señor, ¿no echamos a los demonios en tu nombre?». El contesta: «Nunca os he conocido, porque el Señor no reconoce la obra de los impíos». En conclusión, entonces, debemos rogar para tener el don de

distinguir ente los diferentes espíritus para que, como está escrito, no creamos en cualquier espíritu”. (ç 38).

En la misma forma disuade a sus oyentes de buscar el don de la profecía; con lo cual difiere notablemente de los ascetas paganos, tales como los neo-platónicos, quienes consideraban que un conocimiento de los principios secretos de la naturaleza era la gran recompensa por su austeridad.

“¿Qué objeto tiene el oír de antemano, predicho por los malignos, lo que vendrá?. O ¿por qué desear este conocimiento, aunque fuese cierto? Esto no nos hace mejores personas; ni es en absoluto una señal de excelencia religiosa. ninguno de nosotros es juzgado por lo que no sabe, ni tenido por feliz por su ilustración o sus conocimientos; pero en ambos casos, la cuestión es ésta, ¿ha mantenido o no su fe y obedecido honestamente los mandamientos? Por lo que no debemos considerar a la ilustración o al saber como grandes cosas, ni vivir ascéticamente para obtenerlas, por ejemplo para conocer el futuro; sino para agradar a Dios con un buen diálogo. Pero si estamos totalmente ansiosos para prever lo que vendrá, es necesario ser puros en nuestras mentes. Ciertamente creo que aquella alma que es pura enteramente y entronizada en su naturaleza más sublime, adquiere una visión tan aguda que es capaz de ver más cosas y más allá que los demonios, al tener a Dios, que se los revela. Así fue el alma de Eliseo, que atestiguó la conducta de Giezi y discernió los ángeles celestiales que estaban presentes.” (ç 34).

II

Estos extractos nos han pro- visto, incidentalmente la evidencia

de la calma y aún podría decir, de la serenidad del criterio de Antonio, dejando de lado la cuestión sobre la veracidad de los principios y hechos de los que parte. Sé que un opositor aduciría que ésta es precisamente la verdadera peculiaridad de las aberraciones del intelecto, el razonar correctamente partiendo de premisas falsas; y que Antonio en nada difería de muchos hombres de hoy, a quienes consideramos incapaces de cuidarse a sí mismos. Sin embargo, seguramente, cuando examinamos la evidencia sobre la divina misión de los Apóstoles, pensamos que es permisible señalar su buen sentido y serenidad, a pesar de que ellos se apoyaban en premisas, al igual que Antonio. Y considerando cuán extravagante y caprichosa es la conducta de los visionarios, cómo varían sus principios, qué groseros son sus costumbres, qué inconstantes sus principios, constituye ciertamente una alabanza para nuestro solitario, el encontrarlo tan serio, varonil, considerado y refinado, o hablando familiarmente, tan señor, en el verdadero sentido de la palabra. Vemos algo de esto en el relato que Atanasio nos hace sobre su apariencia personal después de veinte años de reclusión, la que nada tenía del esquelético personaje o la rara expresión de quien se ha lanzado fuera de la sociedad de sus congéneres. Me veo obligado a hacer un largo extracto, si empiezo; y sin embargo no puedo evitar tener la esperanza que sea del agrado del lector.

“Había ya pasado casi veinte años ejercitándose espiritualmente a sí mismo en soledad, sin salir afuera ni ser visto en ningún momento por nadie. Pero para esta época, al existir muchos que ansiaban

copiar su vida ascética y conocidos que llegaban violentando y hundiendo la puerta, Antonio apareció como saliendo de un santuario, perfecto en sus misterios y animado por Dios. Esta fue su primera aparición afuera de su encierro, y aquellos que vinieron a verlo, quedaron sorprendidos del poco cambio que había tenido su apariencia, al no llevar un hábito completo, como si no se hubiera mortificado, ni la figura encorvada que resulta de los ayunos y conflictos con los malignos. Era el mismo que habían conocido antes de su retiro. Su mente también estaba serena, no encogida por la tristeza ni floja por la indulgencia, ni alegre en exceso ni melancólica. No mostró confusión ante la visión de la multitud, ni engrimiento ante sus respetuosos saludos. El Señor le dio la gracia de la palabra, de modo que reconfortó a muchos que estaban entristecidos y reconcilió a los desavenidos, aconsejando en cada caso no emprender nada en este mundo antes de dar el amor a Cristo. Y mientras conversaba con la gente, exhortándolo a recordar la gloria que vendrá y la bondad amorosa de Dios para con nosotros los hombres al no perdonar a Su propio Hijo, renunciando a El por nosotros, persuadió a muchos a elegir la vida monacal. Y desde ese momento se levantaron monasterios en los montes, y el desierto se convirtió en ciudad, por los monjes que abandonaron todo lo suyo, alistándose en la ciudadanía celestial".

Su biógrafo continúa recordando una de sus alocuciones. Fue dicha en lengua egipcia, y es como sigue:

"La Escritura Sagrada es suficiente para enseñar, sin embargo es conveniente exhortarnos uno al otro en la fe, y renovarnos uno al otro con

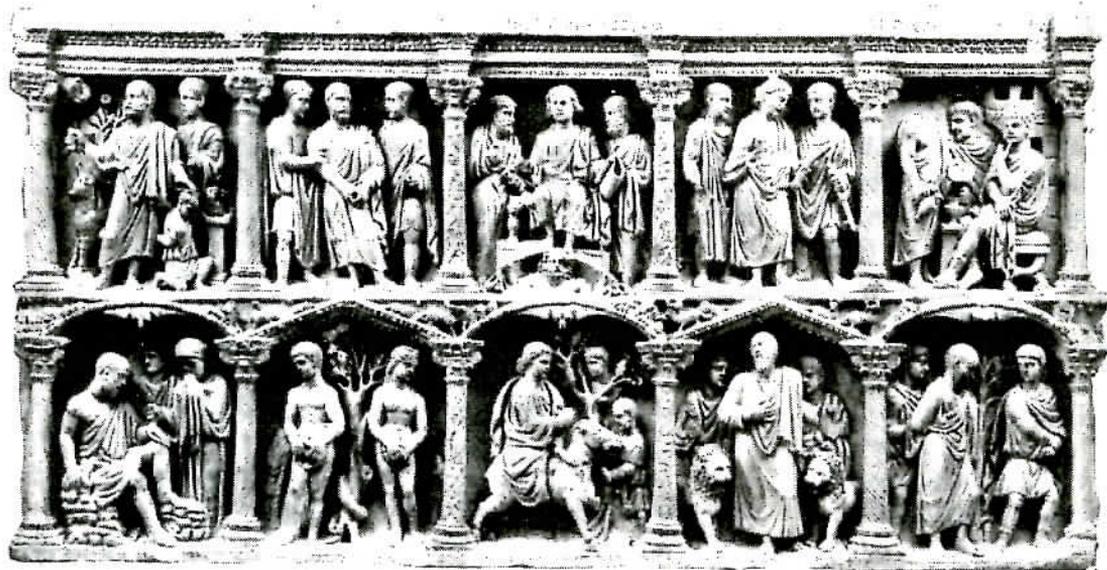
nuestros dichos. Vosotros entonces, como niños, traed aquí a vuestro padre todo lo que hayáis aprendido; y yo a mi vez os comunicaré lo que he aprendido. hace que esto sea predominantemente el propósito común para cada uno de vosotros, no aflojar una vez que hayáis empezado, no desmayar en vuestro propósito, no decir «ya hemos estado demasiado tiempo en estos ejercicios espirituales». Sino como si día tras día estuviéramos empezando por primera vez, dejad que vuestro celo crezca; porque aún toda la vida humana es muy corta comparada con la eternidad, o más bien es nada. Y cada cosa en este mundo tiene su precio, y no consigues más que un equivalente por lo que has dado; sin embargo la promesa de la vida eterna es comprada por una bagatela. «Los años de nuestra vida son tres veintenas y diez años» como dice la Escritura, «y a lo más pueden ser cuatro veintenas»; sin embargo, si persistimos en nuestros ejercicios espirituales todas las cuatro veintenas, o por cien años, esto no será la medida de nuestro reinado en la gloria. En lugar de cien años reinariamos por siglos y siglos, no en esta mísera tierra sobre la que sostenemos nuestra lucha, sino que nuestra tierra prometida está en el Cielo. Perdemos un cuerpo corruptible pero lo recibimos de vuelta incorruptible.

Por consiguiente, hijos míos, no nos cansemos, ni pensemos que hemos estado batallando por mucho tiempo, o que estamos haciendo una gran hazaña; ya que nuestros sufrimientos de hoy no pueden compararse con la gloria que nos será revelada en nosotros. No nos fijemos en lo mundano o pensemos que hemos hecho grandes sacrificios, porque aún la tierra entera no es sino un punto, comparada con toda la

extensión del cielo. Si hubiéramos poseído todo y todo hubiésemos abandonado, esto es nada comparado con el reino del cielo. No es más que como un hombre que finge despreciar una moneda de cobre, para ganar cien de oro; así, aquél que es dueño de toda la tierra, y se despide de ella, sólo da muy poco y gana cien veces más. ¿Pero si toda la tierra es tan pequeña, qué significa dejar unos pocos acres? ¿o una casa? ¿o un montón de oro? Por cierto que no debemos jactarnos o desanimarnos por tal sacrificio. Si no abandonamos estas cosas por la virtud, al morir las dejamos y a menudo a alguien que no deseáramos, como dice el Eclesiastés. ¿Qué clase de beneficio constituye el adquirir lo que no podemos llevar con nosotros? Bien distintos son la prudencia, justicia, templanza, fortaleza, comprensión, caridad, amor a los pobres, fe en Cristo, mansedumbre, hospitalidad: obtengamos todo esto y lo hallaremos ante nosotros, disponiendo una morada para nosotros en el reino de los humildes".

Después de recordar a sus hermanos en Cristo que tienen el Señor para acompañarlos en su esfuerzo, y que ellos deben obedecer las reglas de los Apóstoles de estar dispuestos a morir diariamente, levantándose al amanecer, pensando que no vivirán hasta el atardecer y acostándose creyendo que no levantarán más "siendo la vida de naturaleza incierta, repartida por la Providencia de día en día", continúa:

"Por lo tanto, habiéndonos embarcado en el sendero de la virtud, extendámonos hacia lo que está adelante. No os alarméis cuando oigáis hablar de la virtud, ni os sintáis extraños a ella, porque no está lejos de nosotros, no está fuera nuestro; la



Sarcófagos cristianos. Siglo IV

tarea está dentro nuestro, y es fácil si tenemos voluntad. Los griegos viajan allende los mares para adquirir conocimientos, nosotros no necesitamos viajar para tener el reino de los cielos o cruzar el mar en pos de la virtud. Cristo nos anticipa el reino de los cielos (El dice) está dentro de ti; la virtud sólo necesita de la voluntad.

Tenemos enemigos capaces y sutiles, los espíritus malignos; con estos debemos batallar, como dice el Apóstol. Es necesaria mucha oración y autodisciplina para adquirir, merced al Espíritu Santo, el don de poder diferenciar entre los distintos espíritus, para descubrir su naturaleza, por ejemplo, cuáles de ellos son menos negligentes y cuáles más, qué designio tiene y cómo se disfraza

cada uno y cómo puede ser derribado y echado. Cuando el Señor vino a la tierra, el enemigo cayó, y su poder se debilitó, derriéndose; por lo que, al ser un tirano sin poder, no se aquieta, a pesar de su caída, sino que amenaza, ya que no puede hacer otra cosa. Que cada uno de vosotros tenga esto en cuenta y podrá burlarse de los espíritus malignos. Observa, estamos todos reunidos aquí y hablamos en contra de ellos, y ellos saben que, a medida que nosotros progreseemos, ellos se debilitarán. Entonces si tuvieran el poder, no permitirían que viviéramos ninguno de nosotros cristianos; si tuvieran poder no se acercarían con estruendos, o nos mostrarían fantasmas, o cambiarían sus formas para llevar a cabo sus planes;

uno solo de ellos bastaría, si viniese, para realizar todo aquello que puede y desea hacer. Aquellos que tienen poder no lo exhiben para matar al otro, ni alarman con ruidos, sino que lo utilizan para llevar a cabo de inmediato su propósito. Pero los espíritus malignos, al no poder hacer nada, son sólo actores en una comedia, cambiando sus apariencias y asustando niños con su tumulto y sus artificios; mientras que el verdadero Angel del Señor, enviado por El contra los Asirios, no necesitó del tumulto, apariencias, ruidos o alborotos, sino que, en el sereno ejercicio de su poder, mató de un golpe a ciento ochenta y cinco mil de ellos. Mas los demonios no tienen poder ni siquiera sobre los cerdos; mucho menos sobre el hom-

bre, hecho a imagen e Dios" (çç 14-29).

III

¿Qué puede ser más calmo, más valiente, más noble que su comportamiento en este episodio? Llamen a su vida una novela, si les parece bien; sin embargo digo, por lo menos, tenemos en esta narración, al ideal de un monje, de acuerdo a las enseñanzas del siglo cuarto. No puede decirse que Antonio era un salvaje que se atormentaba a sí mismo, un ostentoso derviche, que necesitaba de la pomposidad o afectación o necesidad de astucia o hipocresía.

De acuerdo a la descripción de Atanasio, quien lo conocía personalmente:

"Su apariencia tenía una grande y extraordinaria belleza. Esto era una gracia del Salvador; por la que, si estaba en compañía de varios monjes, y un extraño quería verlo, una vez llegado al grupo, pasaría frente a todos y correría hacia Antonio, como atraído por su figura. No porque fuese más alto o más grande que otros; sino que había una peculiar serenidad en su comportamiento y pureza de alma en él. Por lo que al ser sosegado en su alma, todas las manifestaciones externas de sus sentimientos estaban libres de perturbaciones también; de modo que la alegría de su alma, hacía placentera a su cara, y de los ademanes de su cuerpo, se traslucía la serenidad de su alma, de acuerdo al texto, «un corazón engendra un semblante alegre, pero el pesar en la mente, derrumba el espíritu». Es así como Jacobo descubrió la traición de Laban, y dijo a sus esposas: «Yo veo el semblante de su padre, que no es hoy para mí como lo fue ayer». Así también Samuel descubrió a

David, porque tenía ojos radiantes y dientes blancos como la leche. De la misma forma uno podía reconocer a Antonio, porque nunca se mostraba inquieto, al tener su alma en una calma profunda, nunca cambiaba de semblante, por su alegría interior" (ç 67).

Sus propias palabras designan una de las causas de esta tranquilidad. El dice:

"La visión que nos dan a nosotros los santos no es tumultuosa; «El no deberá disputar ni vociferar, ni nadie oír sus voces». Viene tan callada y suavemente, que el alma de inmediato, se llena de placer, exaltación y confianza, sabiendo que el Señor está con ellos, lo que es nuestra alegría, y el poder de Dios Padre. Y sus pensamientos están libres del tumulto y la tempestad; de tal modo que, estando ella misma totalmente iluminada, es capaz por sí misma, de contemplar los seres que aparecen enfrente a ella. Un deseo de cosas divinas y futuras toma posesión de ella, hasta desear juntarse totalmente con éstas, y departir con ellas. Y más, si hubiera alguien que, por defecto humano, tema la visión de estas cosas buenas, estas visiones alejan su temor enseguida, por su amor, como hizo Gabriel con Zacarías, y el ángel de la tumba divina con las mujeres, y aquel otro que dijo a los pastores del Evangelio: «No temáis». " (ç 35).

Tales sentimientos, hermosos como son, podrían, en otro, atribuirse a mero misticismo; pero no en el caso de Antonio, teniendo en cuenta su constante vocación y práctica de abstención y virtud efectiva, y el llano y sencillo sentido práctico de sus exhortaciones. El tomó una parte muy activa en las controversias religiosas de su época, reverenciando las autoridades

de la Iglesia y oponiéndose tenazmente a ambos, los cismáticos melecianos y los arrianos. Lo que sigue es un relato de otra de sus entrevistas con filósofos paganos. Estos vinieron con la esperanza de burlarse de su ignorancia en literatura:

"Antonio les dijo: «¿Qué decís vosotros? Qué viene primero, la mente o la literatura? ¿y cuál da origen a cuál, la mente a la literatura o la literatura a la mente?» Cuando contestaron que la mente es anterior e inventó a la literatura, Antonio respondió: «Aquél, entonces, cuya mente es sana, no necesita de la literatura». Esta respuesta sorprendió a todos los presentes, tanto como a los filósofos. Y estos se retiraron azorados de que un hombre ineducado pudiera exhibir tal comprensión. Porque, verdaderamente, él no tenía nada de salvajismo de quien ha vivido y envejecido en las montañas, sino que era educado en su conducta, y un hombre de mundo". (ç 73)

Algunas veces se ha objetado que los biógrafos de los santos tienen fallas en cuanto a la dignidad con que tratan los milagros que describen en sus relatos. No estoy aquí llamado a tener en cuenta la validez de esta objeción; pero Antonio, por lo menos, está libre de este defecto; si sus milagros y sus visiones fuesen atribuidos a San Pedro o a San Pablo, me imagino que no hubieran sido cuestionados, al ser presupuesta su evidencia. Por ejemplo:

"Una vez, cuando estaba por ir a comer, al detenerse a orar, alrededor de la hora nona, sintió que era transportado en espíritu y, difícil de explicar, se vio a sí mismo, como fuera de su cuerpo, mientras permanecía mirando y era llevado en el aire por ciertos seres. Enseguida vio algunas

odiosas y terribles figuras, detenidas en el aire, obstruyendo el camino para impedir que pasara. Sus conductores resistieron pero los otros preguntaron si él sería imputable de pecados. Pero al empezar a indagar desde su nacimiento, sus conductores los interrumpieron diciendo: «El Señor ha borrado todos sus primeros pecados; pero un recuento puede hacerse legalmente a partir del día que se hizo monje, y se entregó a Dios». Sus acusadores empezaron entonces; pero al no poder probar nada el camino se aclaró y quedó abierto. Inmediatamente se encontró de vuelta, como quien dice, en sí mismo, formando consigo un Antonio como antes. Entonces, olvidando su comida, quedó el resto de ese día y toda la noche siguiente, gimiendo y rezando, porque se sentía atónito al descubrir contra cuántos tenemos que pelear, qué esfuerzo nos cuesta pasar por los aires hacia el cielo. el recordó que esto era lo que había dicho el Apóstol, «el príncipe del poder de este aire», y su especial exhortación al respecto, «poneos la panoplia de Dios para ser capaces de resistir en el día el maldito». cuando nosotros lo vimos, recordamos las palabras del Apóstol, «Y ya sea en el cuerpo, o fuera del cuerpo, yo nada sé; dios sabe»». (c 65).

Y nuevamente:

«Antonio tuvo una discusión con algunas personas que habían venido a él, sobre el tránsito del alma, y la morada que le era asignada. En la noche siguiente, alguien lo llama desde lo alto, con estas palabras: «Antonio, levántate, ve adelante y mira». En conformidad, se adelantó, sabiendo a quien debía obedecer y, mirando hacia arriba, vio algo enorme, disforme y horrible, estirándose hasta las nubes y a seres ascendiendo como con alas. Al algunos de estos los detenía con sus manos, mientras que otros volaban, dejándolo de lado, y seguían

hacia arriba, sin otra dificultad. En estos casos, el monstruo rechinaba sus dientes; gozando, al contrario, con los que derribaba. Inmediatamente Antonio oyó una voz diciendo, «Mira y comprende». Y su mente se abrió y comprendió que él había visto el tránsito de las almas, y el enemigo envidioso de los creyentes, agarrando y deteniendo a aquellos sobre los que tenía alguna ventaja, pero frustrado en sus tentativas contra aquellos que no lo obedecían. Después de esta visión, tomándola como una advertencia, hizo esfuerzos aún más tenaces para mejorar diariamente». (c 66).

Una vez más:

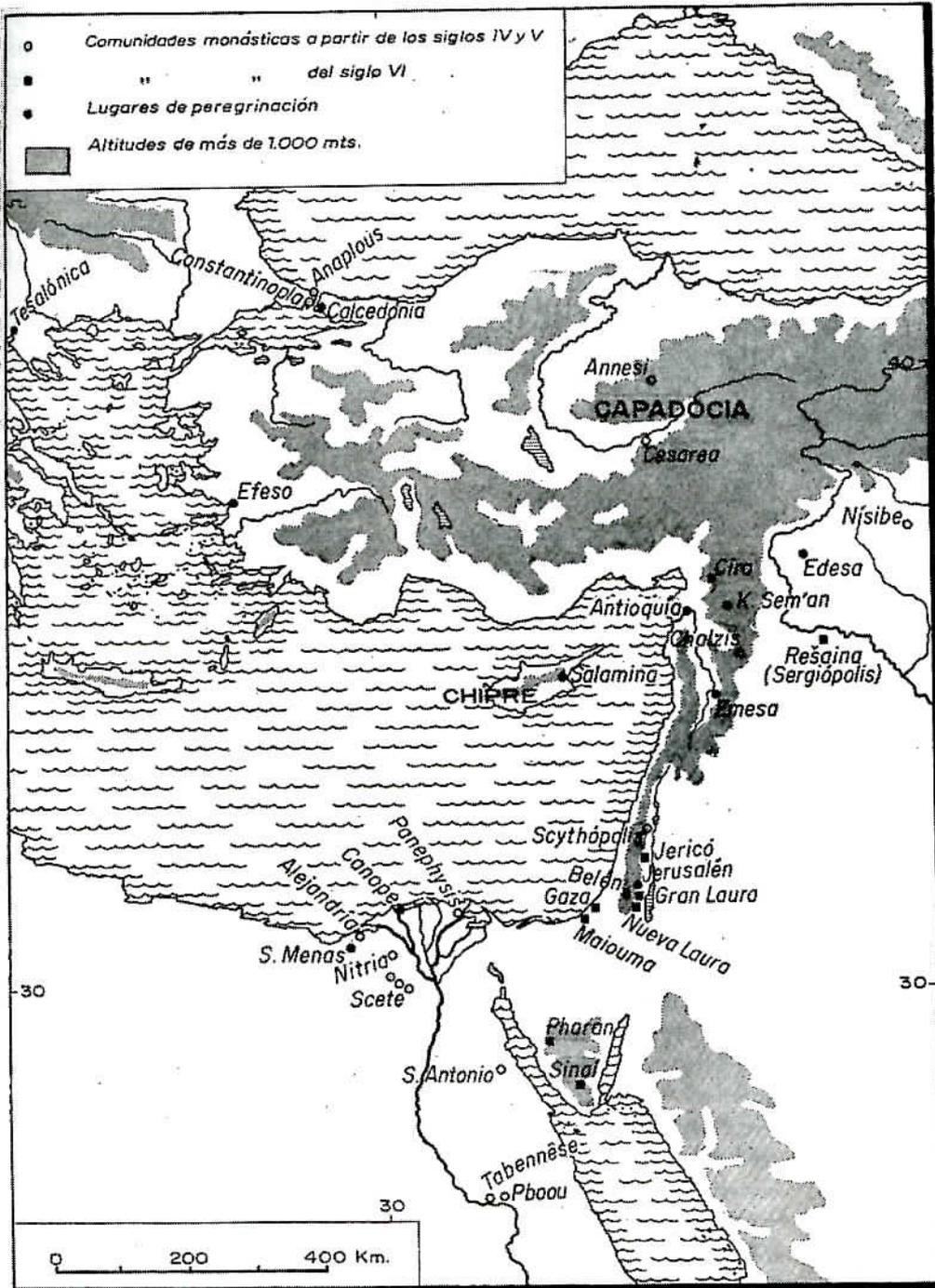
«Cierta vez, cuando estaba sentado y trabajando cayó en trance, y gimió mucho ante la visión que contempló. al rato, se volvió hacia los que gemían con él, y rezó temblando mucho, permaneciendo un largo tiempo arrodillado. cuando al fin se levantó, el anciano comenzó a llorar. Sus amigos, temblando y muy alarmados, le rogaron les dijera de lo que se trataba y lo urgieron hasta que lo forzaron a informar. «¡Oh, hijos míos! dijo al fin, con un suspiro, mejor sería morir antes que esta visión se cumpla». Al ser presionado por ellos, continuó con lágrimas en los ojos, «la ira se va a apoderar de la Iglesia, la que será entregada a hombres que parecen brutos irracionales. Porque vi al altar de la casa del Señor cercado por mulas que estaban coceando con sus cascos a todo lo que tenían a su alcance, como lo hacen las bestias salvajes. Veis ahora por qué gemía tanto; porque oí una voz diciendo: 'Mi altar va a ser violado'. Esto vio el anciano; dos años después tuvieron lugar los asaltos de los arrianos, cuando saquearon las iglesias y entregaron los vasos sagrados para que los llevaran los paganos, y obligaron

a éstos a concurrir, dejando sus talleres, a sus reuniones religiosas, y en su presencia lanzar soeces insultos al altar del Señor». (c 82).

IV

Al fin llegó la hora de morir para Antonio; y él y sus monjes hicieron sus preparativos respectivos. La narración continúa así:

«Los hermanos le urgían que permaneciera con ellos, y ahí terminar su trayectoria, pero él no quería ni oír sobre esto, porque, además de otras razones, que eran evidentes, aún sin que él las mencionara, les preocupaba especialmente la costumbre que tenían los egipcios con respecto a los muertos. Ya que los cuerpos de la gente buena, especialmente los santos mártires, acostumbraban a envolverlos en géneros de hilo; y en lugar de enterrarlos, los colocaban en ataúdes, guardándolos en sus casas, creyendo así honrar a los que habían partido. Antonio había tratado este tema aun con los obispos, rogándoles que amonestaran a sus feligresías; y había insistido ante los laicos, y había reprendido a las mujeres, diciendo que la práctica no era concordante con la enseñanza recibida, ni en nada con la religión. «Los cuerpos de los patriarcas y profetas, están conservados hasta hoy en sepulcros; y el cuerpo mismo del Señor fue colocado en un sepulcro, y una piedra en la entrada lo guardó escondido hasta que El se levantó al tercer día.». Con estos argumentos, demostró el error de no enterrar a los muertos, por más santos que fuesen; porque, «¿qué puede ser más precioso o sagrado que el cuerpo del Señor?». Y persuadió a muchos que enterraran en el futuro, dando gracias al Señor por haber recibido tan buena enseñanza».



Esta era una cuestión de disciplina y discreción, con la cual la costumbre de la Iglesia puede variar en diferentes épocas; pero que no nos concierne aquí; prosigamos:

"Antonio, entonces, sabedor de

esto, y temeroso que lo mismo se hiciera con su cuerpo, diciendo adiós a los monjes de los montes exteriores, se apresuró a internarse en los montes centrales, donde vivía normalmente, y después de unos meses cayó

enfermo. Entonces, llamando a dos que habían vivido con él, como ascetas, y asistido durante quince años, por su avanzada edad, les dijo: «Yo, como está escrito, iré por el camino de mis padres; porque siento que

estoy llamado por el Señor. Vosotros, entonces, permaneced serenos y no perdáis la recompensa de vuestro largo ascetismo; pero, al igual que aquellos que recién empiezan, sed diligentes y manteneos firmes en vuestra seriedad. Vosotros conocéis a los ataques del espíritu maligno, qué feroces son, pero cuán impotentes. No los temáis; mejor respirad el espíritu de Cristo, y creed en Él por siempre. Vivid como si muriérais diariamente; cuidad de vosotros mismos y recordad las amonestaciones que habéis oído. No tengáis compañerismo con los cismáticos y nada que ver con los heréticos arrianos. Sed diligente en acercaros primero al Señor, luego a los Santos, quienes después de morir, pueden recibirnos como amigos íntimos en las moradas eternas. Estos deben ser vuestros pensamientos, éste vuestro espíritu; y si tenéis algún sentimiento por mí, recordadme como a un padre. No dejéis que lleven mi cuerpo a Egipto, para que no lo guarden en sus casas. Una de mis razones para venir a estos montes fue para impedirlo. Vosotros sabéis que siempre he reprochado a quienes lo han hecho y conminado a que cesen en esta costumbre. Enterrad, entonces, mi cuerpo en la tierra, obedeciendo mis palabras, de tal modo que nadie pueda saber el lugar, excepto vosotros. En la resurrección de los muertos, me será devuelto incorruptible por el Salvador. Distribuid mis ropas como digo a continuación: Dejad que Atanasio, el obispo, reciba el cuero de oveja y la prenda sobre la que duermo, que él me regaló nueva, y que ha envejecido conmigo. Permitted que Serapio, el obispo, tenga el otro cuero de oveja. En cuanto a la camisa de crin, guardadla vosotros. Y ahora, hijos míos, adiós; ¡Antonio se va y no estará más con

vosotros!»”.

“Después de estas palabras, lo besaron, y luego se relajó y pareció que veía a amigos que venían a él, pareciendo sentirse muy animado por lo que veía (a juzgar por lo alegre de su expresión cuando yacía), y así lanzó su último suspiro, y se reunió con sus padres. Sus acompañantes, tal cual como él lo había pedido, envolvieron su cuerpo, y lo enterraron, y nadie sabe hasta hoy donde yace, excepto estos dos. Con respecto a los dos amigos a quienes les fuera legado un cuero de oveja por cabeza del bendito Antonio y su vestimenta andrajosa, ambos conservan todo como un gran tesoro y cuando cada uno lo mira, cree que está viendo a Antonio; y cuando se lo pone, es como si estuviera llevando a cabo sus instrucciones con alegría”. (cc 90,92).

Así fue, en la vida y la muerte el primer fundador del sistema monástico; y su ejemplo, tanto como visto, y mucho más por la narración de su biógrafo fue como un fuego encendido en la Cristianidad, al que “muchas aguas no pudieron apagar”. Esto no significa que yo defendería cualquier forma de religión popular, considerando que su popularidad implica alguna condescendencia con la debilidad de la naturaleza humana; sin embargo, si debo elegir entre las doctrinas en boga de una y otra época, ciertamente voy a preferir aquella que requiere abnegación e implica valor y desprecio de lo mundano, a alguna de las religiones apreciadas ahora, que le roban a la fe toda su substancia, su gracia, su nobleza y su fuerza, y excusan su indulgencia propia, con los argumentos del orgullo espiritual, confianza propia y seguridad; que, en resumen, fincan su orgullo en que son más conforta-

bles que aquel antiguo credo, el cual, a la par que con alegría, induce a los hombres a golpearse el pecho continuamente y a orar por el perdón, y a anhelar el día del juicio, como un acontecimiento que les va a ocurrir a ellos, individualmente.

La siguiente es la narración de Atanasio del efecto producido por Antonio en Egipto, aun durante su vida; y, tal vez, durante ésta no fue sólo en su principio, sino también en su plenitud. Porque todas las cosas humanas tienden a dejar de ser, y el primer ardor del celo y el amor son lo más maravilloso. Sin embargo cuando su gloria primera había empalidecido, el hogar monástico fue siempre, como ahora, el refugio de los penitentes y la escuela de los santos. Pero oigamos a Atanasio:

“En medio de los montes había monasterios, como tabernáculos llenos de coros divinos, cánticos, estudios, ayunos, oraciones, regocijos en la esperanza de cosas futuras, y esfuerzos para obtener limosnas, teniendo amor y armonía uno para el otro. Y verdaderamente le era dado a uno el ver ahí un lugar peculiar de piedad y rectitud. No habían ofensores ni enjuiciados, ni protestas contra el recaudador de impuestos, sino una multitud de ascetas, cuyo único sentimiento era la santidad. De modo que un extraño, al ver los monasterios y su orden, hubiera estado inducido a exclamar: «¡Qué bellas son vuestras moradas, Oh Jacobo, y vuestros tabernáculos, Oh Israel!; como sombreadas arboledas, como un jardín junto al río, como tiendas erigidas por el Señor, y como cedros al borde del agua». (c 44).

Traducción
Armando Jolly Silveyra

THE GREEK FATHERS

*Let heathen sing thy heathen praise,
Fall'n Greece! the tohught of holier days
 In my sad heart abides;
For sons of thine in Truth's first hour
Were tongues and weapons of His power
Born of the Spirit's fiery shower,
 Our fathers and our guides.*

*All thine is Clement's varied page;
And Dionysius, ruler sage,
 In days of doubt and pain;
And Origen with eagle eye;
And saintly Basil's purpose high
To smite imperial heresy,
 And cleanse the Altar's stain.*

*From thee the glorious preacher came,
With soul of zeal and lips of flame,
 A court's stem martyr-guest;
And thine, O inexahustive race!
Was Nazianzen's heaven-taught grace;
And royal-hearted Athanase,
 With Paul's own mantle best.*

Diciembre 28, 1832

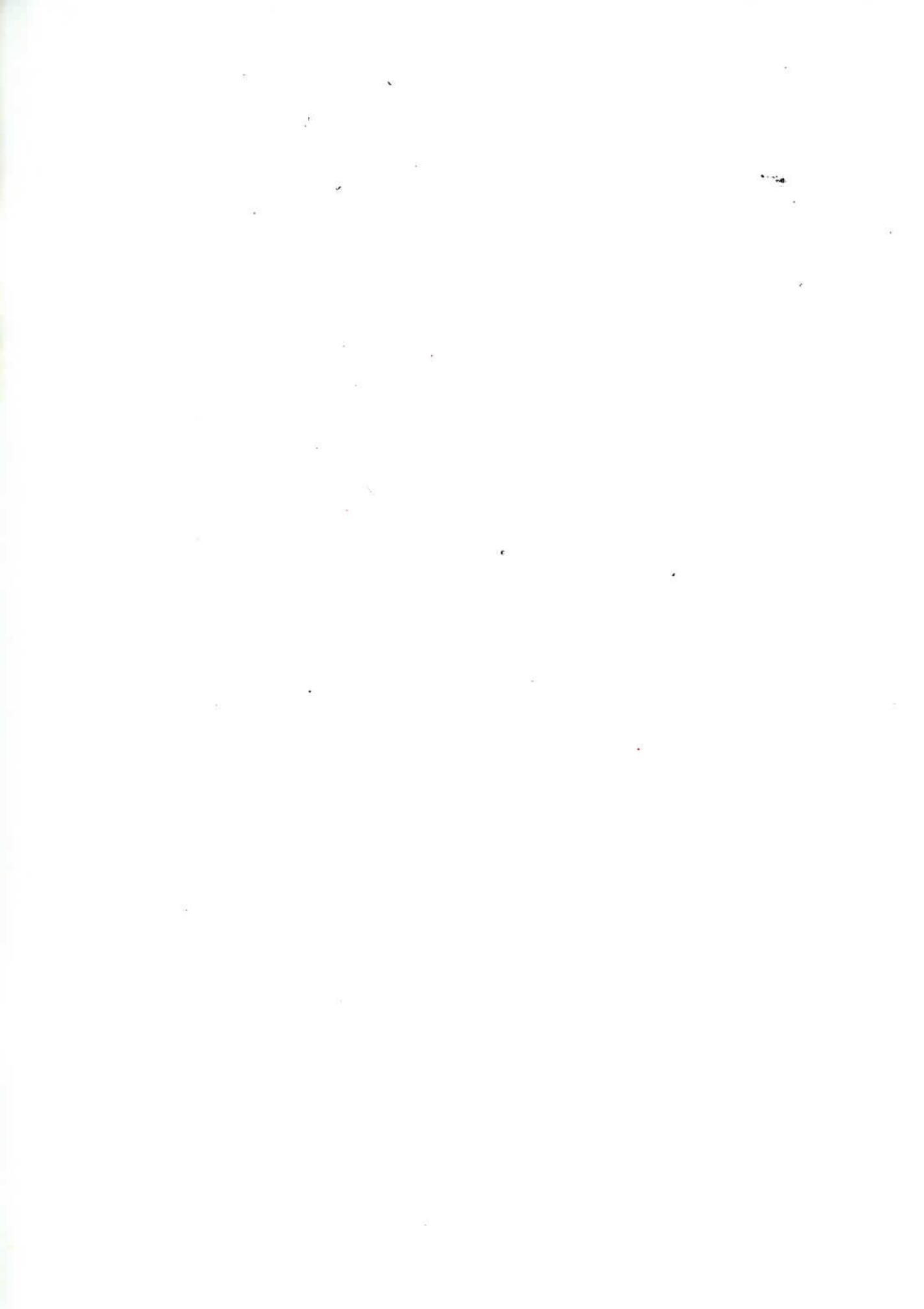
LOS PADRES GRIEGOS

*¡Canten los paganos tu alabanza pagana,
Grecia caída! La memoria
de días más santos habita
mi corazón entristecido.
Pues en la aurora de la Verdad
hijos tuyos fueron voces
y armas de Su poder,
nacidas de la ígnea
lluvia del Espíritu,
nuestros padres, y nuestros guías.*

*Así te pertenece
la página irisada de Clemente;
y tuyo es Dionisio, maestro sabio
en días de dolor e incertidumbre.
Tuya la mirada de águila de Orígenes,
y el alto designio de Basilio
de aplastar santamente la herejía
imperial, y de limpiar
el altar maculado.*

*De ti nació el predicador glorioso,
celo en el alma y labios encendidos,
y austero en el martirio.
Y tuya, de tu perenne raza
fue la Gracia celestial del Nacianceno,
y tuyo el corazón de rey del Atanasio,
revestido del manto
bendito del Apóstol.*

Traducción: Jorge N. Ferro



“ Lo que quisiera incentivar a los hombres de ciencias en sus pensamientos sobre la teología, y lo que quisiera recomendar a los teólogos cuando vuelven su atención hacia temas de investigación científica, es una creencia noble y viva en la soberanía de la verdad. Es probable que el error prospere por algún tiempo, pero la verdad triunfará finalmente. ”

Cardenal Newman
Idea of a University, II, p. 478